

Luvina 112

Universidad de Guadalajara

Revista literaria

Otoño 2023

DE AVENTURAS

Urbano, malgré moi

✦ Carola Aikin

Cantos y ecos del árbol de la vida

✦ Amaranta Caballero Prado

Cavafis

✦ José María Memet

Juana de Arco en la hoguera

✦ Gonzalo Calcedo

Arte ✦

Rafael del Río

ANTONIO DELTORO
IN MEMORIAM



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Rector General: Ricardo Villanueva Lomelí

Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea

Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata

Coordinador General de Extensión y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Coordinadora de Artes Escénicas y Literatura: Daniela Yoffe Zonana

Luvina

Directora: Silvia Eugenia Castellero < scastillero@luvina.com.mx >

Editor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >

Coeditor: Iván Soto Camba < isoto@luvina.com.mx >

Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >

Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >

Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa

Producción y viñetas: Diana Matavv

Edición del sitio web: Paola Llamas Dinero

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbresas, Ángel Ortuño[†], Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, José Homero, Christina Lembrecht, Jaime Moreno Villarreal, Luis Panini, Vicente Quirarte, Patricia Torres San Martín, Carmen Villoro.

PROGRAMA LUVINA JOVEN (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, año 28, núm. 112, otoño de 2023, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Coordinación General de Extensión y Difusión Cultural. Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, cp 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx. Editor responsable: Silvia Eugenia Castellero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102 e ISSN 1665-1340, proporcionados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título 10984 y Licitud de contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impreso en los talleres de Libros en Demanda, S. de R.L. de C.V., Periférico Norte No. 940, col. Lomas de Zapopan, Zapopan, Jalisco, México. C.P. 45130. Este número se terminó de imprimir el 18 de septiembre de 2023 con un tiraje de 650 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel.: 55 5618-8551
comercializadoragbn@yahoo.com.mx, comercializadoragbn@gmail.com

Imagen de portada: Rafael del Río, de la serie *Ensayo sobre la luz*, 2016.



www.luvina.com.mx

Para D. H. Lawrence, la aventura es el objeto más alto de la literatura: «Partir, atravesar el horizonte, penetrar en otra vida». Aventurarse significa trazar una línea, varias, hasta elaborar una cartografía. Líneas que pueden llegar a ser de fuga, evadirse de la realidad, huir de ella, desterritorializarse para fundar otras tierras. En la aventura todo es partir, devenir, pasar; hay una relación con el afuera, con la frontera como algo que se necesita cruzar, dejar atrás. El devenir es geográfico.

Un viaje puede ser inmóvil, imaginario, una especie de delirio que nos cambia la vida.

La línea se quiebra y la fuga se convierte en retorno, la aventura es entonces albergue, recuerdo, literatura, como el relato de Odiseo de vuelta a Ítaca. No obstante, la aventura puede ser también demoníaca en el sentido de ambigüedad y por tanto pérdida de identidad. Los demonios se distinguen de los dioses porque éstos últimos tienen atributos, propiedades y funciones fijas, territorios y códigos, en cambio los demonios se saltan los intervalos, se fugan del tiempo, desobedecen el orden cósmico. Y surge un Edipo o un Caín.

La aventura puede llegar a romper el orden sin regreso y cambiar el rostro del mundo. Melville prefiere desobedecer la idea de la comunidad de pescadores de que toda ballena es buena para cazarla, y crea Moby Dick. El elemento demoníaco de la aventura, como lo llama Gilles Deleuze, es ese camino que no tiene retorno ni rostro conocido. Es riesgo, ruptura, hallazgo.

En este número, **Luvina** contiene textos de diversos géneros literarios, cuyos autores se han aventurado en la escritura en una búsqueda de palabras y lugares imaginarios que ahora existen gracias a sus creaciones.

De manera especial queremos agradecer el trabajo editorial que desempeñó durante dieciocho años, hasta la primavera de 2023, José Israel Carranza, y dar la bienvenida a Iván Soto Camba ✖

Contenido

| | |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Urbano, malgré moi</u> Carola Aikin | 8 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Poemas</u> José María Memet | 10 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Animal</u> Roberto Ramírez Flores | 17 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Cantos y ecos del árbol de la vida. Árboles sagrados: pájaros okupas rebeldes de árboles terrestres</u> (Poema a vuelo de pájaro, pájaros) Amaranta Caballero Prado | 26 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Juana de Arco en la hoguera</u> Gonzalo Calcedo | 33 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Poema</u> Julio Rivera | 42 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Agujeros</u> Valeria Correa Fiz | 44 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>En el sendero español</u> José María Merino | 50 |
| <ul style="list-style-type: none"> ✦ <u>Sexo bajo el agua</u> Myriam Moscona | 56 |

| | |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ✘ <u>A vuelta de rueda</u> Germán Robles Pérez | 59 |
| ✘ <u>Un viaje hacia el conocimiento por la oscuridad del cuerpo</u> Verónica Grossi | 66 |
| ✘ <u>El Continuum</u> [fragmentos] José Manuel Torres Funes | 73 |
| ✘ <u>La aventura</u> Clara Obligado | 84 |
| ✘ <u>Marruecos</u> Mohamed Ahmed Bennis | 88 |
| ✘ <u>Intercambio</u> Diana Thalia Jiménez Martínez | 91 |
| ✘ <u>Congreso en Austin sobre los límites de la inteligencia artificial</u> Naief Yehya | 99 |
| ✘ <u>Poema</u> Carmen Vega | 105 |
| ✘ <u>Patos salvajes</u> Sergio Yalú | 106 |
| ✘ <u>La letra e, Tito, David, las vocales, las casas y las bibliotecas perdidas</u> Jacobo Sefamí | 113 |
| ✘ <u>No siempre hace falta un paraguas</u> Carmen Peire | 121 |
| ✘ <u>Todxs podemos enseñar a hablar a un monstruo</u> Luis Armenta Malpica | 125 |

| | |
|-------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| ✘ <u>O</u> | 131 |
| Gustavo Íñiguez | |
| ✘ <u>Ahora</u> | 134 |
| Hernán Bravo Varela | |
| ✘ <u>Ellos</u> | 139 |
| Silvia Eugenia Castellero | |
| ✘ <u>Fragmento del diario de a bordo del Carabelo, empleado en el Orangután</u> | 142 |
| Rubén Gil Quiñónez | |
| ✘ <u>Viene una ola</u> | 146 |
| Daniel Villegas | |
| ✘ <u>Poemas</u> | 149 |
| Manuel Luna | |
| ✘ <u>El cuerpo helado de Eusebio</u> | 151 |
| Jorge Contreras | |

IN MEMORIAM: ANTONIO DELTORO

| | |
|---------------------------|-----|
| ✘ <u>Antonio</u> | 161 |
| Claudia Berrueto | |
| ✘ <u>Por tus palabras</u> | 167 |
| Rosa Isabel Gaytán | |
| ✘ <u>A Toni</u> | 168 |
| Jorge Ríos | |

XII CONCURSO LITERARIO LUVINA JOVEN

| | |
|-------------------------------------------|-----|
| ✘ <u>Vanidad</u> | 169 |
| Danna Paola Flores Acuña | |
| ✘ <u>Autorretrato a los veintisiempre</u> | 173 |
| Jaime Jordán Chávez | |

ARTE**ENSAYO SOBRE LA LUZ****Rafael del Río****PÁRAMO**

| | |
|-------------------------------------------------------------------------|-----|
| ○ ¿POR QUÉ ESCRIBIR? | 177 |
| Pablo Montoya | |
| ○ LA ISLANDIA DE BORGES | 180 |
| María Negroni | |
| ○ ¡VIVA EL TIGRE! | 182 |
| José Manuel Fajardo | |
| ○ CARRERA CONTRA EL TIEMPO | 184 |
| Godofredo Olivares | |
| ○ AVENTURA, RIESGO Y METAMORFOSIS DEL POEMA EN PROSA | 186 |
| Ernesto Lumberas | |
| ○ SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS ENTRE LAS CONQUISTAS ÁRABE Y ESPAÑOLA | 192 |
| Oscar Alzaga | |
| ○ CINCO NUBES COMPARTIDAS | 197 |
| Bruno Javier | |
| ○ CRESPÓN | 200 |
| Abril Medina | |
| ○ JOAN BAEZ Y UN AUDITORIO | 201 |
| Alfredo Sánchez Gutiérrez | |
| ○ LA AVENTURA EN EL CINE: DE LA LITERATURA A LA DESVENTURA | 204 |
| Hugo Hernández Valdivia | |
| ○ DESVÍOS Y PENSAMIENTOS PERIFÉRICOS | 206 |
| Pablo Sainz | |

Las imágenes de Pablo Sainz aparecen en las páginas
16, 49, 65, 83, 98, 112, 145, 160 y 176

Urbano, malgré moi

Carola Aikin

Hay un irlandés que escribe su novela en WhatsApp. Se llama Paul. Nomadea de bar en bar. Yo suelo encontrarle al atardecer y recuerdo ese autorretrato suyo —pues también es pintor— en que camina sofocado, rojo como cangrejo, con las poderosas montañas al fondo casi devorándole y encima un cielo encarnado, entre naranjas y amarillos.

Me gusta Paul. Hablamos hasta entrada la noche.

Me ha permitido poner su nombre en mi relato, a pesar de que le he advertido que sólo me quedan cuatro dedos. Él tampoco puede pintar hace tiempo, dice. Ahora escribe en su móvil. Le escucho con atención, visualizo esa historia que le obsesiona, la de un novicio que entra en un monasterio y se dedica a investigar asuntos extraordinarios. Más parece aprendiz de mago, reímos. Es tan joven y aventurero. Pero hay algo muy serio. Y Paul me ofrece una copa. Algo que necesita descubrir y está dispuesto a morir por ello. Digo que no, *malgré moi*, a la copa. Paul insiste en preguntarme cosas, porque sabe que he estado cerca de la muerte. Hay indudablemente un gran secreto en vivir y en morir. Él cree que es el mismo. Yo le cuento mis delirios premorientes. Debí de ser la hazmerreír de la unidad de cuidados intensivos del hospital. Por fin le hablo de Urbano, un hombre inmenso que dormía cerca de mí. ¡Qué grande Urbano! Parió siamesas asiáticas y yo bendije cada paso de ese parto y le pedí al enfermero que lo felicitara. Mi alegría era contagiosa. Urbano y yo nos hicimos íntimos y a la noche venía a buscarme y bajábamos juntos por huecos y túneles que sólo conocía él, en una especie de red para pescados. Bajábamos tierra adentro. Entonces él recogía piedras de todo tipo y me cuidaba para que

(Madrid, 1961). Su último libro de cuentos publicado es *Las primaveras de Verónica* (Páginas de Espuma, 2018).

en la ascensión no agarrara frío, pues esas piedras estaban cargadas de humedad. Una vez arriba, en las calles de una extraña ciudad, frotaba mis pies para hacerlos entrar en calor y desaparecía arrastrando la red hacia un gran edificio, un monasterio quizás. Al poco retornaba con documentos y libros y escritos de todo tipo, y ya no me dejaba bajar con él. Esconden cosas que jamás debieron ocurrir, gentes espantosas que participaron y aún participan... Urbano me miró y me besó con sus labios de gigante.

Mi héroe, le digo a Paul.

Wow, that's a story, Carola.

Mi héroe Urbano, no sabes, tanto me cuidó mientras moría.

Sí, murió, repito. *Malgré moi*. Yo no, ya ves ✖



CAVAFIS

Qué pasará
cuando los animales,
los insectos, las plantas,
los peces, el aire,
que ya están aburridos
de los seres humanos
... se levanten.

Ya no serán Trotsky,
Rosa Luxemburgo
o el Che
los responsables.

Ninguna medida que tomemos
podrá evitar
que las células estallen,
que revoluciones
físicas y químicas
avancen sobre el Rhin,
Nueva York
o el desierto de Atacama.

Árboles gigantescos
se desplomarán
para matarnos,
volcanes nos perseguirán
al territorio que vayamos.

La muralla China no podrá impedir
que los ejércitos de parásitos
avancen.

Millones y millones de bacterias
y virus en lucha
no podrán ser detenidos.
Volverá a caer la Línea Maginot.

(Neuquén, Argentina, 1957). Su libro más reciente es *La chica Nabokov y otros poemas* (Ed. Colección de Poesía Luchito Ocelote, Santiago de Chile / Loirville, Francia, 2023).

No habrá ningún país
—por más poderoso que sea—
capaz de vencer
a la madre de todas las guerras.

Ya está claro
que la existencia humana
es el fracaso
de la evolución.

El universo es grandioso.

Hay que impedir
que una nave despegue
de la Tierra
con algo de nosotros,
los bárbaros.

EL LADRÓN DE MANZANAS

Es un diminuto pueblo
de l'Eure-et-Loir
Es el término del verano
y es cuando las nubes
cargadas de lluvia
ya hablan con el otoño
y el invierno

Un viejo poeta
camina por la Rue de la Bouteillerie
y mira las manzanas
que cuelgan rojas y hermosas
del árbol de un vecino

Pareciera ser un árbol
del pasado

Luminoso
Mágico
Eterno

Las ramas cargadas
salen hacia la vereda
Coge una
y se la echa al bolsillo
Llega a casa
y la deja de regalo
a su mujer
después de lavarla
y secarla

Sólo el pasado
y el futuro
no envejecen

Todos los días
hace el mismo camino
y una o dos manzanas
entran a su parca
por jornada

Caen rayos
llueve intensamente
es una estación incierta
La Tercera Guerra Mundial
toca a la puerta
Son fantasmas y mutilados
que regresan

En este otoño
que comienza en Loinville
sale el sol
Me digo y me repito
una manzana
puede aprender a rodar
si cae a la calle
desde tu bolsillo

Serías descubierto
tal vez encarcelado

Los egoístas y miserables
prefieren que un gusano
se coma la manzana
o que se pudra en la calle
o en el patio

Por eso
el odio recorre Europa
y el mundo
y el amor retrocede
El dinero y el oro
cambiaron el destino

Pasen amigas Pasen amigos
Éste es el único bar del pueblo
que queda al lado del nuestro
Hay incluso un *pool* y barra
y un televisor con pantalla grande
para los que dejaron de pensar

Beban un trago conmigo
Las cartas están echadas
y hay mucho hedor a gas
en el planeta

La casa va a estallar
en todas direcciones

Traje estas manzanas
de regalo Las coseché
para ustedes
Llévenlas en el tren
que parte a Kiev
esta noche
y no me olviden.

EL PROFESOR

Crucé
montañas de ignorancia
para llegar a la escuela
una mañana de otoño.

No sabía de estrellas,
de naves espaciales
ni de lunas.

Lloviera,
bajo rayos y truenos,
con inundaciones
e incendios forestales
llegaba a la clase
y siempre estaba allí
la profesora,
preparando las tazas de leche
y las hallullas con queso y mortadela.

El medio litro de leche
era una verdad del porte de un álamo
contra la desnutrición
en el gobierno de Allende.
Después nos hablaría de insectos,
de la sangre. De la historia
que nos llena de sangre cada década.

Nos hablaría de conquistas
y conquistados
y nos reproduciríamos en células
hasta asombrarnos
en el viejo microscopio.

Cada poema recitado lo recuerdo.
Cada vocal y consonantes
las recuerdo con cariño.
Cada poema aprendido lo recito.

Se tu mas que el mi o de si de te quien cual cuan
era la frase mágica
que indicaba los monosílabos
que tenían la posibilidad de llevar tilde.
Eso y mucho más lo aprendí en la escuela.

Por eso tengo rayos en mi mano
y un libro en la otra.
Mis amigos me acompañan por toda la Tierra
y yo los acompaño.
La gravedad nos recompensa
con no salir volando hacia el espacio.

La Tierra es una nave hermosa, profesora.
Los barcos enfilan hacia Ítaca.



Animal

Roberto Ramírez Flores

Se da cuenta de que no es una broma hasta que lo ve en medio del Zócalo. En más de veinte años trabajando como conductor nunca había tenido un encargo así. Hasta ayer, el cargamento más raro eran los mil maniqués y los diez kilos de cocaína escondidos en unas lámparas. Pero esto es diferente, ¿cómo llevar a otro lado lo que no cabe en ninguna parte? Un animal hecho para tiempos de gigantes. Si un animal así podía aparecer de la nada en la ciudad, era en el Zócalo.

Llevarlo hasta Baja California, treinta y dos horas, deshidratación. El chofer no pone atención a todo lo que dicen, observa la maquinaria dispuesta para mantenerlo con vida: grúas que echan agua, ventiladores industriales, bloques de hielo para enfriar el piso. Los veterinarios frotan sus cicatrices y arrugas con trapos blancos sin percatarse de lo pequeños que son. El animal hace un sonido que no sólo se escucha, sino que se siente en la piel. En redes sociales abundan las teorías: narco, cortina de humo, obra de arte, protesta. Da clic a una nota que relaciona el suceso con la aparición repentina de otros animales en Medellín, Cataluña y El Cairo, como parte de las manifestaciones realizadas por un colectivo que lucha por la desaparición de zoológicos y laboratorios de animales. Más abajo, una imagen del animal y Felipe Calderón junto a una del chupacabras y Salinas de Gortari. Se ríe mientras guarda el celular.

Tráileres con megacaja, caravana, veintinueve horas con cuarenta y cinco minutos. Escucha a su jefe decir las órdenes pero no le presta atención, es como si hablara en una lengua más incomprensible que la de los animales. Estiran unas bandas amarillas a cada lado, son

tan grandes que se necesitan dos bomberos para cargar el rollo mientras otro lo va desdoblado en el piso. Una máquina *bulldozer* empuja al animal por la cabeza sin lograr moverlo. Otra *bulldozer* se acerca por atrás y empuja a la primera. Las llantas de tanque sacan chispas contra el pavimento, los motores rugen con mayor intensidad, logran girarlo un poco, luego otro poco, hasta que queda perpendicular a las bandas. Mueve la cola como si pudiera escaparse. Golpea un bloque de hielo que se desliza por los adoquines del Zócalo y luego se parte en dos.

Escucha a los veterinarios decir que se trata de un macho adulto por su tamaño y sus cicatrices a lo largo del cuerpo: señales de enfrentamientos por competir por hembras. Dos grúas enganchadas a las bandas lo levantan y el animal emite un sonido que recuerda al de los dinosaurios. Dos tráileres con una caja compartida entran al Zócalo. Nunca había visto algo así, seguramente ni siquiera es legal. Cuando se detienen bajo la grúa, el agua se agita y sale de la parte superior de la caja. Una fotógrafa corre mientras protege su cámara con su sudadera. Las grúas empiezan a bajarlo lentamente. Conforme su cuerpo entra en la caja, el agua sale por los bordes y choca contra el piso del Zócalo, mojando a todos con la brisa.

Que confía en él, que es uno de los cargamentos más importantes, que todos los ojos están puestos en ellos. Mira a su alrededor desde adentro del tráiler: camionetas con logos de animales, camiones de bomberos, un hombre toma fotos desde un Tsuru descarapelado. La caravana mide unos ochenta metros. Los dos tráileres con el animal encima que su jefe y él manejan, unos quince. Es hora, grita su jefe desde el tráiler de al lado y a él le sudan la manos al volante cuando prende el motor. Los tráileres rugen como si hablaran entre ellos.

Transitan por el centro de noche, buscan las avenidas más amplias y con menos tráfico. La catedral parece un sitio donde el animal podría caber, donde ancianas lo mojarían con agua bendita. Desde las aceras, niños con la boca abierta observan los dos tráileres sincronizados, como si eso fuera lo sorprendente. Una mujer que fuma desde el balcón de un edificio es la única que podría verlo, pero no mira hacia abajo. Llegan a Tepito. ¿Cuántos días tardarían en venderlo por partes?

Al llegar al Eje Central han alcanzado los treinta kilómetros por hora, que bajo esas circunstancias se sienten como treinta kilómetros por día. El volante de cuero se ha marcado con las manchas

de sudor de sus manos. Respira detenidamente una y otra vez, pero es difícil relajarse si piensa en lo que llevan arriba. Los autos pasan a toda velocidad. Una mujer aminora la marcha y avanza junto a él, mira con cuidado la megacaja y luego le pregunta qué es lo que llevan. Como él no responde, la mujer continúa su camino a toda velocidad. Piensa en lo que diría su padre sobre esa carga, si estaría orgulloso o no. La caravana se expande para abrirle camino entre los demás coches como un calamar que abre sus tentáculos. Alcanzan los cuarenta y cinco kilómetros por hora cuando llegan a la carretera. Su jefe toca el claxon, le dice con la mano que baje la velocidad. ¿Todos los animales usan el lenguaje de señas o sólo los que tienen pulgares? Un coche se pasa el alto y la caravana tiene que frenar de golpe. El agua se tira de la caja, cae sobre el parabrisas, se derrama por las ventanas abiertas. Huele a agua estancada, a pecera. Los animales del mar huelen a lo mismo, no importa su tamaño.

Se detienen para reponer el agua. Dos bomberos sobre sus camiones apuntan a la caja con las mangueras. Él aprovecha para sacar su celular. Una nota asegura que el animal fue trasladado de Baja California al Zócalo con logística del gobierno federal. «Una cortina de humo para tapar la crisis de seguridad motivada por la guerra contra el narco, aunque en este caso no sería cortina y tampoco de humo, sino cascada». Más abajo hay una entrevista al hombre que se adjudicó el hecho como una obra de arte. «¿Qué tiene esto de artístico? Todo es una influencia entre el *performance* y la instalación, o una película de Herzog, pero en lugar de un barco por la selva hay que traspasar un». Deja de leer cuando escucha que su jefe ha prendido el tráiler.

El animal hace un sonido más fuerte y los ladridos de los perros empiezan a sumarse por aquí y por allá, hasta que ya no se sabe cuál es el de quién. El desodorante con forma de trébol de cuatro hojas se mece en el retrovisor, la misma marca que su padre usaba. No sabe si estaría orgulloso o no. Inhala y exhala el olor a suerte en repetidas ocasiones mientras las líneas punteadas le marcan el camino. Sus manos se han secado, ya no se resbalan por el volante de cuero.

Qué divertido ser un depredador al que nadie puede comerse. En otra página, un meme muestra al Chapo Guzmán apuntando al animal por la espalda mientras lo obliga a caminar por una carretera con la forma de Guerrero y el D.F. Su jefe aplaude para que ponga atención y señala

el semáforo en amarillo. Se ha acostumbrado a manejar así después de unas horas. Los peces pequeños se pegan a los grandes para recorrer grandes distancias, pero si un pez grande lo necesita, no hay otro que pueda ayudarle.

El sol empieza a salir y todo se pinta de un gris casi azul. Las cosas duran así unos minutos, como sumergidas solamente un poco, para no ahogarse. A su padre le hubiera gustado que aventaran sus cenizas al mar, de preferencia en Veracruz. Su urna sigue dentro de un nicho que le puso su madre, así que ahora podría conformarse con cualquier lugar que tenga agua si no quiere quedarse ahí.

El sol ha terminado de salir, cae con fuerza sobre cofres y cajuelas, sobre los bordes metálicos que obligan a entrecerrar los ojos. El reloj del tablero marca las ocho cuarenta y cinco, faltan veintitrés horas para que se cumpla el plazo. Voltea a ver a su jefe a través de la ventanilla. Conoció a su padre cuando eran jóvenes, eso es suficiente para creer que su padre se le parecería un poco, eso y la profesión. Aunque a veces, principalmente cuando le grita sin razón alguna, le borra la cara de su padre y le pone la de algún personaje que odia: Hitler, Capulina, el presidente. Los coches delante de ellos forman una línea que serpentea cuando dan vuelta sobre el camino de un solo carril. Suena una sirena y los coches se detienen, obligando a los tráileres y luego a toda la caravana a hacerlo.

Se orillan en la carretera y bajan. La sirena de los bomberos aturde. Una mujer con bata blanca se acerca para preguntarles si han escuchado al animal en la última media hora. Cuando responden que no, pregunta desesperadamente cómo puede subir a la caja. Él señala unos barrotos soldados al lateral que funcionan como escalera y ella empieza a subirlos de dos en dos, pero se resbala y lo hace de uno en uno. Al llegar arriba, mira con atención dentro de la caja. Mete su mano y la mueve despacio, como si acariciara al animal, luego mete la otra y empieza a mover ambas cada vez más fuerte, hasta que el agua salpica a su alrededor. Se detiene y huele sus dedos, baja de la escalera con mucho cuidado. Está muerto, deshidratación, mucho cloro en el agua, dice apenas al tocar el piso. La noticia y la sirena de los bomberos no le dejan poner atención a lo que dice después. Su jefe se le queda viendo, parece molesto, así que antes de que le diga algo le pone la cara del presidente cuando está borracho.

Seguir hasta Baja California con el animal muerto, reducción de costos y de la caravana, aumento de la velocidad. Los camiones de bomberos arrancan en medio de un silencio que vuelve más notoria su partida. A su jefe se le ha bajado el coraje: un pan y un refresco siempre ayudan. Lo ha regañado por revisar el celular en los altos, como si ese pequeño error hubiera sido la causa de que un animal de más de quince toneladas hubiera muerto. Se acerca y le ofrece de su mantecada. Él arranca un pedazo que se desmorona en sus dedos, del cual sólo unas migajas llegan a su boca. Su jefe le dice que va a continuar el viaje solo, que ya no se necesita una caja doble. Él responde que el animal no va a caber en una. Partido sí, y se mete el último pedazo de pan a la boca.

Cuatro hombres con sierras metálicas lo rebanan con las manos metidas en la caja. Luego, porque tal vez se ha hecho más espacio, entran por completo y el sonido de los aparatos no deja identificar a los otros, ni al de la carne, ni al de los huesos. Todos miran sin el menor rastro de tristeza, como si no sucediera lo que pasa adentro solamente porque no puede verse.

La fotógrafa les pide a los veterinarios que se pongan junto a su camioneta y les toma unas fotos, después apunta con su cámara a los hombres manchados de sangre. Mientras se mueve de aquí para allá, platica con el chico que sostiene el reflector acerca de un hombre que desapareció en el sur y fue encontrado muerto en Monterrey. El chico responde con un movimiento de cabeza, luego encandila al chofer con el reflejo del sol y le toman una foto en donde seguramente saldrá con los ojos cerrados. Le piden que se ponga junto al tráiler, que se siente en la defensa. Su jefe se une a la foto, sonrío tímidamente, le pasa la mano por los hombros y entonces él también siente una sonrisa en su cara.

El animal, si es que se le puede llamar así aunque esté en pedazos, ha cabido en una sola caja. Su jefe mueve uno de los tráileres, lo detiene entre la tierra y el pavimento, le dice adiós con la mano y se va. El tráiler sin caja parece un esqueleto. Él suspira y entra a la cabina del tráiler que tiene la caja. El olor a hierro hace que se le revuelva el estómago, así que se acerca al aromatizante y lo huele varias veces.

«El presidente asegura que la aparición repentina del animal no tiene que ver con el despliegue militar en distintos puntos del país ni con la cumbre próxima a desarrollarse en Estados Unidos». Guarda

su celular, ajusta los retrovisores, el nivel de gasolina está arriba de la mitad. La caravana avanza sobre el asfalto, que saca vapor de tan caliente. La fotógrafa asoma su cámara por la ventanilla del Tsuru y toma una foto. Se la imagina: primero los dos coches negros que van abriendo camino, después la combi de la veterinaria, el tráiler y al final la camioneta de protección civil. También se imagina que las llantas se derriten con el asfalto y ese líquido negro y viscoso lo lleva al «animal», a la forma en que llamaría a eso que transporta si al final del trayecto su padre le preguntara: ¿de qué es tu carga?

Al sonido de un claxon se van uniendo otros hasta que la caravana se detiene. Un hombre que sale de un coche negro sube con rapidez la escalera de la caja y empieza a contar mientras señala el interior, luego baja los primeros escalones y a mitad de la escalera da un brinco. Lleva sus manos alrededor de la boca, grita que todos salgan de sus autos. La última en hacerlo es la veterinaria, que sale abotonando su bata como si todavía pudiera ayudar a alguien. ¿Un animal es alguien o algo? Se robaron tres vértebras, dice el hombre del coche negro cuando todos están juntos, no se sabe el momento exacto pero hacen falta tres vértebras. Por alguna razón nadie se nota sorprendido. A él se le aparece la cara de su jefe con bigote de Hitler diciéndole: no entregaste la carga completa. ¿Pero qué sería la carga completa cuando la carga ya se había despedazado?

Se han unido dos camionetas de la policía. Si tomaran otra foto desde adelante se verían así: primero los dos coches negros, la combi de la veterinaria, una patrulla, el tráiler, la camioneta de protección civil y al final otra patrulla. Su celular empieza a sonar en la guantera, es su jefe. Duda si contestarle, no sabe de qué manera se enojaría más. Toma el celular y le contesta. No deberías responder mientras manejas, haz lo posible por hacerlo bien, salimos en una foto. La patrulla reduce la velocidad hasta ponerse a su lado y él no presta mucha atención a lo que dice su jefe. Se despide y guarda el celular de nuevo en la guantera. El policía que va de copiloto lo voltea a ver, simula un teléfono con una mano levantando el meñique y el pulgar y con la otra dice que no, luego regresan a su lugar en la caravana.

Se detienen para dejar pasar a una vaca. Los del Tsuru empiezan a pitar para apresurar a la vaca y la patrulla de atrás prende su sirena. Él aprovecha y ve sus mensajes. Una captura de pantalla de la foto

en donde están sentados en la defensa del tráiler. También se alcanza a leer: «Estos son los conductores encargados de llevar al animal desde el Zócalo del Distrito Federal hasta», y después se corta la imagen. Su mente termina por completar la frase: Baja California, aunque una parte de él ya se quedó quién sabe dónde.

Toman una curva tan cerrada que el tráiler debe abrirse lo más posible. Él sonríe después de librarla y el aromatizante se mueve de un lado a otro, como si también estuviera contento. Ojalá su padre también lo hubiera logrado. Prende la radio y deja la primera canción que sale, una que seguramente no le gustaría a su padre, pero no importa, escuchar música mientras maneja de noche hace que lo recuerde. Le hubiera gustado llevarlo de viaje en su tráiler, así como su padre lo hacía con él. De repente está ahí, en el sillón del copiloto mirando por la ventana. Tal vez espera que lleguen al mar para nadar hasta perderse de vista, así ya no tendrían que llevar sus cenizas a Veracruz.

Las sirenas suenan y comienzan a detenerse. Desde el retrovisor ve a los policías bajar y esparcirse entre los coches. El que lo vio hablar por teléfono se acerca al tráiler, sube un pie al escalón de metal y se recarga en la ventanilla. Le dice que deben esperar a que el tráfico baje, pero luego, cuando apenas un par de autos los rebasan, que estaría bien descansar unas horas. El policía baja el escalón y espera a que él salga del tráiler para seguir con los demás. Uno a uno bajan de sus autos. Ha oscurecido, así que no puede verles la cara, sabe quiénes son por el auto del que salen. Los fotógrafos del Tsuru se acercan a él como si no les hubieran pedido bajar, sino juntarse. Dicen que el hombre del sur encontrado muerto en Monterrey era un comerciante de televisores, aunque los mismos medios han insinuado que estaba metido en otro tipo de negocios. Uno ya no sabe a quién creerle, responde el chico cuando ella termina de hablar, ahora hay que cuidarse de los dos: del muerto y del asesino.

Regresa a la cabina, hace para atrás el asiento, se echa encima una cobija que lleva bajo el lugar del copiloto. Los policías han dicho que van a descansar dos horas antes de continuar el viaje. Ve el reloj: las doce treinta de la noche, van retrasados un par de horas. Cierra los ojos y escucha los ruidos de afuera. Con los ojos cerrados puede darse cuenta de más cosas: del sonido del aire contra los coches, de la canción que se escucha a los lejos, de su respiración, de una gotera que probablemente estila sangre, hasta que se queda dormido.

Escucha un ruido y despierta. El reloj marca la una con cinco minutos. Se pasa la mano por la frente cubierta de sudor y se huele las axilas, con los ojos cerrados otra vez. Hace a un lado la cobija, el aire le refresca los brazos y el pecho, cuando el sueño empieza a ganarle de nuevo escucha el ruido. Se incorpora en el asiento. Parece venir de arriba. Se talla los ojos y mira por la ventana. Alcanza a distinguir a dos personas cargando una pelota, un círculo blanco que refleja las luces de la carretera, que tal vez sea el ojo del animal. Él se talla más fuerte los suyos, luego ya no ve a nadie. Se recuesta de nuevo en el sillón y se queda dormido.

Abre los ojos. El policía golpea el cristal con los dedos mientras lo mira fijamente. Él no termina de quitar el seguro cuando el policía ya está intentando abrir. Le dice que se robaron otras partes del animal, aún no saben cuántas, pero que fueron varias. Él busca con la mirada el Tsuru de los fotógrafos sin hallarlo. En su lugar hay una camioneta del ejército con un par de soldados en la parte trasera. A uno de ellos le da el sol directamente en la cara sin que cierre los ojos, como si estuviera ciego. Vamos a seguir, pon mucha atención a cualquier cosa, y no le quita la vista de encima mientras regresa a su patrulla.

«El animal ha sido asesinado, partido en pedazos y vendido para distintos fines». Entre las fotos que aparecen en la página de PETA están él y su jefe sentados en la defensa del tráiler. Sabe que no le va a gustar todo esto, aunque ellos no hayan tenido la culpa de nada. En casos como éste lo imagina con la cara del presidente haciendo del baño. Los autos empiezan a moverse. Si los fotógrafos no hubieran dejado la caravana y tomaran otra foto desde adelante se vería así: primero el coche negro que abre camino, la camioneta de la veterinaria, las dos patrullas, el tráiler y la camioneta del ejército. Unos kilómetros después otra camioneta del ejército se une.

El reloj marca la hora de llegada y aún hacen falta treinta kilómetros, que a esa velocidad se harán en más de una hora. Una línea roja se desliza por el cristal. Prende el limpiaparabrisas pero sólo se embarra en varias líneas horizontales. Una segunda línea comienza a bajar lentamente por la ventanilla del copiloto, después otra y luego otra más. Es como si el animal se hubiera derretido. Se le viene a la cabeza un cargamento de helados no entregados a tiempo, de fresa, sandía, cereza. Siente una gota en su hombro y los vellos del cuello y

los brazos se le erizan. No la limpia ni la voltea a ver, continúa el camino como si realmente transportara helados.

Las sirenas de las patrullas suenan y todos vuelven a orillarse. El soldado que va en la camioneta de enfrente baja con su rifle en la mano, se acerca al hombre del auto negro y le dice algo al oído. Éste vuelve a prender su auto y se va. Sucede lo mismo con la camioneta de los veterinarios, que ha salido a prisa por la carretera sin importar los policías, los soldados ni los anuncios de cuidado con las vacas. El soldado le hace una seña a él para que salga. Vamos a dejar al animal aquí, ya no tiene caso llevarlo al mar, dice en voz alta antes de que el chofer baje por completo del tráiler. Como él no responde, también agrega: es una orden, y apunta con el dedo hacia arriba. Él dice que no con la cabeza e intenta regresar al tráiler. El soldado lo toma del brazo y lo hace a un lado, truena los dedos viendo hacia los autos y aparecen dos policías. Le preguntan dónde están los seguros, pero él guarda silencio. No hablas o qué, dice uno de los policías. Acá, dice otro cuando los encuentra. QUITAN los seguros y empiezan a bajar una de las paredes metálicas de la caja. La sangre se derrama, manchando la tierra de un círculo rojo tan claro que parece pintura. Cuando la pared metálica está más abajo, caen los pedazos de carne y hueso justo en el centro de la mancha roja. Los policías y soldados suben a la caja para terminar de sacar lo que queda y luego le dicen que se vaya.

¿Qué diría su padre? Que él nunca abandonó una carga en la carretera. Mira hacia atrás y aún puede ver la mancha roja, inmensa como el animal. Sube a noventa kilómetros por hora, que después de ir tan lento se sienten todavía más. Maneja así un rato, sin bajar la velocidad ni en las curvas. Siente cuando el tráiler se ladea y luego regresa a su lugar sin ningún esfuerzo, una y otra vez, una y otra vez, hasta que le llega el olor a mar. Lo busca a través de las ventanillas sin encontrarlo, baja la velocidad. Montículos de arena a los lados no lo dejan ver. Ahora puede escucharlo. Cuando ve el agua, detiene el tráiler en medio de la carretera. Arranca el trébol de cuatro hojas del retrovisor y sale de un brinco del tráiler. Camina por la arena lo más rápido que puede y cuando llega a la orilla del mar entra con todo y zapatos. Suelta el trébol de cuatro hojas, que flota sobre el agua casi inmóvil. Un verde se desprende de él y se confunde con el azul. Después se sumerge poco a poco, hasta perderse de vista ✖

*Cantos y ecos del
árbol de la vida.*

**Árboles sagrados:
pájaros okupas rebeldes
de árboles terrestres**

(Poema a vuelo de pájaro, pájaros)

**Amaranta Caballero
Prado**

INTRO:

Todo empezó con el agua
 en el agua
 desde el agua

Desde ahí las cianobacterias, las algas, axolotl-ajolote, el batracio.
 Moléculas acuáticas en el inicio de los tiempos.

El códice Boturini indica que en México fue desde Aztlán el comienzo de la búsqueda. Desde ahí la procesión buscando un sitio para honrar a Huitzilopochtli, el dios máximo: el de la guerra: el dios guía principal de los mexicas, de los aztecas, desde Aztlán hasta la fundación de La Gran Tenochtitlán.

¿Y qué quiere decir Huitzilopochtli? «Colibrí zurdo», «colibrí del sur».

I. AHUEHUETE (árbol sagrado, árbol nacional en México) + Águila real (*Aquila chrysaetos*)

Escuchemos lo que dice el águila real:

Taxodium mucronatum

Árbol viejo de agua

Sabino

Antes de invocar camino
 los aztecas invocaron a dioses,
 miraron al cielo,
 consultaron al viento, a las nubes, al fuego.

Una vez que llegaron con las siete tribus nahuatlacas, los siete pueblos en el cerro de Chicomoztoc, acompañaron a los aztecas por el cauce de un arroyo hasta encontrar a un sabino que se encontraba rodeado de cinco personas. Ahí, en ese árbol depositaron a Huitzilopochtli... pero el árbol se rompió.

El ahuehuete

El sabino

Se rompió

Ahí entonces tepanecas, xochimilcas, chalcas, acolhuas, tlahuicas, tlaxcaltecas y mexicas lloraron pues les fue impedido continuar acompañando a la comitiva.

Árbol sabio y viejo

Ahuehuete

El Sargento o Centinela de Chapultepec:

Árbol de agua,

agua,

agua,

agua...

Ahuehuete.

2. CEIBA (árbol sagrado de la cultura maya) + Quetzal

¿Qué dice el Quetzal?:

Érase una ceiba hermosa, pulcramente labrada.

De fina capa y consistencia,

de espinas sacras sus enormes, gruesos brazos.

Érase la madre Ceiba,

árbol cosmogónico:

Arriba entre las ramas: el cielo.

En el tronco: el plano terrenal,

y en sus raíces tejido el inframundo.

Tres planos en uno.

Donde en su tronco los mayas encontraron al número cero.

Cero intacto, divino, inevitable.

—¿Pero Quetzal, cómo habla la Ceiba?

¿Cómo guarda entre sus hojas tu lenguaje?

— Entre Mérida, Celestún, Hunucná, Sisal, Izamal, Dzidzatún, Tulum, y luego

yendo hacia los caminos de Belmopan, Quetzantenango, Managua, el lago Cocibolca, por ahí, donde la pluma larga, delicada y brillante del pájaro Toh nos indica el camino de la solidaria humildad, ahí también guarda la sagrada Ceiba mi lenguaje.

3. COPAL (árbol sagrado en México) + Colibrí

Aquí canta un colibrí:

La sabia del copal emerge lenta desde su tronco.
Sabia, alimento de dioses.

Pon la sabia en el sahumerio,
deja que el humo se levante,
entre ese humo y el cielo hay un lazo de unión
con la Tierra.

Resina ofrenda,
copal y cinabrio.

Materia y espíritu,
el humo del copal
transporta las oraciones
entre vivos y muertos,
el ámbito divino.

4. CEIBA BONGA (árbol sagrado en Colombia) + Quetzal

Los pájaros se comunican, en su canto dicen:

Hemos llegado al lenguaje.
En este viaje hemos llegado al sonido, a sus ecos, su sonoridad.

Entre las plumas del Quetzal han nacido estas palabras:

Ceiba Bonga:
Fusagasugá
Facatativá

Zipaquirá
 Ibagué
 Popayán
 Tuluá
 Zarzal
 Itagüí
 Bucaramanga
 Sincelejo
 Luruaco
 Ciénaga
 Dibulla
 Cundimarca

Y después del ritmo,
 del flujo del sonido,
 vendrán las preguntas,
 sus ecos.

5. LÚCUMA (árbol sagrado en Perú) + Cóndor andino

Alguna vez entre Tacna y Arica
 me alimenté de lúcuma,
 todos los días.

Los gorriones llegan ahora,
 van a cantar:
 Si comes la lúcuma
 querrás tener hijas, hijos,
 muchas hijas, muchos hijos;
 querrás ser madre,
 la lúcuma es el gran símbolo de la fertilidad.

Los gorriones bribones
 se ríen de mí,
 los gorriones pían juntos:

Iluku uma
 Iluku uma
 Iluku uma

Rukma árbol y fruto de esta tierra
 Rukma preinca
 Rukma Quéchua
 Rukma Cushuro tus lágrimas
 Rukma murmunta las algas que pisas
 Rukma gota negra

6. ARAUCARIA (árbol sagrado en Chile) + Manutara, pájaro de la suerte

Tiempo, salud, inteligencia
 Salud, inteligencia, tiempo
 Inteligencia, tiempo, salud

Así te canto Araucaria,
 así te venero bajo tu sombra,
 así te regalo y ofrendo
 el timbre de la voz,
 lo alto de mi canto.

Así vengo a conversar contigo Gran Diosa,
 entre carne, sangre, humo,
 vengo a comer tus piñones hervidos y tostados.

Entre nervaduras
 tus diálogos intermitentes,
 bajo la tierra
 silentes tus circuitos
 trescientos millones de micorrizas
 háblame Araucaria,
 bendíceme
 con tu fresca sombra.

En la isla de Rapa Nui
el manutara
es el pájaro
de la buena suerte.

Quien quiera ser líder
debe obtener uno de sus huevos
luego de cruzar nadando la furiosa corriente
que lleva al islote donde anidan.

¿Qué suerte canta para mí la golondrina del mar,
qué suerte me dicta el manutara?

7. ÁRBOL DE LA VIDA (símbolo, arquetipo en artesanía oriunda de
Meteppec, México)

Diálogos diáfanos que retumban a veces estruendosos,
cantos afables o escurridizos.

Viajes cosmogónicos,
geográficos, míticos,
vuelos al fin.

(Ecos esdrújulos sin sombra)

Lógica y lengua,
ritmo, cadencia.

¿Cuáles son nuestras preguntas
frente al árbol de la vida?

¿Cuándo veremos caer sus hojas?

¿De qué manera el viento azotará sus ramas?

Cuando la hecatombe:
¿Veremos caer los nidos?

Juana de Arco en la hoguera

Gonzalo Calcedo

Iban a pasar la Navidad al pie de las montañas, en una cabaña alquilada. A tan poca altitud la nieve no sería un problema, sólo una parte más del atrezo navideño: hasta encontrarían un abeto recién cortado, «cortesía» de los caseros. La precisión sobre la altura iba dirigida a Berta, cuyo interés por el viaje decaía por minutos. Para demostrarlo, llevaba días encerrada en su cuarto pintado de negro y plata. La montaña no era un destino precisamente barato, pregonaban los encantados adultos. Como si acarrear leña, pasar frío y sufrir la soledad de Amundsen fuesen actividades deliciosas por las que pagar un dineral. Una extravagancia para ciudadanos aburridos de los poliédricos centros comerciales. Berta prefería ser desollada viva antes que ir.

Por el contrario, su hermanastro Marco —el padre de Berta había vuelto a casarse tras el fallecimiento de la madre de ella por una intratable sepsis— cosechó todo el entusiasmo que le faltaba a la insurrecta; incluso obtuvo permiso para esgrimir un dentado cuchillo de monte. Se pasaba el día tendiendo cuerdas de escalada de un extremo del dúplex que abandonarían en escasos días. Susan, la madrastra de Berta, intentaba no mostrar sus preferencias. Era exageradamente social, pero le apetecía aquella escapada, contemplar los atardeceres con una copa de vino en el regazo y dar de comer a las gallinas.

—Las gallinas no están incluidas en el billete —sentenció Berta durante el último desayuno en casa, mientras dibujaba una acuarela de mermelada en el platillo—. Son un extra.

—¿Quién quiere otra tostada? —Susan (la repelente Susan) practicaba la diplomacia como un avezado embajador.

—¿Puedo usar mi cuchillo de monte para la mantequilla?
—tanteó Marco.

—Mejor córtate un dedo. —El puntapié de Berta hizo retemblar la mesa.

Se equivocaba. Había gallinas dichosas y blancas como gavio-
tas en el folleto de las cabañas. Y alguna cabra amansada. Una fauna
que se sumaba a la promesa de una paz infinita: paseos a caballo y
ventanitas de cuento con vistas a las cumbres rosadas.

La pelea se reprodujo cuando partieron en el Volvo familiar.
El jefe de la expedición la interrumpió dando una palmada al salpicado.
Miró a su hija con gravedad a través del retrovisor. Ni siquiera lo
había intentado. Dijeron adiós a la ciudad entre simulados suspiros de
añoranza —qué iba a ser de sus vidas sin la moqueta comprada en Go-
diva's— y tomaron la autopista norte. En el fondo no era un gran viaje.
Tenían el privilegio de disponer de montañas al alcance de la mano
y hacia allí se dirigían. Los coches que iban quedando atrás parecían
comparsas, figurantes sin línea de diálogo. Antes de coserse con seda
dental los labios heredados de su madre, Berta vaticinó:

—Nos encontrarán congelados en primavera.

Al llegar vieron seis cabañas diseminadas a lo largo de una suave
ladera. Su disposición trataba de ser casual, fruto del espíritu pionero.
El conjunto evitaba parecer una milimétrica urbanización al uso, de
manera que no se distinguían parterres ni senderos. Aunque proba-
blemente, dedujo Berta, la hierba creciera menos tupida allí donde la
desesperación había conducido a sus despavoridos ocupantes a rela-
cionarse entre sí. Se apeó rabiosa y contó los coches aparcados, dos de
momento. Un despistado BMW de ejecutivo bancario y un Range Rover
blanco con esquíes en la vaca. Idiotas igual de engañados que su padre
y Susan. No eran muertos de hambre, por supuesto.

—Tocamos a dos bultos por cabeza —anunció su padre organi-
zando el desembarco.

Berta puso los ojos en blanco en aquel momento. Ella no era
ninguna porteadora y esgrimió su delicada escoliosis infantil —en par-
te corregida— para desentenderse del asunto.

Haraganeó. Apenas cargó bultos menores hasta el porche
donde los demás esperaban. Su padre acertó por fin con la llave —el

medieval manojos no daba facilidades— y el interior de la cabaña se desplegó leñoso ante sus ojos. Oía a cera. Fue como entrar en la gruta de los horrores del taxidermista feroz. El techo era muy alto y no se distinguían habitaciones separadas por puertas.

—¿Vamos a dormir todos juntos? —Berta se asustó.

—Es una cabaña, cariño. Y tenemos un altillo. —Susan se acercó a los fogones—. Estaremos juntos todo el tiempo. Charlaremos. Cantaremos.

Susan debía haber ido a campamentos de pequeña y la huella que habían dejado en su corazoncito de exploradora pugnaba por atravesar la silicona de sus pechos. Berta le preguntó si pensaba bañarse desnuda en el manantial.

—Más que nada es para anunciarlo por ahí y que haya espectadores.

En vez de enfrentarse, Susan se despachó con una sonrisa.

—El agua debe estar helada. No creo que lo haga.

—Los baños fríos reafirman los tejidos —contraatacó Berta.

—Vamos a quemar algo. —Marco se puso a afilar la hoja de su cuchillo contra el canto metálico del fogón.

—Eres un peligro, listillo —le dijo su hermanastra.

—Berta... —llamó su padre al orden.

Refiriéndose a los implantes, ella le preguntó hiriente:

—¿Hay algo natural en ella, papá? ¿Hemos venido aquí para descubrirlo?

El silencio de todos hizo pensar a Berta que estaba encerrada en un gran arcón de madera del que sólo podría sacarla un conjuro cifrado siglos atrás. Aquella maldición no era moco de pavo.

—Me importa un comino —zanjó antes de obtener respuesta—. Voy a echar un vistazo al altillo.

Con sólo asomar la cabeza descubrió el infierno.

—Catres... Y sólo hay cortinas para separarlos. ¿Qué película de terror es ésta?

A Marco le encantaron con su aire militar. Susan aventuró que podían juntar dos para los adultos, así dejarían más sitio para los chicos.

—Necesito tomar el aire —anunció Berta—. No me esperéis para la cena. Y bajó la escalerilla dispuesta a regresar andando a la ciudad.

Lejos del capricho de las cabañas, carretera abajo, tuvo frío. Un par de coches la habían adelantado guiñándole sus alicaídos faros. La gente de por allí debía llevarlos encendidos por costumbre, aunque fuese de día. Imaginó a los lugareños como topos. Albinos muy raros. Había amanecido hacía horas, aunque no había nada reconfortante en aquella puesta de largo del sol. Demasiadas nubes. Los riscos rosados no emitían fulgor alguno. Berta se sentó en un apeadero improvisado con troncos toscamente serrados, el techo era una lona de remolque sujeta con cordeles y piedras como plumadas. Parecía un puesto ambulante. Prendió un cigarrillo; la mitad de su neceser de viaje —el intocable— era tabaco rubio. Pall Mall sobre todo. Consumado el requisamiento previo a la partida, el paquete de ahora formaba parte de una reserva de emergencia escondida en forros descosidos. Calculó que su padre tardaría diez minutos en aparecer con el Volvo. Un cuarto de hora a lo sumo. Charlarían tras el reencuentro. La consolaría por no haber superado la muerte de su madre y odiar a Susan, aunque Susan no la odiase a ella, muy al contrario. ¿Y qué decir del idiota de Marco? Tenía trece años y actuaba como un niño. ¿No podían disociarse, ser dos familias? Ella no quería otra madre ni un hermanito.

Lanzó el humo al vacío del vallecito. Qué lugar más horrible. ¡Cabañas! ¿No había un lugar peor dónde ir? Entonces escuchó una detonación. Seguida de otra. Su eco se propagaba intrigante, un petardeo ilocalizable. Se le erizó el vello de los antebrazos. Abajo, en la neblina, algún salvaje estaba disparando contra un pobre animal. Las patéticas cornamentas que decoraban la cabaña provenían de esa caza. Furtivos. Una tercera detonación la escalofrió entera. Esta vez había sonado cerca. Quizás por el viento, una brisilla que animaba la tiesa vegetación de la cuneta. ¿Se preguntó qué harían si no eran asesinados por caníbales y se ponía a nevar? ¿Tendrían que ser evacuados? ¿Morirían de frío? No llevaba suficiente ropa de abrigo, apenas una cazadora que se le escurría hacia arriba desnudándole la cintura.

Los disparos se prolongaron rítmicos, espaciados. Imaginó el trajín en la cabaña, al idiota de Marco cargando la leña apilada fuera. Todos estarían pensando que ella, sencillamente, había querido escaquearse y no trabajar. Deshacer los equipajes, adaptarse a la casa, requería un esfuerzo conjunto. Berta aparecería cuando el fuego ya ardiese en la chimenea y la cabaña fuera un lugar cálido. Repugnante, diría abanicando el humo. Y se pondría a toser. La idea de reunirse



los cuatro junto a la chimenea de piedra labrada y asar algo crudo le provocaba arcadas.

Escuchó un motor acercándose. No era su padre; el Volvo sonaba de otra manera más civilizada. Era un todoterreno manchado de barro con la defensa delantera descolgada y ramillas enganchadas a los retrovisores; había circulado por alguna pista. Se detuvo salpicando grava de la carretera hasta sus pies. El hombre que conducía le dijo algo al acompañante. Bajó la ventanilla.

—¿No me digas que te has perdido?

—He salido de compras.

—Ya ha oído, jefe. De compras.

Eran cazadores, seguro. Vestían ropa de camuflaje, llevaban gorras de visera con publicidad de una gasolinera. Aunque a lo mejor todo el mundo vestía de esa forma por allí. Escudriñaron a Berta.

—Estás en las cabañas, supongo —dijo el conductor—. Ahora íbamos para allá a echar un vistazo. Hay días en que el suministro eléctrico falla y hay que recurrir al generador. Esos trastos a veces son diabólicos. Si estás cansada podemos llevarte.

—No estoy cansada.

—Ese calzado que llevas no es buena idea.

Berta contempló sus deportivas. Se habían ensuciado. Antes de que se diese cuenta, Susan se lo recriminaría usando un trapo húmedo para limpiarlas. Se mostraría feliz de hacerlo por haberla pillado en falta. Los tipos cruzaron dos, tres frases. No parecían tener prisa, como si les divirtiese la tozudez de la chica de ciudad. Se pusieron a fumar tras subir el volumen de la radio. De vez en cuando le decían una tontería a Berta, pero hablaban de sus asuntos; el acompañante sacó unos prismáticos y enfocó hacia las crestas. Un corzo herido, pensó ella horrorizada. Lo estaban siguiendo para rematarlo. Animales. Aún era pronto para que su fuga tuviese solidez y no supo qué hacer.

—Tengo que hacer un trabajo —se le ocurrió decir.

—¿No ibas de compras? —habló el conductor.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó el otro.

—Un herbario. Para el profesor de ciencias naturales. —Una ocurrencia genial, irrefutable, y ésa fue su excusa para decirles adiós y comenzar a trepar por el terreno rocoso del talud.

Por el rabillo del ojo vio que los dos hombres discutían. Finalmente, tocaron la bocina a modo de saludo y el todoterreno continuó su bamboleante ruta. Berta presintió que los bichos muertos ocuparían el remolque trasero. Qué asco. Criaturas atravesadas por cientos de perdigones.

Le quedaba un cigarrillo, que, haciendo un alto, fumó como si fuese un último deseo. Después sus manos se quedaron vacías. El aire olía a madera supurando resina. En vez de las esperadas aves de presa contó estelas de aviones. Ya no se escuchaban disparos. Oteó el paisaje en busca del humo de las cabañas. Aquellas ridículas chimeneas le servirían de pista para no perderse. Especuló con que Susan hubiese estado llorando todo el tiempo; a un hipido le sucedería un arrumaco de su padre. A Susan le convenía acaparar la culpa. Tenía una tendencia natural a asumir todos los desplantes de su hijastra; era egoísta incluso repartiendo pecados.

Berta vagó otro trecho, eses de tierra que evitaban las óseas raíces al aire: temía que fuesen restos de animales enterrados. Debía haber llovido, porque, en la meseta recién coronada, espejadas charcas ocupaban las depresiones del terreno; el resto estaba embarrado. Notaba la succión de la tierra empapada en sus zapatillas. Tendría que tirarlas a la basura. No pensaba llevarlas de vuelta a la ciudad en ese estado. Serían un estigma, el recordatorio de aquel bárbaro sufrimiento. Se subió la cremallera de la cazadora hasta el cuello cuando la brisa comenzó a tender la escasa maleza. Ululaba en las crestas que, ahora sí, eran rojizas, como carne viva. Granito rosa, rezaba en la publicidad de las cabañas. La referencia del valle y sus montañas. Berta se sopló el flequillo. Al menos había entrado en calor de tanto esquivar charcos y buscar lascas que pisar. No tenía mucha idea de dónde estaba y seguía sin divisar el humo de las chimeneas.

Acabó por sentarse en una rocalla para descansar. Tenía sed a pesar del frío. Le rechinaban los dientes e intentó silbar; los labios no le obedecieron. Alzó la voz para adueñarse del sitio. Gritó. Se puso a

cantar un tema de The Maniacs. Sus chillidos espantarían a los bichos. Colaba frases sin sentido en la letra de la canción, estrofas burlonas dedicadas a aquel lugar descorazonador. Se dejaría cortar las venas a cambio de volver a la ciudad.

Estaba palpándose las acartonadas mejillas cuando oyó una voz cerca.

—Está aquí. La hemos encontrado.

El tipo que viajaba de acompañante en el todoterreno —Berta lo supo por el rojo del anorak— saludó con la mano que sostenía la emisora. No ponía énfasis en sus gestos, como si volviesen a encontrarse por casualidad.

—¿Qué tal el día de compras?

—¿Te han enviado mis padres?

—Están preocupados.

—Son siempre así. Unos estúpidos.

Él se giró para, agitando los brazos, impedir que el otro siguiese ascendiendo. Miró a Berta de buen humor.

—Así le ahorro el último repecho. Mi compañero no está en muy buena forma.

Le contó a Berta que trabajaban para una empresa forestal; el conductor bromista le ayudaba con los aparatos y conducía. Se encargaba de los suministros porque conocía bien la zona. Él trazaba las pistas. Era ingeniero y a veces recurría a los mapas de papel para no perder la costumbre.

—Oímos los disparos y nos preocupamos. Hay furtivos.

—No he visto ninguno. ¿Cómo son?

—Miserables.

Le ofreció un cigarrillo a Berta y ella se sintió descubierta, adulta. Protegió la llamita del mechero con las manos como si fuese un bien precioso. Le gustó aquel calor, la conversación del ingeniero. No era un bruto. Veía cosas que los demás no veían. Las montañas le hablaban. Y empezó a pensar que tal vez él fuese su consuelo durante aquellos días. Podrían salir a pasear juntos en secreto. El ingeniero era más joven de lo que aparentaba y a ella la muerte de su madre la había hecho madurar antes de lo debido. Fumó resuelta. Quería prolongar la charla. El hombre le tendió la mano para que se levantase.

—Vas a quedarte fría. ¿Has cogido ya tus muestras?

—Todavía no. No encontré nada interesante.

—Estamos demasiado arriba. Tendrás que bajar de cota.

—¿Puedes acompañarme el día que vaya? —le preguntó a bo-
cajarro, y él soltó una risotada complaciente.

—Cuando te levanten el castigo.

A Berta le decepcionó el tono. Fue como si hubiese pactado con su padre cómo dominarla. Las caricias doradas por la puesta de sol se difuminaron en el cielo. El amor salvaje se amansó. Berta se sintió aturdida, espiada. Era transparente; cualquiera con dos dedos de frente le adivinaría el pensamiento. Estaba maniatada. Iba a pasarse los próximos días contemplando ensimismada el fuego de una chimenea. ¿Y si se arrojaba a las llamas y moría como Juana de Arco?

—Entonces iré sola —afirmó solemne.

—Volverías a perderte. Eso no podemos permitirlo. Y mucho menos en Navidad. —Él consultó su abultado reloj de acero—. Será mejor que volvamos ya. Tus padres no se merecen que...

—Susan, la rubia, no es mi madre. Es mi madrastra —Berta se atragantó con la palabra—. Mi madre murió cuando yo tenía cuatro años. No me acuerdo bien de ella. Quiero recordarla, pero no puedo.

La confesión le dejó un regusto metálico en la boca, como si hubiese lamido una pila. El ingeniero la abrazó. Le dio unas palmaditas en la espalda que ella no supo o no quiso interpretar. El hombre olía a savia fresca.

—No llores —dijo.

—Tengo frío.

—Bajaremos por un atajo. Estarán esperándote con los brazos abiertos.

Las lágrimas de Berta bien podían ser un salvoconducto, el dolor convertido en llave.

—¿Y si no quiero volver?

—Mira dónde pisas.

Cuando se habían alejado un trecho, ella clavó los talones en el terreno para detenerse.

—Espera...

Trató de localizar el punto geográfico exacto en el que la habían encontrado, allí donde se había dejado abrazar porque sentía el dolor de siempre más agudo, una espina que le atravesaba el alma. No pudo distinguirlo, ningún túmulo natural lo indicaba. Todo tenía el mismo aspecto romo, mullido por el musgo. Berta quería volver a

aquel lugar al día siguiente por la mañana y le decepcionó no poder señalarlo con el dedo.

El ingeniero la escuchó, tenía paciencia. Había memorizado las coordenadas. Hasta dormido podría llegar allí. Se lo prometió. Le haría un croquis, un plano sencillo con el que podría guiarse.

—Gracias. Lo guardaré como un tesoro.

Él se sonrió. Ya se olía el humo de las cabañas. Cuatro familias aquel año. Gente de la ciudad conjugando los verbos de la Navidad de otra manera. Los himnos del bienestar escuchándose en el valle.

—No les digas que he llorado —le rogó ella al hombre ahora que eran más visibles y las coloridas formas de abajo se arremolinaban para celebrar su llegada: un padre y una madre emocionados, un hermano mascullando un reto mayor y los espectadores de las otras cabañas dispuestos a la celebración.

El ingeniero le ofreció su brazo para que no tropezara.

—Sujétate a mí.

—No me sueltes, por favor. Tengo... tengo miedo.

—No tienes por qué tenerlo.

Ella se colgó de aquel brazo como si le fuera la vida en ello. Quería que pareciesen novios. Tuvo esa ilusión. A sus pies, el sendero zigzagueaba y las piedras sueltas rodaban ladera abajo ciegas, necias, suicidas, tan turbias y confundidas como la propia Berta. Rodaban sin saber bien hacia dónde se dirigían ni por qué ■

Julio Rivera

Ésta es la historia
escrita en braille
de un mar y su disturbio.

Fue un mástil
fue un barco
prolijo de astillas
descubridor de nada.

Estaré de luto
el día que muera el viento.
Esto dijo
después de haber perdido
a toda la tripulación.

No hubo espacio para el entierro
de tanta gente.
El capitán
—voz autorizada—
ha declarado
la falta de espacio
y ha propuesto el mar
—patria de los ahogados
cuna del cardumen—
como una posibilidad
o una impuesta de traslado.
El rezo será burbuja.

(León, Guanajuato, 1992). Su libro más reciente es *Hiciste zoom en el lugar equivocado* (Ediciones Liliputienses, España, 2021).

Y el adiós hundimiento.
 Concluye:
 si desarmamos el mundo
 —esta vez—
 quizá aprendamos a ver cómo funciona.

Tengo una afición por las orillas.
 Un amor por los lugares pequeños.
 Si es muy grande estorba.
 Si es un delfín hay que cuidarlo.
 Uso máscara, la mía.
 Uso espada, la de otros.
 Y de sombrero porto
 una enorme nube.

Antes de ser Capitán
 fue capitán
 de una tripulación
 de marineros tristes
 con cuellos larguísimos.

Una mañana
 se lavaban la cara en el mar
 y ya no pudieron levantarla;

les ganó el peso.

Agujeros

Valeria Correa Fiz

Se abrazaron, casi llorando. Ahora los ataba otro círculo

JORGE LUIS BORGES, *LA INTRUSA*

Las oficiales gemelas Bhreac y Brycen Marlin encontraron al teniente Tomás Suárez gracias al agujero de gusano que se abrió en el extremo oriental de Omelas. En los Archivos Centrales Terrestres se conserva aún alguna imagen digital del agujero: esa espléndida espiral violeta que años más tarde desapareció sin dejar rastro. Si los cálculos no me fallan, el teniente y su nave, la Adrienne XII, llevaban por entonces más de dos siglos perdidos. Al principio los informes y relevamientos del teniente reportando las condiciones topográficas y los hábitos socioculturales del planeta PentAriel llegaban a la Tierra puntualmente, pero luego de unos tres años las comunicaciones se interrumpieron. Después de una década de búsquedas sin resultados positivos, en la Base Aeronáutica Central todos lo dieron por muerto. O nadie se acordaba de él, lo que es lo mismo.

La historia que voy a contar es imperdonablemente melodramática, lo sé. Me la contaron tres veces, de manera idéntica, viajeras que no se conocían entre sí, siempre ebrias de zylidium-10 y con los labios tintados del rojo luxilip que se usaba por entonces. Las tres veces la escuché fascinada: el amor inquebrantable que se tenían las gemelas Marlin me daba envidia y esta historia es una grieta, un pequeño agujero a la sólida sororidad que, sin embargo, jamás cedió. Doy fe, yo que conocí a las gemelas muy de cerca durante el segundo ciclo de hielo de las Juvenales, cuando ya se habían retirado de su vida espacial y de cualquier trato con hombres. Eran unas viejas idénticamente decrepitas por entonces: la carne seca y agrietada, cuatro

(Rosario, 1971). Su novela más reciente es *Hubo un jardín* (Páginas de Espuma, 2022).

ojos idénticamente malos y grises. Las dos padecían las mismas dolencias artrósicas en las caderas y estaban más unidas que nunca. Dicen que murieron con una diferencia de quince minutos, la misma diferencia horaria con la que nacieron; Brycen, la menor, expiró aferrando la mano muerta de su hermana.

La historia comienza con una misión en Omelas. Puede pensarse en esta asignación, que finalmente condujo a las gemelas a encontrar al teniente, como un premio o un ascenso. Pero la verdad es que en la Base Aeronáutica Central de la Tierra ya nadie las soportaba. Sus capacidades intelectuales y su idoneidad a la hora de pilotar las naves más sofisticadas eran indiscutibles, pero el carácter rabioso de las Marlin se iba acentuando con el correr de los años. Además, eran tan unidas que pelearse con una era buscarse dos enemigas. Dos enemigas implacables, brutales. Les gustaba la acción, así que colocarlas en el último recoveco de la Galaxia fue la solución más sabia. Nadie podía prever lo del agujero de gusano ni lo de la aparición con vida del teniente. Mucho menos lo que vino después de ese encuentro.

El teniente Suárez tendría unos doscientos veinticinco años de edad cuando las oficiales gemelas Marlin lo encontraron y recogieron en su nave; pero no se debe cometer el error de imaginar al teniente como un anciano: las aguas del planeta PentAriel lo habían rejuvenecido y acentuado su belleza. Los años de experiencia interplanetaria lo habían dotado de un conocimiento profundamente sofisticado en técnicas amatorias. También las Marlin eran muy atractivas, tanto para los terrícolas como para otras razas interestelares, pero no sé si por su mal talante o porque eran inseparables sus historias amorosas habían sido, hasta el encuentro con el teniente, insignificantes o encuentros pagos de puticlubs. Dicen que frecuentaban El Flash o El Saturnino 1001 cada vez que tenían un día de descanso, donde aún hoy es posible pagar por hacerlo con drogs azules y de ojos amarillos. Lo cierto es que cuando encontraron al teniente las gemelas se sintieron fatalmente atraídas por él. Yo creo que no previeron hasta más adelante, cuando todo era ya irreversible, que un hombre iba a despertar una rivalidad que jamás habían sentido, ni siquiera por su padre o por sus juguetes cuando eran pequeñas.

La historia, según me la refirieron, iba más o menos así: Bhreac, a cargo de los diarios y reportes de signos vitales de la nave, descubrió pronto que Brycen no hibernaba las horas recomendadas. Su primera reacción fue temer por el bienestar físico y mental de su hermana; la segunda, verificar los informes de la cápsula de hibernación del teniente. Ambos estaban des-

casando poco, muy por debajo de las horas recomendadas por la Agencia Sanitaria Espacial. En las tablas horarias Bhreac encontró lo que sospechaba. Brycen y el teniente programaban sus cápsulas para despertarse en la mitad del reposo, mientras ella dormía. Se sintió traicionada. Su querida hermana, sus idénticos genes y carne, y ese cerdo extraño del teniente llevaban una vida a sus espaldas dentro de las estrechas dimensiones de la cápsula espacial.

Al principio Bhreac no dijo nada. Se fue haciendo aun más callada y hosca; comía sola, inventaba la elaboración de largos reportes o hibernaba antes de lo previsto. Dejó de interesarse por las historias y las curiosidades de PentAriel que contaba el teniente y que tanta fascinación le habían causado al principio. Trataba de evitarlos, a su hermana y a él, a toda costa. Porque Bhreac no quería decirse lo que ya sabía: estaba enamorada de Tomás Suárez, el chongo de su hermana. La reacción de Brycen no se hizo esperar. En el primer día de descanso disponible, se maquilló y perfumó como hacía meses que no hacía, se puso un traje nuevo y dijo:

—Bhreac, programa el asistente de vuelo con las coordenadas de El Saturnino 1001. Hace mucho que no estoy con una drog azul y me muero de ganas. No quiero que me acompañes.

Las palabras no fueron una orden sino un ruego. Bhreac no entendía muy bien qué era lo que estaba sucediendo, pero todo le resultó muy claro cuando a la hora de descender en El Saturnino 1001 y antes de colocarse el casco Brycen sugirió:

—No estarás sola. Se queda el teniente.

Desde aquel día de descanso lo compartieron. Dicen que las cápsulas de hibernación estaban perfectamente sincronizadas para que el teniente estuviera una noche con una hermana y a la siguiente con la otra. Dicen que las gemelas no volvieron ni a El Flash ni a El Saturnino 1001 ni a ninguna otra casa de citas durante los días de reposo mientras duró el acuerdo. El esquema amoroso anduvo bien por un tiempo, pero no podía perdurar. Porque la rivalidad se encendía durante el día, cuando nada podía programarse ni preverse, y el teniente favorecía con sus atenciones y risas a una gemela por sobre la otra. Las hermanas que jamás habían discutido comenzaron a encontrar causas para no estar de acuerdo. En nada. Que si era conveniente tomar aquella o esta otra ruta durante la estación de cópula de los pájaros de neón; que si ya habían comenzado las nieves negras en Tarme. Discutían hasta del consumo del combustible cuando la nave se desplazaba a velocidad crucero, pero en realidad hablaban de otra cosa. No tardaron en descu-

brir que ambas estaban enamoradas y esto, de algún modo, fragmentaba la unidad y armonía de sus vidas y las preocupaba.

Un día, a Brycen, la más pragmática e inescrupulosa, se le ocurrió que una manera de no seguir peleando por el teniente era hacer algo que les permitiera dividirse al hombre, aunque fuera pecuniariamente, en partes exactamente iguales. Lo vendieron por diez mil e-dharmax a un esclavista espacial, que lo revendió a su vez a uno de los accionistas de El Saturnino 1001 (aunque esto último las gemelas lo descubrieron más tarde). En el arreglo cada una de las gemelas se llevó consigo cinco mil e-dharmax, mucho más que lo que cualquier misión les permitiría ganar en todo un año, se decían para consolarse.

Las Marlin volvieron a su rutina espacial en Omelas, que consistía principalmente en la medición de las tormentas interestelares y de las dimensiones del agujero negro XBH. Es posible que algunos de esos primeros días se hayan sentido a salvo. Pero pronto llegó el primer día de reposo y en El Saturnino 1001 se encontraron con la noticia de que el teniente Suárez estaba entre la oferta de drogs azules, cíclopes marcianas y voluptuosas clarkianas. Casi todo el día se les fue en la espera de un turno con el teniente. Lo mismo sucedió a la vez siguiente: todo un día perdido para conformarse con lo que se pudiera hacer en escasos sesenta minutos. Alguna de las hermanas dijo:

—Estamos peor que antes; este arreglo no tiene sentido.

Las Marlin irrumpieron armadas en el despacho del mánager de El Saturnino 1001 y se llevaron al teniente. Dicen que Bhreac abandonó sus cinco mil dharmax sobre el escritorio del mánager. Como pago o como muestra de amor, quién sabe.

Y el ciclo volvió a repetirse: las noches estrictamente programadas para compartir al chongo, y las peleas solapadas durante el día; y al poco tiempo Bhreac que volvía a recluirse y a hacerse más hosca y más callada.

Cuando el ciclo del frío de Omelas llegaba a su fin, durante esos lapsos infinitamente oscuros del espacio exterior, Brycen interrumpió el ciclo de hibernación nocturna de su hermana. Y Bhreac la miró a los ojos unos instantes. Con asombro y amor infinito por su gemela, preguntó:

—¿De verdad hiciste lo que intuyo?

—Sí. Y ya sabrás lo que planeo ahora, ¿verdad? Estamos volando a XB24.

Bhreac se incorporó en la máquina de hibernación con los miembros un poco entumecidos aún, pero no dijo nada. Brycen había planeado todo al detalle. Explicó:

—Aprovechemos ahora que los yeek saturan los cielos de XB24 con su migración y la tierra verdosa se llena de gusanos.

La nave tardó unas tres horas en aterrizar en la superficie de XB24 porque tuvieron que sortear las tormentas interestelares. Tomaron el Sendero Austral y después entre las dos bajaron el cuerpo ya rígido y cerúleo del teniente. El frío de XB24 no mermaba a pesar de la hora avanzada, cercana al mediodía. La luz y la pena las cegaban.

Ascendieron al Monte Mayor y allí cavaron un pozo donde depositaron el cuerpo del teniente Tomás Suárez. Puede que Bhreac haya querido decir unas palabras antes de cubrir el cuerpo del teniente con la tierra verdosa de XB24 pero Brycen, que era más pragmática, dijo:

—Ahí te quedas, en este puto agujero —escupió sobre la tierra y agregó—; ojalá no te hubiésemos conocido nunca.

Las gemelas se abrazaron.

Un agujero de gusano en el espacio las había congregado en torno a un hombre; ahora otro en la tierra de XB24, plagado de larvas de gusanos, las sujetaba: un homicidio y la obligación de cubrirse las espaldas.

Las noticias de la muerte del teniente Tomás Suárez llegaron a la Tierra cuando el crimen ya estaba prescripto. Las gemelas Marlin destrozaron los comandos que permitían a las sondas espaciales rastrearlas y una vez más la Base Aeronáutica Central dio una misión, la de las gemelas, por perdida.

Erraron por más de un siglo antes de regresar a la Tierra.

Quién sabe qué confines de la Galaxia llegaron a conocer. Cada día es más fácil esconderse en este maldito universo que se expande y nos empequeñece y olvida. Y yo, sin embargo, luego de tantos años no consigo evitar recordar a las gemelas y su historia con el teniente. Mientras escribo estas líneas, las veo: viejas decrepitas, hombro con hombro, sus recuerdos idénticos en torno al amor de un mismo hombre, muriéndose por turnos que respetaron la diferencia en minutos de su nacimiento. Hasta el final, una junto a la otra, las manos muertas que se sujetaban. Bhreac que se fue primera; Brycen, siempre más fuerte y decidida, llegó a contemplar la muerte de su gemela.

Nunca se sabe qué es lo último que ve una mujer o un hombre al morir. Cómo saber si ellas, al expirar, vieron la cara del teniente o si por fin consiguieron olvidarlo ✕



A FAREWELL THEME II

En el sendero español

José María Merino

Lo despertaron unos fuertes graznidos y un rápido aleteo, y le pareció vislumbrar un oscuro cuerpo que remontaba el vuelo sobre la espesura cercana. La luna llena estaba en lo más alto. Según su reloj, habían transcurrido casi cinco horas desde que se había tumbado. Los dos caballos, que para ganar tiempo ni siquiera había desenlbardado, andaban ramoneando en los matorrales cercanos. Comió y bebió algo de lo que había en la alforja del caballo del pobre Periquillo y, tras doblar la manta sobre la que había descansado y guardarla también allí, enlazó ambos caballos, montó en el suyo y se dispuso a reemprender la marcha.

Salía de la parte boscosa para incorporarse al camino, cuando escuchó fuertes y numerosas pisadas y vio acercarse corriendo a Ortiz con los cuatro indios. Ortiz, que llevaba el fusil que él había tenido que abandonar en su fuga, se detuvo y gritó:

—¡Vidal, o paras o te pego un tiro!

Sin duda el cansancio le había hecho una mala pasada. No debía haberse detenido. Aunque tras tantas horas de marcha, no tuvo más remedio que dejar descansar a los caballos, y el riachuelo con el que había topado le pareció un lugar adecuado.

Y pensó también que, si no hubiesen pasado tantas cosas, en lugar de «Vidal» lo hubiese llamado «Pepín», como había hecho la mayor parte de su vida.

Bajó muy despacio la mano derecha hasta encontrar la culata de la pistola que llevaba en la pistolera de esa parte del arzón —esta vez había cargado las dos pistolas a lo largo del viaje— y la desenfundó con cuidado, montando la llave con la otra mano, seguro de que la dis-

(La Coruña, 1941). Su libro más reciente es *Noticias del Antropoceno* (Alfaguara, 2022).

tancia que todavía los separaba y aquella luz, aunque viva lunar, hacían imposible que Ortiz —el «Chacho» de casi toda su vida— percibiese la maniobra. Luego mantuvo la pistola bien sujeta, pegada al cuerpo.

La aparición aquella mañana de los tres barcos, dos fragatas y un bergantín, fondeados en la bahía junto a la isla, había desazonado mucho al capitán Benítez y a todos los españoles, pues en esos momentos los esfuerzos de sus tropas estaban centrados en la conquista de Pensacola, a veinte leguas de allí, y la presencia de los tres barcos ingleses no podía significar nada bueno.

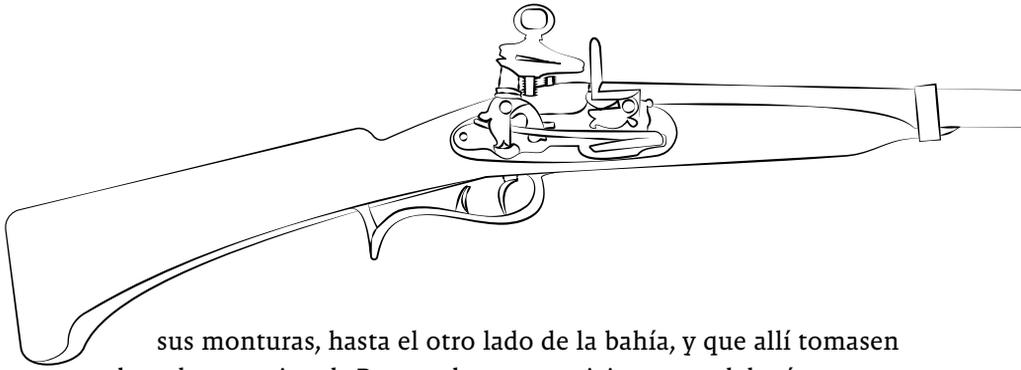
Si venían a recuperar Mauvilla, en aquellos momentos la concentración de las fuerzas militares españolas en la conquista de Pensacola había dejado a la población casi indefensa, por lo que no sería difícil que se hiciesen con ella, y que desde allí se dirigiesen por el sendero hasta Pensacola para atacar a los españoles por la espalda.

Por otra parte, de ser cierto tal proyecto, era bastante quimérico, no sólo por el número de los posibles efectivos humanos, sin duda muy inferior al de las tropas españolas, de más de tres mil soldados, sino porque su poder ofensivo más importante, los cañones, deberían dejarlo en los barcos.

Pero el caso era que la presencia de los tres barcos resultaba muy preocupante, y el capitán Benítez, además de empezar a preparar a las pocas fuerzas con las que contaba para la eventual defensa de la población, había decidido enviar de inmediato un correo al gobernador don Bernardo de Gálvez, que se encontraba precisamente al mando de las tropas que sitiaban Pensacola, para advertirle de la insólita presencia de las tres naves inglesas.

Fue designado como emisario el granadero José Vidal, un militar muy respetado, que había sido herido en un brazo en la toma de Mauvilla y a quien el gobernador, como muestra de consideración y para que se repusiese, había resuelto no incorporar al resto del Ejército. Sin embargo, Vidal estaba tan deseoso de participar en la conquista de Pensacola, que el capitán Benítez decidió enviarlo como transmisor de la noticia de la aparición de los tres navíos ingleses.

Como auxiliar, Vidal llevaría consigo a Periquillo, un pardo hijo de liberto que hacía muchos años que colaboraba con él. Y Benítez dispuso que una lancha transportase al emisario y a su ayudante, con



sus monturas, hasta el otro lado de la bahía, y que allí tomaran el sendero camino de Pensacola para un viaje que no debería ocuparlos más de tres jornadas.

Mientras Ortiz enarbola su fusil haciendo ademán de apuntarle, la conciencia de los sucesos más recientes pasa con precisión por la memoria de Vidal.

Una vez atravesada la bahía, ensillados los caballos, a punto de estar cargadas las alforjas y ellos preparados para emprender la marcha, Periquillo dijo que no se encontraba bien y que tenía que retirarse unos momentos. Todavía estaban en una zona pantanosa y Vidal procuró ir buscando la firmeza del sendero, cada vez más cerca de la masa arbórea en que se mezclaban los cocoteros, los cipreses y los magnolios, cuando llegaron a él los grandes gritos que lanzaba Periquillo echó a correr entre el estero y los matorrales buscándolo, hasta descubrir que un enorme lagarto —allí lo llamaban caimán— lo arrastraba.

Sacó el sable y golpeó al animal con él, intentó clavárselo para hacerlo soltar su presa, pero no lo consiguió. Entonces volvió corriendo al lugar en el que se encontraban los caballos y cogió el fusil, pero tenía que cargarlo, y mientras lo hacía maldecía aquella imprevisión que nunca había tenido en el campo de batalla, al tiempo que se prometía no volver a llevar consigo un arma que no estuviese preparada para el disparo.

Cargado ya el fusil, cuando regresó al punto en el que Periquillo había sido atrapado por el caimán ya no encontró ningún rastro, aunque estuvo buscándolo durante mucho tiempo, e incluso recorrió un largo tramo a la orilla del agua de la bahía.

Sentía con intensidad el dolor de la pérdida de aquel ayudante fiel y cumplidor, que había estado a su lado durante tantos años, pero ya terminaba la mañana y debía partir cuanto antes para llevar a cabo

su misión. Buscó, pues, el lugar en el que había dejado a los caballos y, cuando acababa de enlazar a los dos y estaba acabando de guardar los pertrechos en la alforja del de Periquillo, se encontró con que cinco indios lo contemplaban desde el borde del sendero.

Supo que eran apaches, pues una decena de años antes había peleado largamente contra ellos y su aspecto era inconfundible: las raras camisas, los calzoncillos con los anchos delantales, las plumas incrustadas en la banda que rodeaba sus largas cabelleras, el alto calzado. Apaches lipanes, dedujo. Seguramente por el calor del territorio no vestían sus habituales pellejos. Le pareció que sólo dos de ellos iban armados con arco y que los otros tres sujetaban cada uno una lanza. Uno era muy alto.

Sosteniendo el fusil en una mano y con la otra en la empuñadura del sable, decidió acercarse con rapidez a ellos, para mantenerlos a cierta distancia de los caballos.

Cuando llegó, el más alto de los tres exclamó en castellano:
—¡Eres José Vidal! ¡Pepín!

Tanto la voz como las facciones del indio despertaron en la memoria de Vidal una súbita recuperación.

—¡Y tú Pablo Ortiz! —repuso—. ¡Chacho!

Vidal y Ortiz procedían del mismo pueblo de España, Lois, en las montañas del norte del Viejo Reino de León, y habían sido compañeros y amigos desde la infancia. Hijos de gente que administraba bienes de nobles, habían tenido educación en una escuela religiosa: leer, escribir, las cuatro reglas, religión, algo de historia con exaltación de lo español. Pero también habían jugado juntos por los montes, habían buscado nidos, habían pescado truchas, habían visto a los lobos cuando los pastores llevaban los animales a las brañas. Entre ambos había habido una amistad fraternal.

Y ambos habían acabado enrolados en el Ejército, y en los granaderos de casaca blanca, por su apostura física y formación sobre sus deberes con la Corona y con la patria. Y juntos, como cuando eran niños, habían peleado a lo largo de varios años, aunque Ortiz había desaparecido hacía diez, en la campaña contra los apaches que dirigía el entonces comandante don Bernardo de Gálvez, al norte del río Pecos.

—¡Pensábamos que habías muerto! —dijo Vidal.

—Me capturaron y he vivido con ellos desde entonces.

—¿Y vas a seguir con ellos? —preguntó Vidal.

—Ya tengo una familia. Ya vivo otra vida. Ya soy de *la gente* —repuso Ortiz con naturalidad.

Otra vida, pensó Vidal. Pablo, el mejor amigo desde la infancia, su hermano virtual... el fraterno granadero Ortiz... aindiado y enfrentado a él. Aunque a él le podía haber pasado una aventura similar...

—¿Y a qué habéis venido?

—Estábamos cazando y nos hemos acercado a ver el mar —repuso Ortiz.

A Vidal le extrañó que estuviesen cazando tan al sur, pero no dijo nada.

—¿Y vuestros caballos? —preguntó.

—Nuestro pacto con los *cris* no nos permite entrar con los caballos en su territorio. Ellos tampoco pueden hacerlo así en el nuestro...

A Vidal le asaltó el recuerdo de su reciente dolor.

—¿Te acuerdas de Periquillo? Al pobre acaba de llevárselo un lagarto y no he podido impedirlo. Estoy desolado.

Ortiz no hizo ningún comentario, pero en su rostro hubo una señal de pena.

—¿A dónde íbais? —preguntó—. No creo que en Mobile el capitán Benítez pueda prescindir de nadie... Ya hemos visto que está fortificándola.

Aquello despertó la inquietud de Vidal. ¿Cómo su antiguo amigo y compañero podía conocer la existencia del capitán Benítez, tan recientemente incorporado a la compañía de Mauvilla? ¿Y cómo conocía la escasez de medios defensivos? Decidió, pues, no decir nada de los barcos ingleses fondeados en la bahía.

—Voy a Pensacola a unirme a las tropas —respondió.

—Ya conocemos bien el apoyo firme de los españoles a los rebeldes que siguen a Washington... Sabemos que les enviáis armas,

ropas, bastimentos, dinero... Y miles de combatientes. Y es conocido que habéis creado tasas especiales para ayudarlos. No me imaginé que Su Majestad se metiese en esto...

Vidal volvió a extrañarse de que Ortiz hablase de los españoles con tanta lejanía, pero contestó tajantemente a su pregunta:

—Los ingleses son nuestros enemigos.

—Quiero hablar un rato contigo —dijo Ortiz, con un tono que no parecía dejar posibilidad de negativa.

—Voy a dejar el fusil y a coger algo de comer y de beber. Os invitaré, para celebrar el reencuentro —respondió Vidal con tranquilidad.

Y mientras los apaches y Ortiz se acucillaban a la sombra de un enorme ciprés, Vidal regresó con calma a donde estaban los caballos y, dejando el fusil en el suelo, junto a los bultos que aún no se habían guardado en las alforjas, montó deprisa en su caballo y lo azuzó para salir galopando, seguido del otro. Estaba seguro de que Ortiz era un espía al servicio de los ingleses. Tenía que llegar a Pensacola cuanto antes e informar a don Bernardo de Gálvez de todo aquello.

—¡Desmonta! —gritó Ortiz.

Pero Vidal no desmontó. Lo acuciante y esforzado de aquella persecución a pie le había parecido demasiado sospechoso. Tenía que llegar cuanto antes a Pensacola y avisar del caso. Se aproximó con los caballos a Ortiz y, alzando la pistola, apuntó a su pecho.

—Tengo cosas más urgentes que hacer que desmontar —dijo.

En ese momento Ortiz disparó el fusil, pero la bala pasó por encima de la cabeza de Vidal. Le pareció raro que un soldado tan experto en arrojar con precisión granadas como en disparar fusiles y carabinas fallara el tiro estando tan cerca, se detuvo manteniendo su pistola apuntada al cuerpo del antiguo amigo y compañero.

Los indios arqueros levantaron sus armas, pero Ortiz les dijo algo que él no pudo entender y quedaron inmóviles. Vidal mantuvo su pistola apuntada unos instantes al pecho de Ortiz, pero luego la alzó y disparó al aire.

—A cambio de tu mala puntería y en recuerdo de los años de Lois, Chacho —dijo, antes de hacer girar a sus monturas.

—¡Buen viaje, Pepín! —le gritó el indio.

«Podía ser yo», pensó él, mientras escapaba al galope ✕

Sexo bajo el agua

Myriam Moscona

a Heny Steinberg

Estoy en Budapest. Mi amiga H está conmigo. Para conocer la magnífica avenida Andrásy, lo mejor es comenzar en Erzsébet tér para finalizar el recorrido en Plaza de los Héroes. La estación de metro más conveniente es Bajcsy-Zsilinszky. Se nos enreda la lengua y pronunciamos. Los húngaros no nos parecen amables, pero nos las vamos arreglando y, claro, como buenas mujeres, todo preguntamos. Recuerdo que alguna vez me perdí con un amigo en un mercado árabe. Íbamos acompañados de A, una conocida. Para todo y a cada momento, él preguntaba a señas, incluso mezclando palabras árabes, ¿derecha o izquierda? Le explicaban y en la próxima manzana volvía a preguntar a señas, ¿izquierda o derecha? A me dijo: creo que tu amigo es gay. Todavía sonrío al recordar la forma en que la gente saca conclusiones. Mi amigo es un loco por las mujeres, aunque sea un viajero preguntón. Vuelvo a Budapest, a la avenida más impactante y señorial de Europa del Este. Entramos al metro, no encontramos dónde se compran las entradas, no hay máquinas, no hay taquillas. Sólo hay gente que va de prisa. Vemos que todos entran despreocupados a los vagones. Los imitamos. Perfecto. A la salida, dos policías enanos nos abordan en húngaro. *Oh, we don't understand. We are Mexicans, yes, yes, Me xi co. Passports, please,* responde uno con pelo color calabaza en tacha. No cargamos pasaportes, *sorry. What's the problem,* fingimos, *we are Mexicans.* Pues nada, que le atinaron. No llevábamos boleto. Nos multaron y sí, nos costó cinco o seis veces más, pero nos dejaron libres.

(Ciudad de México, 1955). Su libro más reciente es *León de Lidia* (Tusquets, 2022).

Salimos del metro a tomar un bus urbano. Íbamos al otro lado del río. Subimos a un bus azul y esta vez, muy civilizadamente, dedicamos, ahora sí, un buen rato a conseguir los boletos del viaje. Ya no queremos más policías color calabaza. En el bus, un *clochard* sentado atrás de mí mete su mano mugrosa de uñas crecidas en el bolsillo de mi pantalón y saca diez dólares. Mi amiga me echa un grito, el *clochard* se baja del bus volando. Nadie se inmuta. El corazón sube de velocidad. Hay días de pie izquierdo, pero nada grave ha pasado, así son los viajes, me digo. De regreso de nuestro paseo vamos a dar a un jardín. Es un parque inmenso. Pasamos frente a un palacio. En la puerta vemos recargado a un hombre en bata de baño, con gazné al cuello. Se parece a Mauricio Garcés, pero en versión húngara. Trae las piernas desnudas, fuma pipa y está en pantuflas. Se nota que se siente soñado. De pronto caemos en cuenta que la gente sale con el pelo mojado de esa hermosa construcción. Es un baño público en medio de un parque, como si fuera el Bosque de Chapultepec de Budapest. Metemos la nariz y pasamos. La chica de la recepción habla un inglés incipiente, pero nos explica. Preguntamos si esas albercas de aguas termales son para cualquiera, que nosotras no llevamos traje de baño. No hay problema, dice. Nos conduce a otra ala del palacio. Nos frotamos los ojos. Es del tamaño del Palacio de Bellas Artes, como si el Palacio estuviera inundado en agua, como una visión. Del lado derecho, unas estatuas *art nouveau*. Entramos al baño de mujeres, nos recibe una señora mayor, malencarada. Nos muestra, plastificados, unos trajes de baño. ¿Qué talla? ¿Chico, mediano o grande? Pagamos. En unos minutos, estamos inmersas en otra realidad. Cuando veo a mi amiga enfundada en ese traje a la moda anterior a la Segunda Guerra Mundial suelto una carcajada. Sigue mi turno. Salgo de una cortinita para que apruebe el modelo. Su inolvidable expresión me devuelve una imagen de mí que no quiero constatar en ningún espejo. Nos envolvemos en las toallas después de haber guardado nuestras mochilas en los casilleros y, ahora sí, descalzas y ¡bienvenidas al paraíso! La piscina es enorme, repleta de gente, pero es tan grande que no te sientes en Oaxtepec en un Sábado de Gloria. Nos morimos de vergüenza de desenrollarnos las toallas del cuerpo y modelar esos esperpentos. En dos segundos estamos adentro, protegidas por el agua, una bendición. Las nubes de vapor suben hacia las esculturas de piedra alrededor de esa piscina de ensueño. La gente hace sus abluciones. Nosotras, ya protegidas por

el agua, soltamos el cuerpo cuando de pronto, ¡zas!, el agua comienza a dar latigazos, gira a gran velocidad, te desplaza aunque opongas resistencia. Nadie nos advirtió nada. Todos damos vueltas empujados por el motor que nos agita más que un río de corrientes peligrosas. Nos inunda una felicidad compartida cuando de pronto la fuerza del agua me estampa contra el traje de baño de un japonés. Quedamos de frente. No puedo despegarme de él, comienzo a dar de gritos y jadeos por los nervios. No puedo contener la risa al sentir el sexo del japonés pegado a mi cuerpo. No nos podemos separar, damos vueltas y vueltas alrededor de una especie de glorieta con esculturas del siglo XIX que, ante mi total sometimiento, parecen divertidas. Mi amiga, atrás, está estampada a mi cuerpo y yo al del japonés que me queda de frente. Imposible dejar de moverse en los círculos que el agua arrea. Creo que nunca volveré a reírme como ante ese contacto inesperado entre Occidente y Oriente. Yo le gritaba a mi amiga, amparada en los secretos de Babel (como si nadie pudiera entender español). ¿Qué hago? No puedo separarme del pito japonés, ¡auxilio! Cuando pararon los motores y pude separarme del caballero, le dije *sorry*, y él me contestó o yo escuché, *sayonara* ✕



A vuelta de rueda

Germán Robles Pérez

04 abr 2023

Risco Castro Bermejo <rcb2001@correo.com>

Para Revista del Cerro Yermo

¡Saludos bohemios!

Planteo este errático cuento para el siguiente número, donde se logra abordar la temática requerida de aventuras o viajes. No importa que no me haigan elegido, por favor confirmen de recibido y aceptado o rechazado; a veces pienso que ni les llegan mis textos.

Odas efusivas,

Risco Castro Bermejo, escritor mexicano

A vuelta de rueda.doc

a Julio César

Estaba harto. Otro cliente pendejo y me volaría la sien. Y si de casualidad llegara mi ex al restaurante, la misma bala bastaría para los dos. Lo había decidido: iría a conocer a mi mejor amigo Marco en persona; a casi quinientos kilómetros de distancia. Jamás podría comprar un terreno o algo así, pero nadie me robaría la libertad de hacer lo que quisiera. Ni siquiera renuncié, sólo agarré el alebrije que había puesto en el mostrador y salí sin despedirme.

(Guadalajara, 1995). Su cuento «La torre tapatía» fue incluido en la antología *Guadalajara y sus jóvenes narradores* (Universidad de Guadalajara, 2023).

Lo había decidido, por fin conocería a mi mejor amigo Marco, a casi 500 kilómetros de distancia.

Preparé mi equipaje. Una mochililla retacada con una playera, unos shorts, una gorra, un par de calcetines, algún libro y un cuaderno. *Lo bueno, si breve, doble bueno*, leí alguna vez. Ah, y el alebrije, pensé que sería un regalo formidable. Vámonos. Consideré avisarle que iba para allá, pero preferí mantener la sorpresa. ¿Cómo pondría la cara al verme? Uy, y ¿cómo sería él cuando por fin lo viera?

La central camionera olía igual que siempre, o peor de lo que recordaba. Pareciera que las cloacas se apoderaban del lugar. Había poca gente y menos luz. Los boleteros casi se quedaban dormidos. Un rumor provenía de afuera, de los moteles y las tabernas de mala muerte. Allá estaba repleto de vida, a la salida convenida. Salí por un pulque para poder aguantar las ocho horas de viaje. Aunque era de noche, quería asegurarme de que iría bien dormido. Además, un poco de bebida mareante siempre inspira. Quizá así se me ocurriría un nuevo cuento. Entré en la pocilga llena de mujeres y hombres con costras de sombras. Lo que no esperaba era lo sabroso que estaría el pulque. Y el segundo estuvo más mejor. Cuando me sirvieron el tercero, se me arrimó un señor que olía profusamente a central camionera. Se sentó sin decir nada y pidió lo mismo. Los pliegues de la cara ondeaban. Supongo que le caí bien porque me ofreció aventón. Después de unos tragos, me explicó que él iba más al sur, pero me podría dejar bastante cerca. Espeté que pagara y lo hizo. En el momento en el que se fue al baño, salí para treparme al primer camión que medio siguiera la ruta.

Ya estaba encaminado. Ver el negro por las ventanas del camión era como ver la existencia en su estado puro, en la carretera todo se vuelve muy literario.

Hace años había dado con Marco para comprarle unos libros. Le había mandado mensaje en Facebook para preguntarle detalles sobre unos cuentos y los autores, y me contó hasta lo que no. Podría llamarlo una iluminación estética, pero el verdadero milagro sucedía dentro de la literatura. Y de un momento a otro, nos mensajeábamos diario. Sabe cómo, pero las cosas se dieron.

Me tocó en un asiento del lado del pasillo. Iba lleno. Cuando arrancó, se subió un señor vendiendo tortas, pedí una de pierna y me la eché de tres mordidas. Minutos después, el cuerpo me pesaba tanto que en contraste el camión volaba. No podía ni levantar la cabeza, me

colgaba de lado. Los párpados se me entrecerraban. Me sentía bajo-
neado por la decisión que tomé. Y no sólo por eso. Mi trabajo era des-
echable; mi escritura mediocre, o de menos eso me parecían indicar
las revistas y talleres a los que asistía. Lo único que quería hacer era
leer y olvidarme de todo; ir con Marco y conectar; charlar de lo que
escribiríamos algún día, del futuro entre iridiscente y aciago que nos
esperaba, quizá cuando muriéramos nuestra obra sería revalorada y
trascenderíamos. Aun así me sentía mal.

El camión llegó a la siguiente estación. Pasaron quince minu-
tos, quería ir al baño pero mi cuerpo no me lo permitía todavía. Justo
antes de arrancar, se subió un cabrón con gorra, le tapaba la cara y
sólo había una sombra en su lugar. Sin pensarlo, sacó una pistola y
dijo algo como *si no se me mueven les perdono la vida, cabrones y ca-
bronas*. Me sentí paralizado, mientras más intentaba moverme, más
duro apretaba un nudo dentro de mí. Se llevó las mochilas a lo rápi-
do, incluyendo la mía. Me dolió el robo, sobre todo el cuaderno, lleno
de premisas y temas para cuentos, y el alebrije. Sentí cómo el asal-
tante se bajó del camión enseguida. Mi vecino de asiento me pidió
permiso para pasar al baño pero yo seguía paralizado. Me brincó. No
sé cuánto tiempo pasó. En algún momento pude aspirar profundo y
me desperté agitado... Se me había subido el muerto, estaba soñando.
Seguía un poco ebrio. Vi que ahí seguía mi mochila, y también la del
de a lado. Y las de los demás. ¿Sí estuve soñando? Tanteé mi mochila.
Entonces me pude dormir bien.

Desperté descansado y leve crudo, como engrudo. El pasajero
junto a mí ya se había apeado. Llegamos a la última parada, la que
me dejaba más cerca. Ahí, agarraría otro camión y sólo faltarían un
par de horas para llegar. Me levanté y me colgué la mochila, sentía
que iba más ligero. Como si me hubiera liberado de un peso en la
espalda. Como si hubiera tomado la decisión correcta al venir. Fui a
la tienda para comprarme un café. Faltaban veinte minutos para que
el siguiente camión saliera. Me senté en una banca a mirar cómo un
reloj antiguo avanzaba el tiempo. Bebiendo café, quise saber cómo
estaba Marco.

Qué hay, rey

Buen día

Todo fino por allá?

Buenos días, papito.
 Ya chambeando desde temprano,
 ¿tú cómo vas?
 Pues lo mismo de diario, chambeando y a ver qué pasa...
 Oye, sé que ya hemos hablado de esto
 Pero cómo crees que sea cuando nos conozcamos?
 Pues sabe, podría imaginar mil cosas...
 Pero de que va a pasar, va a pasar, papi.

Tarde o temprano, rey
 Llevamos diciéndolo un buen jaja
 Pero sabe, hoy quise preguntarte
 Ah y adivina qué? Jaja
 Tampoco me agarraron el cuento en La revista inusual
 Creo que mandé el texto con errores

¿Qué se le hace, papito?
 Ellos se lo pierden.
 Sigo pensando que nunca nos publicarán.
 Tú ya estás publicado jaja
 Pero bueno, sí entiendo
 Pues hay que seguir mandando
 A ver qué pasa

A ver si la semana que viene
 leemos a McCullers.
 Ya quiero que lleguemos a Kerouac y luego a Bolaño
 Y tengo que enseñarte al Gerardo Arana
 Jaja, sí, papito.
 Se va a poner bueno.
 Bueno, te dejo, voy a echarle ganas.

Ánimos rey

Marco, más que un maestro literario, había sido mi acompañante. No sé por qué sentía que le debía tanto. Pero en una vida absurda, tener a alguien que encuentra el mismo valor que tú a un puñado de letras, alivia. Se me ocurrió una idea que en el momento me pareció increíble, de talante fascinante. Ya sabía que debía apuntarla, de lo contrario corría el riesgo de olvidarla. Abrí la mochila para sacar el cuaderno. Me encontré con que faltaba el alebrije. Vino a mi mente el momento en que el wey me pidió permiso para ir al baño, yo estaba

entre dormido y despierto y me brincó y chingados. De seguro cuando regresó me vio tieso y se aprovechó.

Era hora de abordar. Esta vez me senté del lado de la ventana, había pocos pasajeros. Al ver el paisaje rural recorrerse, recordé la sensación de abundancia que provocan los alebrijes. La tradicional historia de su origen, de cómo se aparecieron en los sueños afiebrados del artesano y al despertar cambiaron su destino para bien. Fue en ese momento que decidí que el cuento debería llevar alebrijes. ¿Reales? ¿Imaginarios? ~~Tal vez sólo serían una excusa, un símbolo, y nunca hubiera habido ninguno en el cuento. Aún tenía tiempo para resolverlo.~~

Imaginé la historia de una familia de alebrijes que eran piñatas en la fiesta de un niño. Pero la más joven se rebelaba y no quería que la rompieran. Serpentinatas, cacahuates, mandarinas y globos. En el momento en que cantaban *dale, dale, dale, no pierdas el tino* la piñata joven esquivó el golpe y el festejado le dio un palazo al papá que jalaba y aflojaba la sogá. Lo descalabró al grado de desmayarlo y se terminó la fiesta. Pinche historia horrible. Y lo peor de esta historia cucha es que se me olvidó la otra que tenía en mente. Incompetente. Le mandé mensaje a Marco y le platiqué lo sucedido y, como siempre, me dijo que no me preocupara, que ya me llegaría otra buena idea para un cuento.

Marco ya me había leído con anterioridad y juraba que yo tenía talento. Con frecuencia denigraba su propia escritura y decía que su verdadero talento era identificar el de los demás, llámesele un editor o un agente literario. La verdad es que sí sabía mucho de literatura, entendía las lecturas, sabía leer (algo de lo que reducidos lectores son capaces, aunque suene absurdo). Por eso, y sólo por eso, yo confiaba en que llegaría el día en que mi literatura sería recibida por el público. Cinco años de escribir, corregir y participar en concursos no son poca cosa: había logrado convertir las cacofonías en aliteraciones, redefinir la estructura del relato a mi manera, encontrarme con la estela de la literatura... Por eso ya me había vuelto inmune al rechazo. Carecía de razón alguna para seguir concursando, pero si Marco creía en mi escritura yo también lo haría.

Me acercaba a casa de mi amigo. Ocho horas de viaje ni se sienten en la carretera. En cuestión de media hora podría abrazarlo, agradecerle que me transmitiera el espíritu. Derrocharíamos unos ges-

tos, derraparíamos la noche, descorcharíamos la vida. El cansancio me ganó. Llegué y miré a Marco, radiante, parsimonioso. Agradeció que lo visitara, me invitó a hospedarme en su casa. Era tan perfecto que me percaté que era un sueño. El chofer me estaba hablando y agitando, pero no quería despertar. Solté mi ímpetu, me levanté.

Rey, dónde andas?

Tranquilo en casa, papi.

Ya terminó la chamba, estoy con mi hija.

Tienes un rato libre?

Claro, papi, ¿qué pasó?

Pues más bien para salir a tomar algo

O para rondar por tus lares

¿Cómo?

Estoy de visita, mirrey!

:D

¿Cómo crees, papi?

No puede ser.

Es que la verdad no es un buen momento

Hace rato fui a casa de mi abuela, la vecindad está vuelta loca

Parece que mataron al cartero y resulta que fue amante de la dueña.

Parece que van a correr a todos...

Y estamos complicados en la casa, en un ratito tengo que ir para allá

y no sé qué va a pasar a continuación.

Cómo crees?

Tss suena que va a estar complicado

Y pues sí, definitivamente debes estar para tu abuela

Discúlpame, papito.

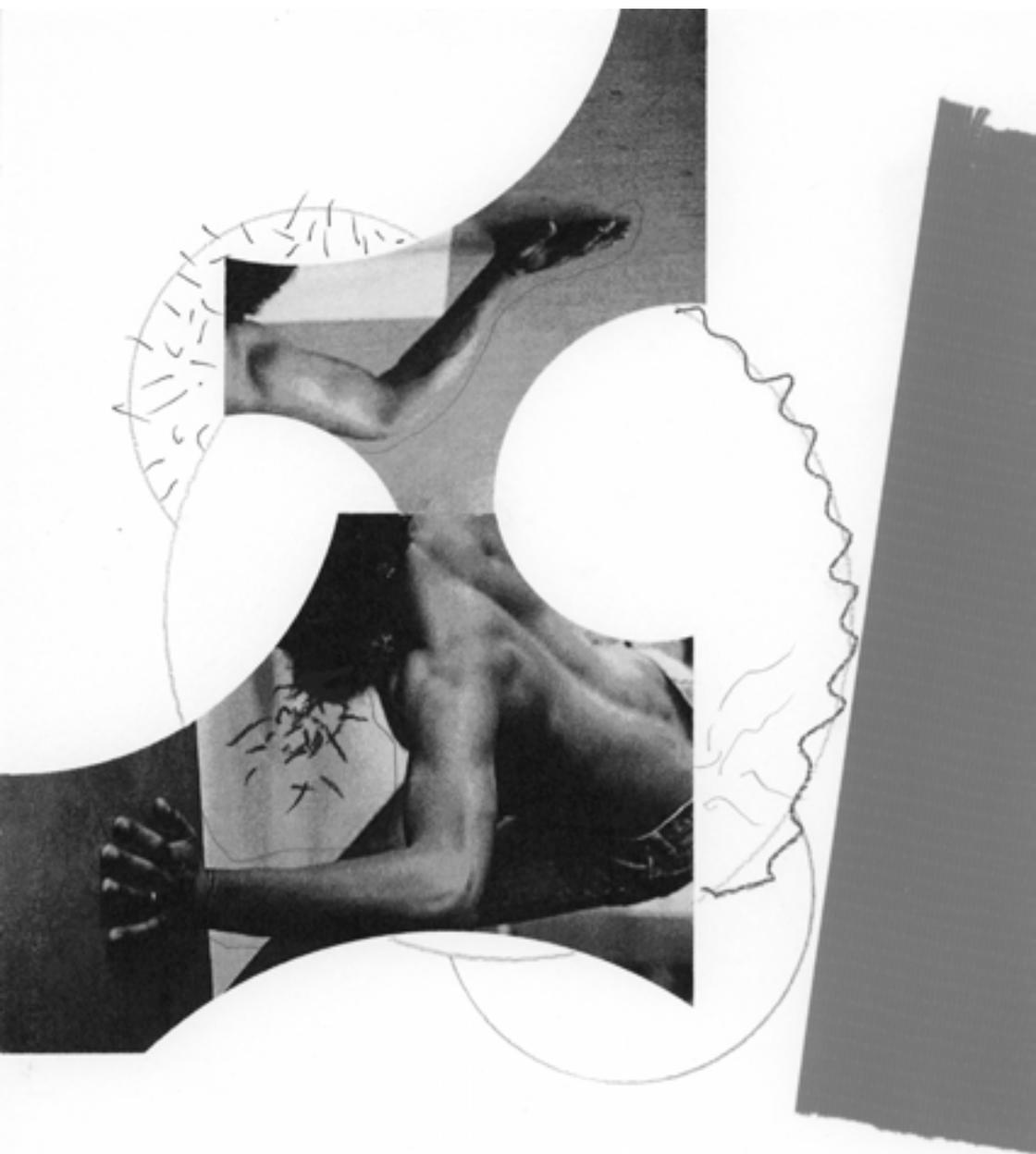
Te debo una.

No te apures, mirrey

Estas cosas de verdad pasan

Mejor ya que se resuelva me platicas qué pasó

Quizá la literatura no deba cruzarse con la vida real. Decidí rondar por las calles podridas en tierra y frío buscando una pulquería. Sentado en la barra comencé a escribir este cuento ✖



ATLAS

Un viaje hacia el conocimiento por la oscuridad del cuerpo

Verónica Grossi

La relación entre cuerpo y mente ha sido tratada por la filosofía desde sus orígenes clásicos. Filósofos de la Antigüedad, como Platón, han establecido una jerarquía en la que la razón domina, se sobrepone, supera e incluso controla al cuerpo. El cuerpo queda reducido o asociado a lo perecedero de lo material, de lo temporal, lo que acaba convirtiéndose en polvo, en materia orgánica que recibe la tierra en su reciclaje continuo.

A través de la historia, el cuerpo ha sido asociado a la mujer, a su encantamiento, como si el cuerpo fuera una continuación de las cautivadoras voces de las sirenas homéricas que atrapan con su música, o con el espejeo del tacto, o con el hechizo de sus formas abrazadoras, húmedas, armónicas, curvilíneas, maternales; un refugio, alimento o descanso, pero también la aterradora cavidad abismal, la *vagina dentata* que succiona al hombre para hacerlo naufragar.

La mujer queda así metonímicamente asociada a los peligros del mundo, a sus atracciones engañosas, a sus luces y colores falsos, al diablo, a los placeres que nos desvían de nuestras labores, de nuestra vocación por lo ético, por lo social. A lo que sería, en términos de una fábula de Esopo, el trabajo de la hormiga y no el canto de la cigarra que se tiende, se arrellana a cantar, a pintar, a escribir, o bien a pasar una tarde en contemplación o en el disfrute amoroso que no tiene valor o finalidad sino en sí, absolutamente en sí, en el momento que se abre

(Guadalajara, 1963). Autora de *Sigilosos v(u)elos epistemológicos en Sor Juana Inés de la Cruz* (Ed. Iberoamericana / Vervuert, 2007).

hacia algo más que sería quizá un vislumbre de eternidad como lo concibieron los poetas románticos.

De esta manera, el cuerpo queda relegado a un segundo lugar, aun cuando al mismo tiempo se le encomia, se le exalta en sus proezas olímpicas. *Mens sana in corpore sano*. El mismo Platón discurre en sus *Diálogos* sobre la necesidad de controlar, disciplinar ese furor divino deleitoso que al mismo tiempo lo seduce en el canto épico de Homero, en la belleza de los jóvenes, en la música, el ritmo, la melodía, la rima, el aspecto material, auditivo de la poesía, que tiene un efecto no sólo en las sensaciones sino en las facultades interiores y en el alma.

Por su brío y su aliento, su viveza y resistencia, su inestable e impredecible vaivén, su inconmensurable potencia, se crea la urgencia de regir sobre el cuerpo, reprimirlo, despreciarlo. El cuerpo es la cueva, la oscuridad, lo que rebasa las fronteras del conocimiento humano. Salir a la luz desde la caverna, atreverse, es dejar ese cuerpo arrinconado para enaltecer la luz de la razón, cegada por alejarse de su origen. Desconoce entonces, en un proceso temporal que no acaba, su primordial cimiento. Aunque conectados desde nuestra estrella interior con la luz nocturna del pensamiento creativo, buscamos mirar de frente y alcanzar el fuego castigador del Rey Sol, su poder político regido por leyes, pero en esa competencia por la supremacía, caemos una y otra vez desbarrancados como Ícaro y Faetón.

El cuerpo entonces es ese ser primitivo, inescrutable y amenazante que queda en la prisión de la caverna. En ella caben todos esos seres extraños y excéntricos, los monstruos, las figuras mitológicas femeninas castigadas por su desobediencia, por su osadía, que pululan en el *Sueño* de Sor Juana, los engendros de Goya embadurnados en los muros de su Quinta del Sordo, seres desconocidos que atemorizan. También se constriñe a ese encierro de censura, como bien se retrata en el *Celoso extremeño* de Cervantes, a la mujer y a sus pechos que amamantan, sus palabras-cuerpo-poesía, su escritura y polifonía corporal que potencian formas de placer, de ser y de estar comunitariamente en el mundo, como explican Luce Irigaray y Hélène Cixous.¹ Palpitaciones y humedades, labios, caricias, besos y silencios impregnados de pensamiento se multiplican alimentando civilizaciones.

1. Luce Irigaray. *El sexo que no es uno*. Madrid: Akal, 2009; Hélène Cixous. *La risa de la medusa. Ensayos sobre la escritura*. Prólogo y traducción de Ana María Moix. Traducción revisada por Myriam Díaz-Diocaretz. Barcelona: Anthropos, 1995.

Las otras voces son las sirenas que no se pueden silenciar, así como un dedo tampoco puede tajar el sol. Esas voces son la música del cuerpo; cantan a pesar de la negación de su sustento y de su arrullo. Las voces del cuerpo, su abrazo, su oscilación, su ritmo, son el sostén del pensamiento y de sus facultades. Son un río o un mar que desemboca en la iluminación que proporciona la imaginación al entendimiento y a la razón, como bien explica Kant.

La serie de transferencias, una continuidad no jerárquica sino en plena colaboración, un tránsito o viaje desde las impresiones diurnas hasta el momento de reposo del sueño, que podríamos relacionar con la reminiscencia desde la quietud de Worthsworth, en la que todos los órganos laboran desde su acompasada maquinaria para destilar lo más exquisito de las impresiones corporales en una serie de traslados metafóricos, proyectados sobre la *camera* oscura del pensamiento, repetida proyección, retrato o reflejo en ese poema magistral que el alma lee para cifrar así no sólo el poema largo en su totalidad sino el acto de crear poesía como forma de conocimiento, *poiesis* como *scientia*:

Y del modo

que en tersa superficie, que de Faro
 cristalino portento, asilo raro
 fue, en distancia longísima se veían
 sin que ésta le estorbese,
 del reino casi de Neptuno todo
 las que distantes lo surcaban naves
 viéndose claramente
 en su azogada luna
 el número, el tamaño y la fortuna
 que en la instable campaña transparente
 arriesgadas tenían,
 mientras aguas y vientos dividían
 sus velas leves y sus quillas graves:
 así ella, sosegada, iba copiando
 las imágenes todas de las cosas,
 y el pincel invisible iba formando
 de mentales, sin luz, siempre vistosas
 colores, las figuras
 no sólo ya de todas las criaturas

sublunares, mas aún también de aquellas
que intelectuales claras son estrellas,
y en el modo posible
que concebirse puede lo invisible,
en sí, mañosa, las representaba
y al alma las mostraba.²

Prodigioso es que Sor Juana Inés de la Cruz, poeta e intelectual brillante del siglo diecisiete, representara en su poema magistral lo que Kant dilucidaría siglos después en su tratado filosófico *Crítica del juicio*. Las representaciones metafóricas, la pintura por medio de la palabra, *ut pictura poesis*, son abstracciones que se trasladan a través del tiempo para nutrir la creación y el pensamiento. Sustentada en la ininterrumpida actividad del cuerpo durante el sueño, la fantasía proyecta simulacros, fantasmas o figuras poéticas para que el alma o el entendimiento los descifren:

(Así linterna mágica, pintadas
representa fingidas
en la blanca pared varias figuras,
de la sombra no menos ayudadas
que de la luz: que en trémulos reflejos
los competentes lejos
guardando de la docta perspectiva,
en sus ciertas mensuras
de varias experiencias aprobadas,
la sombra fugitiva,
que en el mismo esplendor se desvanece,
cuerpo finge formado,
de todas dimensiones adornado,
cuando aun ser superficie no merece.)

La «idea indeterminada de la razón» en Kant podría relacionarse con la figura poética o metafórica en Sor Juana, ya que esta idea «no puede ser representada por conceptos sino en una exposición». Para el

2. Sor Juana Inés de la Cruz. *Obras completas*. Vol. 1. *Lírica personal*. Edición, introducción y notas de Antonio Alatorre. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2009.

filósofo prusiano, la «facultad de exponer... es la imaginación». De esta manera, la «exposición» es afín a la representación o proyección de figuras, pinturas o simulacros, en el *Sueño* de Sor Juana.

Es de notar que, de un modo inconcebible para nosotros, sabe la imaginación no sólo volver a llamar así los signos de conceptos, incluso de mucho tiempo acá, sino también reproducir la imagen y la figura del objeto, sacada de inexpressable número de objetos de diferentes clases o de una y la misma clase; y más aún, cuando el espíritu establece comparaciones, deja caer, por decirlo así, una imagen encima de otra, realmente, según toda presunción, aunque no con suficiente consciencia, y de la congruencia de muchas de la misma clase sacar un término medio que sirva a todas de común medida.³

Sólo cuando la imaginación, en su libertad, despierta el entendimiento, y éste, sin concepto, pone a la imaginación en un juego regular, entonces se comunica la representación, no como pensamiento, sino como sentimiento interior de un estado de espíritu conforme a fin.

Ahora bien: cuando bajo un concepto se pone una representación de la imaginación que pertenece a la exposición de aquel concepto, pero que por sí misma ocasiona tanto pensamiento que no se deja nunca recoger en un determinado concepto, y, por tanto, extiende estéticamente el concepto mismo de un modo ilimitado, entonces la imaginación, en esto, es creadora y pone en movimiento la facultad de ideas intelectuales para pensar, en ocasión de una representación (cosa que pertenece ciertamente al concepto de objeto), más de lo que puede en ella ser aprehendido y aclarado.

3. Manuel Kant. *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir.*

Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime. Crítica del juicio.

Estudio introductorio y análisis de las obras por Francisco

Larroyo. Ciudad de México:

Porruá, 2014.

De la misma manera que, para Kant, en el *Sueño* de Sor Juana el entendimiento no puede concebir o retratar en conceptos definidos, tanto la aspiración como la intuición o deducción imperfectas de aquello que rebasa las dimensiones humanas.

En Sor Juana, las figuras poéticas que representa la fantasía, fruto de la sublimación gradual de las sensaciones diurnas a través de un viaje o ascenso por la estimativa, la imaginativa y la memoria, desbordan el vaso del entendimiento, vaso que Gorostiza amplifica en su poema magistral *Muerte sin fin*:

No de otra suerte el alma, que asombrada
de la vista quedó de objeto tanto,
la atención recogió, que derramada
en diversidad tanta, aún no sabía
recobrase a sí misma del espanto
que portentoso había
su discurso calmado,
permitiéndole apenas
de un concepto confuso
el informe embrión que, mal formado,
inordinado caos retrataba
de confusas especies que abrazaba
sin orden avenidas,
sin orden separadas,
que cuanto más se implican combinadas
tanto más se disuelven desunidas,
de diversidad llenas,
ciñendo con violencia lo difuso
de objeto tanto, a tan pequeño vaso
aun al más bajo, aun al menor, escaso.

Queda anegado el entendimiento porque la metáfora empieza a proliferar, a expandirse en sus infinitas posibilidades y asociaciones. El entendimiento reconoce su infranqueable obstáculo porque ningún concepto puede comprender en una mirada temporal ese vuelo hacia lo impenetrable: se queda chico frente a la portentosa diversidad, frente al misterio de una flor. Reconoce su límite con admiración hacia esa luz que brilla en la figura de la metáfora poética o artística, creada por la fantasía a partir de las sensaciones corporales. Son música auditiva: pinturas visuales y conceptuales indivisiblemente. Nunca quedan fijas. Nunca son un solo cuadro, un solo significado, una única enseñanza, una ideología. No se pueden definir en un sentido político.

La imaginación, la reina de las facultades, representa la aspiración hacia lo que es inabarcable para los anteojos del pensamiento. La capacidad de la imaginación de remontar hacia «un abismo donde teme perderse a sí misma», hacia lo que no se puede medir ni en números ni en conceptos claros y precisos, no la tienen ni el entendimiento ni la razón, como esclarece Kant. De igual manera, en el *Sueño* de Sor Juana la indagación gnoseológica es un repetido y riesgoso vuelo, con caídas vivificadoras en el regazo maternal marítimo, en el despertar, cuando el estómago pide comida y el cuerpo nos exige atención.

La imaginación entonces, como explica Kant, tiene sed de lo infinito, como diría también Unamuno, esa sed de ir más allá de los límites de la razón. Se atreve, desobedece y se lanza sin ninguna preocupación o premura. Una y otra vez se escapa por la noche con su velo de oscuridad y de misterio, como el alma en «La noche oscura del alma» de San Juan de la Cruz. Sale a buscar su origen divino hacia las alturas del cosmos, inconcebibles por la razón que pusilánime no se atreve porque sólo puede formular conceptos definidos por su medida. No puede ni siquiera retratar un fragmento de ese viaje, a pesar de que hasta ese momento se pronuncia reina y dueña del cuerpo y de todas las demás facultades interiores. Dueña también de la naturaleza y del mundo en su ambiciosa demencia.

La razón es la ley de lo simbólico asociada a lo patriarcal. La razón trata entonces de reclamar su dominio, pero queda francamente anonadada en el súbito reconocimiento de sus propias limitaciones, de su insuperable imposibilidad, de su cortedad y ceguera connaturales. Lucha y violenta a la imaginación para reducirla a su timorata medida, un concepto unívoco, una doctrina o dogma, pero la imaginación se desliza, se resbala, se escapa, se confunde en la ambigüedad de lo indefinible, se arroja, se extiende y desperdiga, se encubre o disfraza bajo diferentes máscaras o figuras, y asciende para caer, naufragar en el regazo del cuerpo y volver a volar hacia lo lejano e inapresable con tesón y atrevimiento, por instinto y vocación. Y en ese choque de esas dos facultades se crea el milagro de una afinidad en el momento de la revelación de lo más elevado de la experiencia estética que es la emoción de lo sublime cuando reconocemos que nuestras facultades sensoriales son también suprasensoriales. No somos simplemente materia, sino también y siempre, cuerpo imaginante, ánima pensante y soñadora que indaga y recupera a través de la fantasía, de sus lúdicas y desinteresadas figuraciones, el sentido humano de la libertad ■

El autor de este texto vive en la ciudad de Marsella, Francia, desde 2010. Coordina un programa para acoger personas migrantes en un centro social de la ciudad. El programa propone cursos de francés a bajo precio (o gratuitos), más ayuda jurídica y social. El centro social, como tantas otras asociaciones en este país, complementan y con frecuencia suplen las funciones del Estado.

El Continuum *[fragmentos]*

José Manuel
Torres Funes

(Tegucigalpa, Honduras, 1979). Es autor, entre otros títulos, de *Esta tarde vi llover* (Héliotropismes, 2017).

Los cursos de francés son brindados de manera voluntaria por profesores retirados u otros profesionales jubilados, deseosos de participar activamente en el ideal de la «integración», cada vez más abandonado por las políticas de Estado. Con cerca de sesenta y ocho millones de habitantes, Francia cuenta con un tejido inmenso de voluntariado, de dieciséis millones de personas, de las cuales la mayoría son pensionadas. Es un dato que no ha tenido peso al momento de modificar la reforma de pensiones, que sumará dos años más a la edad de la jubilación; una apuesta que se hace, según el discurso oficial, al servicio del trabajo remunerado y la previsión económica, y que asume, sin demasiados complejos, el inevitable sacrificio a la acción voluntaria y al compromiso espontáneo de la solidaridad. Este texto forma parte de un ensayo sobre el tema de la migración, entendida, por decirlo en términos marxistas, como el proletariado del siglo XXI. En el presente documento se recogen dos capítulos de este ensayo inédito, que tentativamente llevará el nombre de *El Continuum*.

LA GRAN ALMADRABA

Es sábado por la noche. Veinticinco de febrero de 2023. Faltan pocas horas para que naufrague en el balneario Steccato di Cutro *Amor de Verano*, una goleta que chocará contra una formación de rocas en las aguas bravas del mar Jónico. Dieciséis horas antes del naufragio, un avión de Frontex habrá alertado a las autoridades italianas, que enviarán patrullas de la Guardia de Finanzas, no lo suficientemente preparadas para el mal tiempo. Las patrullas no podrán adentrarse en aguas revueltas. Si hubieran pertenecido a la Guardia Civil, quizá la embarcación habría tenido la suerte del barco rescatado el once de marzo, con quinientos migrantes a bordo.

Al saber el destino condenado de la goleta, los traficantes escaparon, presuntamente en salvavidas. Días después, tres serán atrapados por las autoridades, el cuarto estará en paradero desconocido. La indignación general llevará a la *premier* italiana, Giorgia Meloni, a atenuar someramente su discurso antimigración. Lo previsible, hablará de penas más severas para los traficantes y de una implicación mayor de la Unión Europea.

El miércoles primero de marzo, en el complejo deportivo PalaMilone de Crotona, capital homónima de la provincia y a treinta y

siete kilómetros de Steccato di Cutro, serán velados sesenta y siete, entre los cuales catorce pertenecen a menores de edad. Iban aproximadamente ciento ochenta pasajeros. Habría ochenta sobrevivientes. El barco zarpó de la ciudad de Izmir, Turquía, el veintitrés de febrero. Recorrieron poco más de mil kilómetros para accidentarse apenas a cuarenta millas de la costa. Con el transcurrir de las semanas, surgirán nuevos datos y detalles de la tragedia, nada que modifique ostensiblemente las primeras versiones.

Hace frío en Marsella. Son las ocho y media de la noche. Salimos con mi cuñado y las niñas a cenar. En la acera de enfrente, un joven simula que busca algo en el piso o que se amarra los zapatos. Alza la cabeza y nos mira por segunda vez. Una mirada forajida y herida.

—¿Estás bien? —pregunto—. ¿Se te ha perdido algo?

Enderezándose con dificultad, me responde en árabe.

—No comprendo —repongo.

—¿Hablas español? —pregunta.

Marroquí, pienso, o argelino.

—Sí.

—Tengo un eczema que me hace mucho mal —me enseña las manos, que, extrañamente, no muestran signos de llagas o irritaciones. Habla un español más o menos fluido—. Infección —añade, subiendo dolorosamente el pliegue del *jean*. Pienso que confunde infección con eczema y que por un reflejo mental que parece amarrado a las palabras, me muestra las manos cuando en realidad quiere enseñarme la infección de la pierna. En cualquier momento su mirada acorralada puede volverse peligrosa. Repentinamente lo vemos divagar, decir cosas incoherentes. Tomamos distancia. Las niñas se aproximan a su tío, unos pasos atrás. Lo examinamos de pies a cabeza en busca de algún indicio. Comienza a agitarse. Alterado por el reflejo que le ofrecemos, cae en cuenta de que está en otra dimensión, de que su estado físico y emocional está totalmente desfasado con respecto al de los otros. Está en un presente diferente y busca una salida. Trata de pensar, respira, quiere encontrar una tregua. Suplica que lo perdonemos.

—¿De qué te tenemos que perdonar?

—Perdón —repite, junta las manos. Ante su mirada deformada, los roles se definen: yo soy su interlocutor y mi cuñado, siempre a unos metros de distancia, es el juez. Me pregunto si es por el hecho de que él sea francés y represente la autoridad frene sus sentidos exacer-

bados. No, me digo, está demasiado aturdido como para hacer esos razonamientos. Probablemente se confía a quien tuvo la primera iniciativa de hablarle, yo. Puede ser que mi piel trigueña le sea más familiar.

—Perdóname, por favor, perdóname —insiste, viendo obstinadamente a mi cuñado. Está por llorar.

—No tienes por qué pedir perdón. No te preocupes. Dinos qué te sucede —le decimos los dos. No se tranquiliza. Mira hacia los lados, aterrado.

No tiene aspecto de ladronzuelo ni de pequeño rufián, como abundan en Marsella. Está desorientado, no me sorprendería si me dijera que no sabe en qué ciudad se encuentra.

—Perdón, perdón —sigue. De pronto, en un arranque de lucidez, pide un doctor. Le preguntamos varias veces si está seguro—. Vamos a llamar al hospital.

No hay invocación a Dios. De tanto en tanto las incoherencias irrumpen. Formular su situación es un ejercicio que lo deja desahuciado. Pienso en un atún atrapado en una almadraba.

—Vendrán cosas mejores —dice, sin afirmar si quiere o no ir al hospital. Yo soy su interlocutor, pero su mirada me traspasa. Habla consigo mismo—. Mejoraré, todo estará bien. —Por un instante, hemos desaparecido. Dios o Alá sigue ausente. Yo, que crecí sin dios, admito que sin una presencia «divina» o espiritual, la fe es desforzada y fofa como un molusco. La desesperación siempre es más poderosa que la esperanza, que llegados a ciertos límites es pura carcasa.

—Claro, vendrán cosas mejores —agrego—. Ahora déjame que llame a una ambulancia. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por favor. Perdón, perdón —retorna medianamente al presente.

Mientras marco a los bomberos, se devanea avergonzado y cargado de culpabilidad. ¿En qué parte de la pesadilla se encuentra? ¿Habrá hecho algo malo?

A los pocos minutos aparece el camión de los bomberos, que conducen tres muchachos bien jóvenes.

Lo miran con cierta abulia. Se diría hastiados de responder a este tipo de solicitudes. Hacen las preguntas de oficio. Traduzco. Lo estudian. Sus miradas periciales, sus cabellos cortados casi al ras y sus uniformes lo intimidan. Se reservan los comentarios. Lo pensamos todos: físicamente no se ve tan mal. El que conduce, el de más galones,

un chico negro, de lentes y fornido, dos o tres años mayor que sus compañeros, ambos chaparros, musculosos y con pinta de gimnastas corsos, ordena que se abran las puertas del vehículo.

—Te van a llevar a las urgencias, para que te puedas curar —le digo.

Sin que nadie se lo pida, hace el ademán de mostrar la pierna dañada, pero como ocurrió unos minutos antes, se retiene. Trémulo, lanza una mirada al vehículo. No se va a subir. El atún sigue encontrándose con la red.

Su *Ser* está en otro lugar. El *Estar* hace lo que puede, lo necesario para mantener el cuerpo con vida.

Lo presumo moribundo. Cambio la imagen del atún en la almadraba por una menos metafórica, la del migrante que camina por el desfiladero, con el abismo enfrente y un suelo quebradizo e inestable bajo sus pies.

Tal vez no haya dado el paso en falso. Sus músculos se tensan cuando ve la silla donde le van a tomar la presión y examinarle la pierna. No subirá. Con la misma celeridad con la que resolvieron abrir el vehículo, los bomberos, lo cierran. Arrancan y se van.

Los vemos doblando por Eugéne Pierre. El *Estar*, al mando, le ha ordenado no subirse. Los rescoldos del *Ser* se diluyen como motas de polvo en un café espeso y negro. Se abre un vacío o una fisura en esa dimensión que lo aprisiona.

—¿Quieres comer algo?

Dice *no* moviendo la cabeza. Agradece. Pide perdón. Nunca, en tan poco tiempo, me han rechazado comida tantas veces. Pide perdón, no por decir *no* a la comida, sino por *esa* razón, que presumo más insondable de lo que puedo imaginar. Sabe que de nuestra parte no haremos más.

Cruza la calle y se acurruca al lado de un basurero, como si fuera a defecar. Sentimos su mirada aterida mientras andamos. Regresamos dos horas después, se ha ido.

El *Ser* y el *Estar*. Uno se extravía y el otro sigue con la máquina. Lamine 1, Lamine 2, Lamine 3, Idriss 1, Idriss 2, Aminata 1, Aminata 2. En algún momento, sobre todo cuando no tienen confianza, examinan el mundo con esos ojos que son como huesos sin carne. Miran como si un rayo los hubiera fulminado e inmortalizado al mismo instante. Lanzan miradas como si vieran el fuego venir, una cortina de fuego que se aproxima y se detiene justo antes de devorarlos. El relajamiento es un hiato en su estado permanente de alerta; vigilan cuando juegan

con sus teléfonos celulares, cuando bailan, cuando toman cerveza o alzan los brazos para orar. El *Ser* por un lado, el *Estar* en otra parte. La separación de este verbo, privilegio, no único, de la lengua española, nos dota de un método para examinar el alma. Un método accesible, binario, si se quiere, pero método al fin de cuentas. Porque es una cuestión de alma también. No es un anacronismo hablar del alma. El balneario de Steccato di Cutro, ahora mismo, es una marmita de alacranes, de *Seres* revueltos que no encontrarán nunca más los pies del *Estar*. Ahí se quedó, con la arena hasta los ojos, el *Ser* de los que murieron y de los que vieron morir. Hijos que no pudieron hacer nada por sus padres, padres que no pudieron salvar a sus hijos, hermanos, parejas, primos, tíos, abuelos, nietos. Imposible regresar. El temblor del mundo se mete para siempre en los huesos, en el sistema nervioso.

ISLOTES, ARCHIPIÉLAGOS, SEPARACIONES

Para tratar de comunicarse con una persona escindida es preciso saber escindirse. El poder, al que le gusta ornamentarse con la tinta de la dispersión, se revuelve cuando la ilusión de ubicuidad que nos ofrece la tecnología se transforma en un instrumento para pensar y no para consumir. Para consumir, la supresión de cualquier noción de espacio y de tiempo es fomentada. Para pensar, el poder, en cambio, impone la misma regla del teatro clásico: *un tiempo, un lugar, una acción*.

Aminata, de Guinea, va por su cuarto hijo. Tiene veinticinco años. Le gusta guerrear y reírse fuerte.

A mediados de enero, formé un grupo de WhatsApp con los estudiantes de francés.

A ella le gustó la idea y lo dejó ver a través de una serie de *emoticons*. Una hora más tarde envió unos *selfies*. Irreconocible. Aminata 2 o Aminata 3 tiene en lugar de su piel negra cobriza una piel café crema y unos ojos color ámbar que sustituyen a sus ojos negrísimos. Su silueta dibuja una sexualidad que no se distingue en persona, porque la conozco desde que hace frío y obviamente siempre está cubierta.

—Por favor, que este grupo sirva estrictamente para transmitir información relativa a los cursos de francés —pido.

No hay respuesta, sin embargo, la imagino haciendo pucheros. Tres semanas luego de haber abierto el grupo y constatar que nadie

responde a mis mensajes, me pregunto si no los cohibí. ¿Les he impuesto sin saberlo la regla de *un tiempo, un lugar, una acción*?

Ayer escribió excusándose por no poder asistir al curso del lunes. *Estoy enferma...* Seguramente utiliza programas de dictado. Sin embargo, la he visto escribiendo en su celular; ¿qué escribe? ¿Cómo? El diagnóstico de los profesores es que es analfabeta.

Las primeras semanas fue asidua, desde que el invierno azota, su presencia ralea. Este nuevo embarazo la alejará más de los cursos.

En la silla donde siempre se sentaba, hoy se sentó Olha. Tiene treinta y cinco años, viene de Rivne, Ucrania. *Rovno* en ruso, *Rowno* en alemán, *Równe* en polaco. Como tantas otras ciudades de la zona, los vientos de la historia la han forzado a cambiar de bandera. Actualmente, junto a Doubno, Varach y Sarny es una de las cuatro ciudades que conforman el óblast de Rivne, por el momento en territorio ucraniano. El óblast es una demarcación administrativa creada por los soviéticos que equivale a una región o provincia. En 1941, más de veinte mil ciudadanos judíos y sus colaboradores ucranianos (la mitad de la población de la ciudad en ese entonces) fueron asesinados por el 6° Ejército Alemán en el bosque de Sosenki. Próxima a Bielorrusia, en el óblast se construyen ahora mismo líneas de zanjas antitanques para la defensa.

El *Ser* de las refugiadas ucranianas que vienen al centro social también está en otra parte, sin embargo, en un primer acercamiento, no siento en ellas, como creo verlo en los africanos, sobre todo los de la África subsahariana, esa mirada *fulminada* que me hace pensar en un rayo que detuvo abruptamente las manecillas de sus relojes interiores.

En Tatiana 1, Tatiana 2, Victoria 1, Victoria 2, Victoria 3, Alla 1, Alla 2 o Alla 3, imagino el *Ser* como un río interno que fuerza sus paredes interiores. Los ojos de sus esposos, de sus hermanos, de sus hijos abren y cierran las compuertas de esos ríos.

Según las noticias, pueden ser aguas violentas y poderosas como las que intuye Françoise H., una de las maestras de francés, que se inquieta por Alla, ausente desde hace varias semanas y a la que supone de regreso en su país.

—Dejó de escribir —me dijo ayer.

Ríos que se descargan en torrentes o gota a gota. Catrina, por ejemplo, dibuja minuciosamente en su cuaderno; he alcanzado a ver rostros hechos al carbón. Apenas saluda, paga los cursos, interactúa lo

menos posible. Su apariencia y su formación indican que tenía una buena situación antes de la guerra. Ropa de marca y una manera grácil y desenvuelta de moverse, resultado de un pasivo importante de confianza del que sigue aferrándose. La comprendo. No quiere renunciar a la idea de que Francia es una etapa pasajera, un episodio en su vida. Que ella *está* en el país en calidad de refugiada pero que no es una migrante más. Por eso, quizá, se contraría, disimulándolo con una sonrisa llena de rubor, cuando su hija de siete años me pide en un francés perfecto si le puedo regalar más dulces.

—Oh, Marina —le dice.

Me la figuro fácilmente hace quince años bailando música *techno* hasta el amanecer en algún festival veraniego de Kiev, pero también con una *Mac* sobre las rodillas en una reunión de la revolución de Maidan. Otro mundo el suyo al de Tatiana, apenas siete u ocho años mayor, pero que podría parecer su madre. Cuando saco fotocopia de los pasaportes y leo, *lugar de nacimiento: URSS*, el tren que me recorre de un extremo al otro (el de mi cabeza) hace una parada forzosa. Tatiana es grande, de manos fuertes y una escritura cursiva sublime. Escuela soviética, vestimenta soviética, sonrisa soviética, corte de pelo soviético. Nunca he visto una letra manuscrita tan perfecta como la suya. Pocos son tan disciplinados como ella. *URSS* dice también el *lugar de nacimiento* de Catrina. *URSS* dice el pasaporte de Olha, de Alla, de Caterina, de Valeria; Odessa, Kiev, Rivne...

Las ucranianas por un lado (prácticamente no vienen hombres), los georgianos por otro, los rusos, los armenios forman otros grupos.

Aliev se presentó a inicios de enero. Es el esposo de Makhula. Un teléfono celular en mitad de la mesa fue nuestro traductor. Nació en Georgia, en 1986, *lugar de nacimiento: URSS*, igual que su esposa. Hablamos de manera reposada y clara, escandidos por el ritmo que nos impone el traductor. Me asombró su apariencia envejecida, hasta el punto de dudar de su edad. Presenta unos quince años más de los que dice el documento. Es flaco, alto, lleno de arrugas, con aspecto campesino y taciturno; se mueve con la parsimonia de las personas maduras, que han dejado su juventud, conscientes de que es un privilegio del que ya no pueden gozar. Pienso en el pacto que hacen ciertas personas frente a las desgracias, dejando una porción de su energía vital como moneda de cambio para soportar los golpes. Lo inscribo en los cursos de francés y aunque no es tan regular como su esposa, Philippe, Véro-

nique, Chantal y Giselle, sus profesores, destacan sus cualidades para aprender rápidamente la lengua. Se ausenta porque a veces encuentra trabajo como albañil. Mahkula, en cambio, tiene más dificultades. Si bien asimila bastante bien la fonética, se derrumba cuando hace el intento por escribir. Aliev terminó la escuela primaria, ella no. La escritura, en el ejercicio de una clase donde la finalidad es la enseñanza del idioma y no la alfabetización, es un elemento imprescindible. Buscamos soluciones. Dos nuevos profesores voluntarios, Julie y Damien, han comenzado a ayudarlo. Los progresos se ven rápidamente.

Los franceses hablan mal de su modelo educativo, se quejan del *corsé* al que son sometidos. Alegan que la rigidez no da lugar, y es verdad, a la posibilidad de aprovechar de la escisión entre el *Ser* y el *Estar*. Ellos, por supuesto, no lo plantean en esos términos (el idioma francés no tiene esa distinción ontológica), sin embargo, la unidad del *Être* (*Ser* y *Estar*) favorece otras variantes. La primera enseñanza que me transmitió mi esposa (francesa) al llegar a este país fue la necesidad de no desviarme de la ruta.

En un país profundamente cartesiano, la clave para asimilar los códigos consiste en no dejarse someter por lo aleatorio, ni siquiera en cosas tan nimias como en una noche de farra donde es preciso no dejarse derrotar por la borrachera. La cultura francesa (existe y no es un anacronismo) ofrece matices a los que hay que aferrarse para no dejarse llevar hacia los polos destructivos. *Piensa en la sensación de embriaguez que sustituye la sensación de borrachera. Piensa en el placer y no te derrotes frente a la perspectiva irresoluta del vicio. Insiste y no te derrotes con la administración: siempre habrá un funcionario malo, pero también habrá uno que es bueno. Cuando pidas trabajo, hazles saber que estás en las mismas condiciones que un francés cualquiera. Si no se puede entrar por la puerta, hay que entrar por la ventana. No caigas en la trampa de la despersonalización ni del miedo, busca hablar con las personas, te abrirán las puertas si se lo sabes pedir. Francia es un país racista, Francia no es un país racista.*

La Francia laica no ofrece la fe como credo, pero ofrece la oportunidad de encarar los problemas etapa por etapa, con un acompañamiento social incluso para quienes no tienen papeles. Todavía existe el Estado benefactor (desmontarlo no es simple: lo vienen haciendo desde la época de Giscard d'Estaigne) y la cultura asociativa procura transformar en acción la vocación humanista que forma parte de los

valores de la sociedad civil (por mucho que se la pueda criticar). No es un modelo migratorio para hacer dinero y la tendencia indica que se cierra y se perfila más a lo canadiense y su migración selectiva. Su objetivo: el de siempre, aquí y en todas partes, sacarse de encima a los más pobres y urgidos.

Sin embargo, cualquiera que sea el proyecto migratorio del país, una parte del *Ser* y del *Estar* de Francia sigue en África. A su pesar, el *no* a sus hijos bastardos es inconcebible. Son demasiadas deudas como para pasarlas por alto.

Cuatro de marzo de 2023. Informe de noticias de la *Rai 1*: fue encontrado el cuerpo sin vida de un *bambino*, víctima del naufragio de Crotona. En una escuela, los niños italianos acuden con la cara pintada de blanco en señal de duelo ✕

Nota del autor: Deliberadamente, he seleccionado estos dos capítulos que carecen de un «cierre» para representar el espíritu del ensayo, que se pretende como una escritura sometida al *continuum*, donde se estrechan las fronteras físicas y se distancian las fronteras existenciales.



THE BODY AS A COMPONENT

La aventura

Clara Obligado

para Alejandro Fernández Arango

Primero fue la noche turbia del esmog; luego el traqueteo de las ruedas sonando sobre los baches y el asfalto, el chirriar del freno, el amarillo violento del coche frente a los ojos y, por fin, el anhelado escalón bajo el pie un poco dolorido dentro de los zapatos de domingo, los pantis dibujándole la rodilla que se dobla (como una media luna pálida), la franja de carne asomándose al tensar el brazo sobre la puerta del autobús, entre la falda y el jersey, apenas un parpadeo restallante que tal vez incite al hombre que está detrás (porque siempre hay un hombre que atrapa el destello) y luego, cuando los cuerpos se balancean de proa a popa y el autobús arranca, se siente una opresión a estribor, el aleteo de una promesa minúscula en la leve presión, y es entonces cuando ella apuesta (porque no puede ver la cara del que viene detrás) y se lo juega todo al brevísimo tacto y se retira, buscando un asiento, dejando que la aventura avance por detrás.

Luego, cuando se acomoda, sabe que él se ha sentado también, probablemente a sus espaldas, y que, mientras el camino desenrolla casitas bajas y bloques de apartamentos y prados en donde aún pacen ovejas, él mirará su cuello, su oreja derecha, el lóbulo rojo por el incipiente deseo. Acaso sienta la tentación de palpar su antebrazo desnudo, o prefiera que tan sólo la mirada recorra y prometa: el cuello tenso, el hombro blanco y límpido, el alboroto de las hebras de pelo liberándose del moño. Ella se abanica para que su perfume se eleve y vuele, y lo busque, para que el peinado abandone un poco la cárcel impuesta

(Buenos Aires, 1950). Uno de sus libros más recientes es *Todo lo que crece. Escritura y naturaleza* (Páginas de Espuma, 2021).

por la mañana en la peluquería. Entre ella y el hombre, el asiento impide el abrazo inevitable, el tacto de su espalda contra el traje de él (¿él llevará corbata?) y se alegra porque lo oye toser (¿fumará en pipa?), le encanta el tono de voz que adivina ronca, sensual. El autobús avanza, se abarrota de pasajeros incapaces de percibir la situación. Ahora se ha establecido entre los dos una corriente tan densa que ni siquiera la radio a todo volumen puede acallar, y ella se distrae un segundo al llegar a Leganés porque sube una mujer cargando un niño que amenaza con pegarle un moco en el hombro. La mujer le da un azote y el niño llora mientras ella debe levantarse un segundo para dejarlos pasar, y lo hace lentamente, bamboleando un poco las caderas enfundadas en tela negra que rebasan el asiento, y está pensando que el hombre sin duda catará, conteniéndose apenas, ese balanceo profético al compás del autobús. Sudorosos y en mono suben también varios hombres que hablan a los gritos sobre el sindicato y las horas extra, dos enamorados de no más de quince años, una mujer mayor que mira con hambre los asientos; ella escucha a los jóvenes, entre el traqueteo y los gritos del crío: «Qué guay, tío, jo, cómo mola» y revisa sin quererlo su juventud, la ira de su madre ante el embarazo y su posterior empecinamiento en colocarse azahares en la muñeca el día de la boda, con tripa y todo. Frena el coche con tal vehemencia que el polvo pálido que lo perseguía entra por las ventanillas. Preocupada, siente que ha perdido contacto con el hombre de atrás, ¿se habrá quedado en Villaverde? El pasillo se vacía otra vez y ella mira un momento hacia abajo, hacia atrás, y alcanza a ver los zapatos negros, lustradísimos, vibrando sobre el suelo de goma sucio de pipas. Un hombre con tales zapatos debe de ser un hombre atractivo, la botamanga que asoma promete un traje planchado y perfecto (¿planchado por alguna mujer?, ¿acaso su esposa?), aunque esto no tiene importancia, finalmente ella también está casada y esta libertad en que la dejan los viajes del marido no modifica el amor que siente por él. ¿Amor? Sí, tal vez sea ésa la palabra: porque al principio había temido abandonarlo todo, pero luego comprendió que el amor era eso, algo que la ataba. Cierra la cortinilla para protegerse, porque el sol rojo del poniente la ciega; recuerda —mientras se defiende de un culo enorme que amenaza con caer sobre su regazo— que fue duro al principio, cuando ella decidió que cada vez que su marido viajara con la obra ella viviría una tarde de libertad. Que los hombres ocasionales fueran casados o solteros no le preocupaba, con tal de entregarse a

esas tardes tan raras, con tal de que nada le impidiera los viajes en autobús. La pareja «guay cómo mola» se ha sentado adelante y ella los ve besarse entre los asientos. Solos, en medio del fragor, exploran con sus lenguas la bóveda del paladar y, cuando la mano del muchacho palpa el pecho de la joven, ella siente que está viendo un vídeo porno con su marido un sábado por la noche, esperando que encienda el deseo. A ella le gusta ver cómo los hombres, siempre bien dotados, toman a las mujeres por la cintura y ellas, lamiéndose los labios, con la cabeza echada hacia atrás y el pecho erguido, comienzan a subir y a bajar. En ese momento siempre apagaban la luz, y jadeaban a coro los cuatro. Salió del recuerdo porque volvía a escuchar cómo, a sus espaldas, el hombre carraspeaba removiéndose en el asiento, acaso contagiado por la sensualidad espesa que emanaban los jóvenes amantes y ella lo deseó desnudo, bajo las sábanas, en un cuarto de hotel. Tenía que ser así, como en las películas, él la seguiría por Atocha y luego, con un gesto firme, la cogería del brazo para invitarla a una caña en El Diamante. Allí hablarían un poco, de temas generales, nunca de su vida privada. Pronto el hombre (que es todo un caballero) le retiraría la silla para que se levantara y, acercándose a su cuello desnudo, dejaría caer un beso. Él, que presiente lo que pronto habrá de suceder, se remueve inquieto en el asiento de atrás, esperando tal vez que, en la próxima parada, ella descienda y se entregue, todo a la vez. No tiene que preocuparse si cuida los horarios, si la mesa está servida a tiempo para los hijos; Madrid está tan lejos. Claro que al principio había temido enamorarse. Estas cosas suceden, porque ya se sabe que el amor es ciego y suele herir a sus víctimas en los momentos menos propicios. Luego, a medida que se repetían los viajes y los encuentros, comprendió que esto era diferente; incluso lo supo con aquel joven de los zapatos color café. Le ajustan las bragas nuevas un poco bajo la faja y ya en la Elíptica comenzó, nerviosa, a planear el descenso. Mejor sería por la puerta delantera, porque así él tendría la posibilidad de seguirla sin ser visto y ella sentiría cómo respiraba, cómo su aliento cálido le rozaba el cuello y él apreciaría las caderas, la cintura, claro que sin animarse a tocarla aún. Cuando llegaran al hotel ella bajaría los ojos con ese tonto temor de ser descubierta, aunque una ciudad grande siempre encubre, y subiría en el ascensor sin mirarlo (sólo la espalda y el traje perfecto) y, ni bien cerraran la puerta, se dejaría besar en los labios mientras hundía su mano (la camisa era de seda) en el pecho amplio y velludo.

El autobús, casi vacío, frenaba ahora en los semáforos, se acercaba trepidando a Palos de Moguer y rodaba por las calles bochornosas. Tensa, deseosa, acomodó su pelo, cerró el abanico, comprobó su sujetador en la promesa del crepúsculo. Cuando ella sintiera su piel sin duda el hombre perdería los nervios (siempre sucedía así) y con un gesto brutal le metería la mano entre las piernas, arrancarí la faja y buscaría a tientas el vértice jugoso y ella, mientras tanto, estaría ocupada con los botones del pantalón, tentando, admirando. Ahora, atrás, el hombre se remueve inquieto y sólo queda penetrar por el túnel que lleva a la estación, habitar la boca cuajada de humos y de olor a gasolina, descender, espléndida, sintiendo en el estómago la terrible tensión del deseo, el roce atrevido del pecho de él sobre su espalda (no quiere que la desnude tan deprisa como su marido, quiere que la recueste ya, sobre la alfombra del hotel, que murmure palabras tiernas, que la haga desear, presentirlo, poseyéndola sin quitarle las bragas, largamente, le gustaría también que él la inmovilizara sobre la alfombra, asiéndola por las muñecas y que luego la dejara montarlo también, mientras ella humedece los labios, echa la cabeza hacia atrás y empieza a subir y a bajar, a subir y a bajar); ahora el deseo la arrastra a la noche oscura del túnel por donde el autobús ya desciende; se pone de pie, temblando, y siente la presencia del hombre cuyos labios sin duda están por besar su cuello, ve las manos fuertes apoyándose en los asientos, pisa la escalerilla de metal, con cuidado, para no temblar sobre los altísimos tacones y luego cierra los ojos, agradecida, esperando que todos hayan partido, aspirando el gasoil, hasta que llegue el silencio, hasta que los pasos del hombre se alejen y, con la tristeza de lo que termina, pero satisfecha, volverá a subir al autobús, buscará un asiento para regresar pronto a casa, relajada, a tiempo para la cena, feliz, hasta el próximo viaje, agotada por la aventura ■

Marruecos

Mohamed Ahmed Bennis

LA NUBE DEL EXTRAÑO

Tus manos
o el agitar de los sentidos:
¿Todavía eres arcilla
que sueña con el agua de la opacidad?
Enciendes una guerra
y extingues otra.
Te quedas en la jungla
como si fueras el rey de los muertos.
¿Todavía eres como siempre?
Te ama la saliva que desciende
hasta el abismo del deseo.

Te ama y te ama,
y te abrazan unos jarros llenos
de blanca controversia:

غيمة الغريب

يداك / أو رجة الحواس؛ / أما زلت طينا / يحلم بماء العتمة؟ / تشعل حربا / وتطفئ حربا، / ثم /
تجلس / بين الأدغال / كأنك ملك الموتى. // أما زلت كما أنت؟ / يُحبك الريق / المنحدر / إلى قاع
الشهوة.. / يحبك ويحبك، / فتعانقك أباريق / يسكنها جدل أبيض: / ”مزقوا غيمته / لتي استسلمت
للرعاة.. / لا تدعوه أعزل مثل يديه“... // هكذا بللتك عين الآلهة، / فصرت تؤرخ للطير / التي

(Tetuán, Marruecos, 1970). Uno de sus libros más recientes es la antología *El equipaje del vacío* (Ediciones Manantial, 2016).

*Rasgad su nube
que se rindió a los pastores,
no lo dejéis desarmado
como sus manos.
Así te humedeció el ojo de los dioses,
y pasaste a escribir la historia de los pájaros
que comen de tu cabeza.
Pasaste a revelar lo que trazaron
las temporadas de la viña,
interpretas y anuncias
como si los profetas
estuvieran adivinando.*

*Eres selvático y extraño,
¡que inmoles una nube por los tuyos
y lances en el fuego
el amor de las ofrendas,
y subas al lugar donde envejecieron los anhelos!*

*Ahora te vuelves muerto,
no digas que tus manos
pasaron a estar sin fuente,
no digas que tu corazón
te traicionó por el camino...*

*Di: se realizó el sueño
y mi corazón
selvático se hizo.*

*Di: así
me enseñó el narciso
los nombres y se derramó.*

*تأكل من رأسك. / صرتَ تجهر / بما خطته مواسم الكرم. / تجهر وتؤول / كما الأنبياء إذا استبصروا.
// غابويٌّ وغريب أنت، / فاذبح لأهلك غيمة، / وارم في النهار / غرام القرابين، / واصعد / إلى حيث
شاخت الأشواق... // الآن صرت ميتا، / فلا تقل إن يدك / أضحتا بلا نبع. / لا تقل إن قلبك / خانك
في الطريق.. / قل قد صدقتِ الرؤيا، / وصار قلبي برياً. / قل: هكذا النرجس / علمني الأسماء وانهمرا*

Y lo vi
 bajar
 en secreto a la costa de la eternidad.
 Rueda su alma
 cubierta por algas,
 deletrea sus sentidos
 ocultados al vivir,
 y se refugia en una
 montaña azul
 que lo lleva volando
 sobre las pérdidas
 que crecieron bajo su brazo,
 o casi reduce sus sueños
 en hierba que cuelga en su pecho
 cubierto por la noche adámica.

Dentro de poco,
 se embarcan sus vidas,
 y se despertarán
 con una indefensa creación.

VERSIONES DEL ÁRABE DEL AUTOR.

مهدُ جِلجامش

ورأيته / ينزل خلصة / إلى ساحل الأبدية. / يدحرج روحه / التي علتها الطحالب. / يتهجي حواسه /
 خفية عن الحياة / ثم يلوذ بجبل أزرق / يحلق به فوق الخسائر / التي نمت تحت إبطه. / أو بالكاد
 يختصر أحلامه / في عشب يعلقه على صدره / الذي كساه الليل البشري. / بعد قليل، / تبحر أعمارهم
 / ثم تصحو على خليفة عزلاء

Intercambio

Diana Thalia

Jiménez Martínez

Emprender el viaje puede ser terrorífico. Los brazos se entumecen y los pulmones se vuelven pequeños frijoles en el pecho, incapaces de contener aire suficiente para prolongar la vida. Los ojos, sin embargo, se abren y en medio de la oscuridad alcanzan a divisar la profundidad negra del espacio, la variación de la espesura que surca la nave en la que te encuentras. El mundo de pronto se convierte en una burbuja diáfana en la que miramos objetos tocados por un eco translúcido que vuelve todo más etéreo, incluso el miedo.

Mi abuela fue la única que se alegró el día que llegué a casa a dar la noticia de mi aceptación en el programa de intercambios artísticos. Me dio un largo abrazo y, con un par de lágrimas en el rostro, dijo: es lo más hermoso que nos podría pasar, mi niña, cuando estés allá tómale una foto a la placa de nuestro pueblo. Yo no entendí la intención de sus palabras pero sí comprendí, al menos un poco, el sentimiento que la invadía. Ella vivió los primeros quince años de su vida en la Tierra, fue parte de uno de los últimos grupos en ser desplazados. Ahora sólo observaba el planeta desde el mirador más cercano a nuestra cápsula familiar. Mi madre, en cambio, me despidió con los ojos bajos y la voz quebrada. Si llegas a ver a Sofía dile que la queremos, señaló antes de cerrar la puerta. Aunque no lo nombrara, ella tenía miedo de que no volviera, que al igual que a su hermana me ofrecieran un puesto permanente en alguna de las cinco orquestas terrestres.

Yo nunca las dejaría, pensé, pero no lo dije.

El viaje en tren fue triste, no paré de preguntarme por qué acepté la oferta, mientras apretaba las manos contra el vientre a falta de estuche de flauta entre las manos. Pensé en mi instrumento, me hacía falta. Desde

que tengo memoria, pegar el estuche a mi cuerpo de manera firme es una forma de protegerme, al menos anímicamente. Me proporcionarían otro al llegar a la Tierra, me dijo el encargado del programa de intercambio. Antes de aterrizar en la estación espacial miré hacia atrás y no entendí por qué mi madre se mostraba tan triste si ella fue la primera en insistir al programa infantil, hace años, que me incluyeran en el área musical. Ella fue la que siempre insistió.

En la nave viajamos alrededor de trecientas personas. Setenta éramos parte del intercambio cultural. El trayecto fue rápido, pero justo como mi abuela dijo, la sensación en el cuerpo era extraña, como si el vehículo se desplazara hacia atrás en vez de hacia delante. Es como volver al origen, pensé. En el camino comencé a platicar con los ocho músicos a bordo. Ninguno de ellos era flautista. Antes de que pudiera saber bajo qué condiciones viajaban, se acercó Alonso, el *manager* representante de la agencia de intercambios musicales. Me pidió que lo siguiera. Una vez lejos del resto de los pasajeros, me dijo que no hablara mucho con los otros músicos, que éstos me tenían envidia porque yo era la que más probabilidades tenía de obtener una residencia.

Sus palabras se extendieron como una llamarada de hielo seco en mi cuerpo, me quemaron. No dije nada. Sólo meneé la cabeza como un autómatas y lo miré a los ojos. Él me entregó una carpeta, me acarició el cabello suavemente, y antes de salir de la habitación, dijo: escoge una, mañana la voy a pedir.

Era un catálogo de flautas de lujo. Algunas presumían tener baño en plata u oro. Observé el álbum durante alrededor de una hora. Pensé en mi antiguo instrumento y sentí tristeza. Un mes antes me habían asaltado. Un hombre me tiró al piso y comenzó a tocar todo mi cuerpo antes de arrebatarme el pequeño estuche negro. El recuerdo me producía arcadas. Con las manos temblorosas elegí una flauta con un pequeño grabado de alcastraz. Volví al comedor inapetente. Pedí un poco de jugo de frutas y me sorprendí por lo bien que sabía. Era espeso y con textura, no el líquido traslúcido y azucarado que nos daban en la escuela como desayuno.

Poco antes de llegar miré por una ventana. El mundo parecía un jardín gigante. Me sentí mareada. Imaginé a la abuela: una niña corriendo entre el campo, mirando el cielo. Todo era gigante, absoluto. Fue imposible no desear aterrizar, revolcarme en el césped, olerlo, frotar mi cara contra las plantas y árboles. Aunque el deseo me quemaba la piel no lo hice, pero mis ojos se afilaron como navajas rasantes sobre el mundo. EL MUNDO.

¿Entonces dónde es que había vivido todos estos años?, pensé. El único hogar que yo conocía era el paisaje de la colonia espacial. Un mundo gris con un par de destellos rojos y verdes en algunas partes específicas de las construcciones. Señalamientos que nadie necesitaba porque todos teníamos rutas y lugares establecidos.

El desembarco fue rápido. Los tutores nos dieron una pulsera que funcionaba como localizador y guía de turistas. Me asignaron una compañera de habitación, una escultora llamada Carla. En el camino a la residencia de estudiantes ella me preguntó si pensaba quedarme y yo le respondí que no sabía; cuando le pregunté qué planeaba ella, me respondió con una sonrisa que dejaba ver las encías de sus dientes.

Al instalarnos en las habitaciones, Alonso me llamó a la suya para informarme que la primera presentación del concierto sería en un museo en el centro de París. Ahí se encuentra en vitrinas toda la historia de la humanidad, deberías darte una vuelta, señaló, y recordé el encargo de la abuela. Me dio un pequeño tubo de plástico y, sin soltar mi mano, dijo: para que te arregles. Después me ofreció algo de beber, pero no lo acepté. Al día siguiente Carla y yo nos levantamos temprano para ir al museo.

Las paredes de vidrio y metal nos recibieron con una pequeña pirámide que nublaba la vista en el sol matutino. Carla y yo nos miramos como dos personas que están a punto de aventurarse a la muerte.

Pedimos una guía a los guardias y buscamos rápidamente la sección de América. Ésta era un área que se compartía con Asia y África. Nos dirigimos rápidamente a ese piso. Buscamos cuidadosamente, pero ninguna de las dos encontró nada. Absolutamente nada. La abuela me había dicho con mucha ilusión que, antes del desplazamiento, las autoridades les prometieron integrar un espacio en alguna de las salas para hablar sobre su pueblo, sobre su lengua y sobre su resistencia en la Tierra. Les habían prometido un espacio en la historia, era lo mínimo que podían hacer. No lo cumplieron.

Sentí rabia. Miré rápidamente alguna de las esculturas y me permití tocar un león de marfil a pesar de los letreros que lo prohibían. Carla no dijo nada. Nuestras manos tocaron toda la superficie blanca del animal. El tacto era frío y sedoso. Supuse que todas las demás se sentirían igual, incluso las esculturas humanas. En ese momento no entendí para qué las conservaban, por qué incluso había guardias resguardándolas. Escribí el nombre de mi abuela con el lápiz labial que me había dado Alonso la noche anterior. Lo escribí sobre la escultura de una Atenea. Carla se rio en

silencio y dijo que se veía mejor así. Al salir, yo me encaminé al patio para asistir al primer ensayo orquestal.

Los músicos estaban sentados en sillas de plástico transparente. Sus atriles también eran de un polímero casi invisible, pero muy resistente, con el peso adecuado. Parecía que hacían magia, que manejaban la gravedad para sostener sus cuerpos y sus partituras en el aire.

Allí estaba Sofía, con un arpa entre las manos. Me sonrió. Yo corrí a sus brazos como si la conociera de toda la vida, como si sus manos alguna vez hubieran sostenido mi cuerpo de infante o sus labios me hubieran cantado canciones para dormir. Todo lo que sabía de ella lo conocía por mi madre, que siempre hablaba del talento inigualable de su hermana en la academia musical, de sus manos frágiles y largas. Las historias fueron tantas que casi podría decir que conservaba un recuerdo de ella, borroso como un sueño, como una de esas cintas que nos proyectaban en la secundaria en las que se mostraban imágenes de la Tierra antes y después de la catástrofe ambiental.

Sus manos eran morenas y suaves. Supe que era ella por eso mismo. El color de su piel era disímil al del resto de los integrantes de la orquesta y más parecido al mío. Sin embargo, toda ella era distinta a mí. Su ropa, sus gestos, su forma de hablar, su maquillaje en el rostro. La única otra cosa que nos asemejaba eran las trenzas en el cabello. Había conservado el peinado que nos hacía la abuela. Dos trenzas que nacen en cada lado de la cabeza y se unen por detrás con listones de colores.

Mamá y la abuela te extrañan, me dijeron que te hiciera saber que te quieren, mis palabras eran torpes. Ella me abrazó como una palmera que convida sombra a las plantas pequeñas y exangües a su alrededor. Nos quedamos así un par de segundos, compartiendo la algarabía de los instrumentistas en su labor de afinación.

El ensayo avanzó en un tiempo distinto al de toda mi vida, lentamente, con pausas para comer, tomar agua y realizar estiramientos. Al terminar, regresamos al hospedaje y Alonso me dio un vestido brillante para el primer concierto. Me dijo, pruébate lo acá, para saber si te queda bien o hay que ajustarlo. Su voz fue cortante y yo pasé al baño sin protestar. Al salir con el vestido pegado al cuerpo, él me miró de una manera distinta, sus ojos eran procaces, saltarines. Sentí que de un momento a otro él iba a tocarme, tal como el ladrón que me quitó la flauta.

La escena fue interrumpida por mis arcadas de asco ante la sensación que me provocaban sus ojos. Corrí al baño y me cambié. Antes de

salir de su habitación, me tomó muy fuerte del brazo y me atrajo hacia él. Me dio un beso en la frente mientras repetía que no debía estar nerviosa, que seguramente después del concierto yo obtendría la residencia que esperábamos. ¿Que esperábamos? ¿Acaso yo le había dicho que deseaba quedarme a vivir en la Tierra? Eso nunca había sucedido. Sin embargo, lo más común es que la gente que aplica a los programas artísticos aspire a tener una residencia en el planeta.

Las mañanas siguientes caminé por el ancho pasillo que rodea el río Sena. Estaba casi vacío, sólo había tres niñas jugando a saltar la cuerda en la otra orilla. Observaba los árboles, el pasto, las jardineras, las nubes, con la mirada ahíta de paisajes. Tuve muy poca hambre esos días, a pesar de la ingente cantidad de comida que se servía en los comedores. Pensé en la posibilidad de la estancia muchas noches. Lo platicaba con Carla y ambas intentábamos convencer a la otra de lo contrario. Los sueños son más reales aquí, me decía mi compañera de habitación, y a veces yo le creía, y me olvidaba de la abuela, de mamá, de las promesas que les había hecho.

La mañana del día del concierto, cuando hacía mi paseo por el Sena, ese río salpicado por los rayos de sol, vi a lo lejos que alguien agitaba los brazos y me hacía señales para acercarme. Eran Sofía y Antoine. Él era el director de la orquesta. Caminaban juntos y el brazo de él rodeaba la cintura de ella como si fuera un apéndice que le nacía del costado derecho. Me acerqué y los saludé. Sofía lucía como uno de los cachorros entrenados del puerto espacial, con esa especie de belleza aprisionada que causa tristeza y admiración. Antoine me preguntó cómo iba mi intercambio y habló durante un par de minutos sobre la importancia de hacerlo bien en el concierto de la noche. Yo atrapaba sus palabras en la memoria para reflexionarlas más tarde, pero la escena me incomodaba. Sofía me dijo que fuera a su casa, para que nos arregláramos juntas, y los tres nos despedimos.

En la sala de su departamento me dio una copa de whisky, mientras yo bebía lentamente de mi vaso ella alcanzó a rellenar tres veces el suyo. Después de probarnos los vestidos y los zapatos, salimos de allí.

Antoine nos esperaba afuera. Caminamos un par de cuadras hasta que decidí preguntar algo que no me podía sacar de la cabeza desde que llegué.

—¿Para qué es esa máquina que suena tan cerca?

—¿Qué máquina? —preguntaron al unísono. Sofía comenzó a reírse.

—No es una máquina, es el viento que mueve las hojas de los árboles.

—¿Qué?

En la colonia los ruidos provienen de las máquinas. El sonido de la naturaleza es envolvente. Sólo entonces me di cuenta de las dimensiones correctas en las que la vida era distinta entre ambos espacios. Los árboles siseaban y los pájaros eran pequeños silbatos con chiflidos afinados.

El concierto sucedió sin contratiempos, sin un error. Después de eso fuimos a una cena de gala. Sofía me dio varias copas de vino y licores. Yo los probé con un poco de asombro. El vino te dejaba una sensación pastosa en la boca, como un trago de leche a la inversa. La cerveza provocaba sensaciones burbujeantes en las papilas gustativas. El tequila era una navaja en el esófago. La ginebra era suave, como una burbuja de humo. Ella bebía con fruición. De un momento a otro, Antoine se acercó y le quitó la copa que tenía entre las manos.

—*That's enough, baby.*

Ella hizo una mueca de molestia y acercó su rostro al de su interlocutor. Le dio un beso breve, delicado. Él le devolvió la copa y ella me guiñó el ojo como una niña victoriosa.

—Antoine siempre tiene miedo por mi consumo de alcohol. Teme que haga el ridículo frente a sus amigos. Pero eso nunca ha sucedido, yo el alcohol lo tengo controlado.

Después de decir esto, me tomó de la mano y me dijo que salieramos.

El viento nos pegaba en el rostro como una capa de seda temblorosa. Sofía me dijo que la vida era buena allí, pero que era solitario estar tan atada a un hombre. Me pidió que me quedara, que todo mejoraría si estuviéramos juntas. Yo le conté sobre el asalto que había sufrido justo antes de hacer el intercambio, sobre la comida y las luces, sobre mamá y la abuela.

Carla y yo caminamos de vuelta a la residencia. Justo antes de llegar le dije que mirara la luna, ella sonrió y en medio de la oscuridad yo toqué con mis manos el borde de su boca. Me sé de memoria tu sonrisa, le dije. Y su boca fue como un río y una mariposa y un bisonte que corrían sobre la piel de mi rostro al mismo tiempo. Quédate conmigo aquí, me dijo.

Alonso me esperaba en la puerta de la estancia. Una vez que entramos me dijo que la oferta estaba hecha, que tenía autorizada una residencia de al menos dos años, pero tenía que decidirlo pronto. Sentí mucha tristeza porque deseaba quedarme, porque Sofía tenía razón, en la Tierra

no me pasaría lo que me pasó en las colonias espaciales. Nadie tocaría mi cuerpo ni me arrebataría las pocas pertenencias que cargo conmigo. Pero mi vida dependería todo el tiempo de mi *manager*. En la Tierra se quedaba Carla con sus labios de viento cálido y con su mirada de gacela salvaje.

La estancia transcurrió vertiginosa, radiante. La vida era la mirilla por la que me encontraba mirando los atardeceres y el calor del sol. La vida era un pequeño conducto de ventilación para escuchar el sonido de los árboles y probar distintas clases de fruta. Pero terminó pronto con la cara de desaprobación de Alonso y una despedida larga.

Todos merecemos una vida digna. Fue por eso que decidí volver.

Sofía se despidió con una cena en la que bebió demasiado y terminé cuidando de ella. Carla me acompañó al puerto. Nos abrazamos y lloramos mientras me decía no quiero que te vayas nunca, quiero que te quedes conmigo, y besaba mi frente cientos de veces. No podía apartarme de ella, pero sabía que tenía que hacerlo. Yo le decía que no quería irme, que quería quedarme y vivir con ella junto al río, observar los atardeceres y recostarme en el césped todos los días después del ensayo de la orquesta. Nuestras palabras eran justas con nuestros sentimientos, pero nuestras acciones no las alcanzarían. Me despedí con una mezcla de amargura y tristeza. Carla se quedaba con su sonrisa de yegua agreste. Sofía con su lucidez nublada y sus copas de whisky.

Las condiciones que se establecen como parámetros para postular al intercambio de verano son inciertas. El proceso de selección no es transparente y la incertidumbre es un estado que utilizan quienes se encargan de gestionar estos procesos para aprovecharse de los jóvenes que aplican y que logran viajar. Durante mi estancia supe de otros casos en los que las jóvenes asesoradas se sentían obligadas por sus maestros. Hace tantos años que la Tierra dejó de pertenecernos que todo lo que se dice de ella parece un sueño.

Después de abrazar a Carla por última vez, comencé a escribir esto que quizás no sirva de informe para la comisión de intercambios espaciales, pero al menos servirá para que me lean las compañeras artistas y científicas que sueñan con ganar una de las becas de intercambio. Todos merecemos escuchar el siseo de los árboles, sentir el viento en nuestros rostros y el sol en la piel mientras miramos el atardecer. Nuestros sueños son grandes. Todavía estamos a tiempo de cambiarlo todo ✖

COMMON DISCURSIVENESS



Congreso en Austin sobre los límites de la inteligencia artificial

Naief Yehya

Cuando inició el congreso la mitad de mis colegas estaban alarmados por el potencial que mostraba el sistema DreamUltraXGPT que nos presentaron. Una cuarta parte se mostraban abiertamente escépticos y llamaban al algoritmo «generador patético de tonterías», o bien «transformador preentrenado generativo de charlatanería sofisticada». El resto se debatían entre la confusión, el cinismo y la necesidad de más pruebas. La primera actividad del congreso consistió en un taller en que DreamUltra nos presentó su nuevo modelo amplio de lenguaje, el flamante chatbot Eldar. Pasamos un par de horas probándolo y tratando de confundirlo, provocándolo para que mostrara sus debilidades.

Yo estaba convencido de que mientras no fuera posible crear voluntades artificiales, la inteligencia artificial estaría contenida por los deseos, ambiciones y errores humanos. «Podemos tener una caja con todas las respuestas, absolutamente todas, pero alguien necesita meter la mano para sacar la correcta. Sin intencionalidad éste es tan sólo otro automatón de feria», dije en mi intervención el jueves por la tarde, cuando pensaba en los tragos que me esperaban en el bar del hotel y no en las asombrosas especificaciones de Eldar, que DreamUltra amenazaba con «liberar» el lunes de la siguiente semana. La doc-

(Ciudad de México, 1963). Uno de sus libros más recientes es la novela *Las cenizas y las cosas* (Random House, 2017).

tora Martha Morsky habló después de mí y una vez más hizo una cabal defensa de lo urgente que era crear sistemas de autorregulación, aparte de mecanismos de control y métodos de vigilancia. «De lo contrario, dejaremos de existir como especie», puntualizó y casi sonaron ominosos coros fúnebres. Nadie parecía tener mi urgencia de terminar de una vez la sesión y buscar unos tragos para brindar antes de la cena. Y eso sí me parecía inexplicable. El público a esa hora estaba cansado, distraído y con la mirada en sus teléfonos. Pero todo mundo esperaba la ponencia de Ryan Takamoto, el director de la empresa DreamUltra, la cual había organizado el congreso, pagado por nuestros vuelos, viáticos y hospedaje en aquel Hyatt de Austin. Habían sido tan generosos que casi podía ignorar el pretencioso título del congreso: *La frontera final: de la inteligencia artificial a la experiencia artificial*.

El director de la empresa de microprocesadores, Marc Boucher, repitió por undécima vez que el verdadero peligro era obstaculizar el desarrollo. «¿Cuándo se ha visto que se reprima a una tecnología por hacer demasiado bien lo que debe hacer?». Tenía sin duda razón. Usualmente el problema de la tecnología son sus efectos secundarios, no sus objetivos. «Nadie está hablando de que las máquinas súbitamente adquieran consciencia. No estamos preocupados por la singularidad. Dejen de hablar de *Terminator*», gritó Mika Puuslinen, un académico de la universidad de Helsinki, en un desplante muy fuera de su usual temperamento moderado. Era cierto que media docena de ponentes aprovecharon la palestra para recordarnos que Skynet quería acabar con la humanidad.

Finalmente llegó la hora que todos esperaban. Tocó el turno de cerrar la sesión a Takamoto, quien subió al escenario dando saltitos con una enorme sonrisa. No recuerdo todo lo que dijo, pero esto era lo importante:

«Ustedes creen que la realidad material es algo determinado e inamovible, que todo lo tangible está hecho de átomos y moléculas y responde a las leyes de la física. Déjenme decirles que están equivocados. Las percepciones de los sentidos pueden ser alteradas, pueden reconfigurarse para mostrar universos extraordinarios, poblados de seres imposibles. Hasta ahora las construcciones de código digital se han mantenido en las pantallas, donde podemos interactuar con ellas a través de interfaces y comandos. La función de la nueva generación de IA es liberar sus productos del monitor, volverlos táctiles y permi-

tirnos interactuar con ellos en el plano tridimensional del espacio físico. Así como Google parece adivinar nuestros deseos al adelantarse a nuestros dedos cuando tecleamos en su buscador, Eldar desborda la pantalla para crear impresiones que anticipen nuestros pensamientos y se manifiesten a nuestro lado. Hemos desarrollado una tecnología que modifica temporalmente nuestra visión, oído, olfato y tacto sin emplear sustancias químicas ni dispositivos como lentes de realidad virtual o realidad aumentada, sino únicamente al estimular nuestras conexiones neuronales. Sin correr riesgos de ningún tipo hemos liberado los sentidos, las percepciones y la creatividad maquinal y humana. Señores y señoras, hemos roto las cadenas de la bidimensionalidad que ataban a la imaginación. Mediante aprendizaje maquinal, nuestro nuevo algoritmo es capaz de transportar cualquier cosa imaginable a las calles, oficinas, hogares y habitaciones. Es evidente que el potencial artístico, comercial y científico de esta tecnología es enorme. Basta con exponerse al código invisible que genera Eldar, como hicieron ustedes hace un rato, para alterar las percepciones del usuario y transformar la realidad. ¡Que comience la aventura!».

Levantó las manos como si hubiera anotado un gol. Comenzó a aplaudir, supongo que a sí mismo. No tomó preguntas, dijo gracias y desapareció detrás del escenario.

Todos quedamos inmóviles. Unos pocos aplaudieron tímidamente. No creo que nadie diera crédito a lo que acabábamos de oír. A mí me hacía falta irme a pedir un *gin and tonic*. Nos fuimos poniendo de pie y ahí comenzamos a preguntarnos en voz alta: «¿Qué carajos quiso decir?». Algunos reían, otros buscaban frenéticamente en la documentación que nos habían entregado al llegar y en sus *smartphones* información que pudiera aclarar las palabras inquietantes de Takamoto. Y en ese momento nos golpeó el efecto de la nueva realidad artificial. Docenas de personas salidas del éter caminaban entre las butacas, subían y bajaban las escaleras, entraban y salían del auditorio. «¿Y todos éstos? ¿Cómo llegaron aquí?», me preguntó Arthur Morris, un físico que diseñaba chips. Nos ignoraban y se movían con determinación como si no existiéramos. Me hicieron pensar en los personajes no jugables de un videojuego, como si se tratara de extras o de decoración móvil. Alguien intentó detener a uno y éste lo ignoró. La doctora Shing Wai Sing, una eminencia en el desarrollo de *deep fakes*, se puso frente a uno de ellos y éste la arrolló haciéndola

caer. «Éstos son actores, no caigan en el juego de Takamoto», gritó desde el piso. Estiré la mano para tocar a uno y en efecto la sensación era física, material, pero sin duda extraña. Algunos trataron de intervenir, de hablarles, sujetarlos o incluso derribarlos, pero era inútil, seguían un patrón de movimiento específico y repetitivo. El realismo se desmoronaba cuando tenían fallas técnicas, como caminar a través de una pared o cuando dos se fusionaban en uno solo, caminaban hacia atrás o aparecían flotando a centímetros del piso. «¿Son robots?», preguntó Rigo Mitchell-Fleck, el experto en reconocimiento de patrones lingüísticos. Estaba a punto de responder cuando por el sistema de sonido del auditorio una voz anunció:

«Ésta es sólo una muestra de la calidad de las creaciones de nuestro nuevo sistema de inteligencia artificial, seres, objetos, plantas, animales y quimeras que pueden compartir el espacio con nosotros, que están ahí y no están, ilusiones que no son ilusiones, fabricaciones del lenguaje que interactúan con el mundo físico».

Ahora sí los asistentes tenían preguntas, ansiedades y alegatos. No sé cómo reaccioné yo, pero recuerdo el miedo, el pánico y el aturdimiento en los ojos y muecas de mis colegas. Algunos corrieron para salir de ahí. Otros confrontaban a los engendros maquinales con valentía y frenesí, sin lograr cambiar su programación. Varios permanecían sentados con gestos de impotencia. Hombres y mujeres de ciencia y tecnología confrontaban o contemplaban espectros de la imaginación que nunca supusieron posibles. «Nos reprogramaron las neuronas. ¿Con qué derecho, con qué derecho?», dijo alguien. «¿Qué es esto, *The Matrix*?», dijo Malcolm Johnson, quien se dedicaba a la computación cuántica. «¿Se hizo realidad *Videodrome*?», preguntó el experto en sistemas de seguridad biométricos, Fred Foster Field. «Nuestra mente está programada para ver como si fueran objetos sólidos cosas hechas de átomos que vibran en espacios vacíos. Estos infames nos han reprogramado», comentó Dagmar Kaufman, una líder en el campo de las grandes bases de datos. Un joven científico coreano que estaba demasiado asustado le respondió: «¡Cierra el hocico!».

Algunos trataban de organizarnos. Ugo Meyer, presidente de GeoTech, subió al podio a dar instrucciones. Nadie escuchaba. De pronto los individuos manufacturados se transformaron en zombies, muertos vivientes de película a los que les faltaban brazos, piernas, mandíbulas o pedazos de cara, pero seguían en su camino ignorando

la putrefacción de su organismo y nuestros intentos de entender lo que sucedía. La gente comenzó a dejar el auditorio, algunos fueron a sus habitaciones, otros salieron del hotel. Había terror, pero también desconsuelo y frustración. Ya no fui al bar, no había nadie atendiendo. Tampoco fui a cenar. Regresé a mi habitación, donde tenía una barra de granola. Me la comí y me quedé dormido viendo una película en la que Jessie Eisenstein salvaba a la humanidad de un científico loco que se parecía a Jack Palance, quien usando nanobots trataba de transformar todo material orgánico del planeta en una pasta gris.

Me despertó la luz de la mañana. Había olvidado cerrar las cortinas. Estaba en un onceavo piso. Por la ventana vi cómo un par de dragones hacían piruetas en el cielo, como si juguetearan. Era aterrador, majestuoso y tristemente derivativo de la serie *Juego de tronos*. Esta realidad artificialmente mejorada parecía anunciarse como una revisión de clichés cinematográficos dictados por HBO y Netflix. Bajé a desayunar, esperando que la tensión de la noche anterior se hubiera disipado. En vez de eso me encontré a los asistentes del congreso divididos en dos bandos: uno estaba determinado a destruir el sistema DreamUltra mientras que el segundo lo defendía encarnizadamente. «¿No entienden que es el fin de la realidad como una certeza?», dijo Xian Sze Xiu del Instituto de Ciencias Informáticas de Shanghái; «Lo que ustedes no entienden es que es una forma de abrir las puertas a la imaginación y a la creatividad. Ingratos», respondió Álvaro Valle Triste de la organización Citizens101. «¡Estas maravillas van a destruir el mundo!», gritó alguien que sollozaba.

Fui a buscar unos huevos fritos, pero no había comida en el bufet. Las mesas estaban sucias y las sillas yacían en el suelo entre platos y vasos rotos, restos de comida y papeles, principalmente documentos de la conferencia, ponencias, identificaciones y folletos de DreamUltra. No había nadie en la recepción y afuera los coches parecían abandonados. Buena parte de la gente había huido, tan sólo quedábamos los participantes en el congreso. Los dos bandos clamaban por que regresara Takamoto o cualquier ejecutivo de DreamUltra para que explicara. «¿Viste los dragones?», le pregunté a Rosa María Beltrán Flores, que años antes fue mi colega en el Departamento de Construcción de Narrativas, de la desaparecida red social DoubleDown. «No sé, supongo. Da igual. También había pingüinos en mi bañera y cocodrilos en la piscina», dijo mientras mordisqueaba un pan duro. «¿Dónde

conseguiste eso?», le pregunté señalando el mendrugo que tenía en la mano. «Se lo arrebaté al programador vietnamita ése», y apuntó a un tipo que estaba tirado e inmóvil en el suelo. «¿No fue él quien leyó una ponencia muy elocuente al respecto del desempleo y la IA?». «No recuerdo», dijo, y añadió, «Alguien vio salir olas de sangre del elevador. Estamos jodidos, todos hemos visto las mismas películas y series. Nada más aburrido, vulgar y predecible que nuestra imaginación desatada», dijo, y se terminó el pedazo de pan.

En ese momento los dos bandos comenzaron a intercambiar golpes, primero con torpeza, dando campanazos casi cómicos que nunca daban en el rival. Poco a poco la furia aumentó, así como el tino. Después de que uno tomó la pata de una silla para pegarle a otro, todos se armaron con palos, cuchillos y tenedores. Se lanzaban platos y floreros, se ensartaban mutuamente, se mordían y pateaban. Una jarra alcanzó en la cabeza a una doctora en cyberpsicología y la descalabró. Quedó sangrando en el piso del *lobby*. Nadie fue a ayudarla. En medio de la batalla aparecieron soldados con una diversidad de uniformes, desde legionarios romanos sacados de la película *Cleopatra* hasta *space marines* futuristas con armaduras cósmicas de *Warhammer 40,000*. También había guerreros nahuas, tropas británicas de la Segunda Guerra Mundial y cruzados malteses. Parecían pelear, pero más bien llevaban a cabo una extraña coreografía bélica alrededor de la trifulca de los congresistas. Era difícil entender lo que realmente estaba pasando en ese caos. «¿Qué vamos a hacer? ¿Cómo van a resolver esto? Ya no hay marcha atrás», le dije con un leve tono de histeria a Rosa María. «No es para tanto. Pero mira, nadie está vigilando el bar», respondió. La seguí. Atravesamos el campo de batalla entre los combatientes reales y artificiales, cubriéndonos la cabeza. Ella saltó con agilidad detrás de la barra, sacó un champán del refrigerador y descorchó. Puso dos copas, las sirvió al tope. Dijo «Salud», chocamos las copas y nos sentamos a ver la pelea ✖

Carmen Vega

Aquel camino
Aquellas piedras
sobre tierra empapada de agua
 en agua ausente
de camino de agua
 Sin una piedra
 Atisbando el atajo
Oliendo romero
recogiendo retama
 tropezando con todo
Con la certeza de la duda a lomos de caballo herido
 por
disparo de arma innoble
 Cuerpo doblado
En la duda
siempre la duda
Siempre la herida
Siempre el camino
Siempre la piedra
Siempre tierra en sequía.

Patos salvajes

Sergio Yalú

Las ventanas están reforzadas con tablones de madera y los pocos rayos que se cuelan apenas iluminan lo que alguna vez fue una sala; ahora los muebles están arrumbados contra las paredes, uno sobre otro, dejando libre el centro de la habitación. Elías te ofrece una lata con puré. La agradeces y te sientas en el piso, cerca de él.

—Volviste a soñarla, ¿verdad? —pregunta.

Recuerdos de una joven con vestido de novia parpadean. Primero sonriente, luego extrañada, al final triste, melancólica. Asientes. Con los dedos, tomas el primer bocado.

»Te escuché gritar. —Elías también sigue comiendo—. ¿Qué pasó?

—Lo mismo. Pero esta vez llegamos más lejos. —Las imágenes entrecortadas ahora son de una reunión. Todos ríen, sobre todo ella—. Volvíamos a estar juntos, como si nada hubiera cambiado. —Los tonos amarillos y rojos están saturados. Julie London llena la escena cantando «Slightly out of tune».

—Tenemos que ir a buscarla.

—Sería un suicidio.

—Igual quedarnos aquí —revira—. Éstas eran las últimas latas.

—Se fue con otro.

—Tú te habías ido antes.

Listo para esquivar y atacar, siempre ha sido así.

—Yo no me casé —patadas de ahogado.

Elías responde con un gesto condescendiente, se pone de pie y camina hacia la ventana. Con los pasos levanta polvo, en la nube final revisa la luz.

—Aún es temprano. Alcanzamos a encontrar otra casa y asegurarla.

—Vamos, entonces —contestas lamiéndote los dedos.

—¿En dónde vivía?

Te deja inmóvil por un segundo.

—No importa. Las casas de por aquí tienen mejores alacenas.

—Pablo, necesitamos mujeres —lo dice en un tono alto, con mucho aire; como en una plegaria—. ¿De qué sirven dos hombres si no pueden preservar la especie? Ya lo hemos hablado. ¿De qué sirve que nosotros sobrevivamos si seremos los últimos? —Se recarga en un sillón y la mesa sobre éste amenaza con caer. Logra estabilizarla.

—No hemos encontrado a nadie más.

—Pasó un año antes de que tú y yo nos encontráramos —hace una pausa y adivinas con qué va a seguir—. Si te llama, significa que está viva.

Otra vez los cuentos de su madre.

»Piensa los escenarios. Lo peor sería regresar para acá.

—Está demasiado lejos para ir y venir. ¿Y si no hay dónde resguardarnos? —Estiras la pierna que empieza a entumirse.

—Lo habrá.

¿Cómo explicarle que no crees en eso? ¿De qué manera que no haya escuchado antes y por fin pueda entender?

—Si no la encontramos, tapias tú solo.

—¡Hecho!

Empieza a ajustarse los dos metros de agujetas en sus botas. Tú también.

En cinco minutos recogieron lo que aún tenía uso: cobijas, herramientas y armas. Elías entrecierra los ojos mientras arranca los maderos que protegen una de las ventanas. Aire fresco.

—¿Listo?

Confirma y brinca al otro lado. Le pasas uno a uno los bultos, mientras te acostumbras al brillo de la luna llena. Cuando lo alcanzas, ya está cargando su parte.

—Si no aparecen problemas, llegaremos en unas cuatro horas. —Revisa tu viejo reloj, el que no te gustaba, el único que sigue funcionando.

—A esta hora no hay problemas. —Baja el rifle para estirar los brazos hacia las estrellas—. Cuéntame otra vez la historia.

—Es lo único que has escuchado en estos años. Ya podrías contarla tú.

—Quizá hoy le agregues algo. Tenemos bastante tiempo.

Después de que aquel perro salvaje los sorprendiera cuando buscaban la tercera casa que compartieron, no hace falta ningún recordatorio para cami-

nar a media calle, alejados de los jardines que nadie ha podado desde la catástrofe. Un árbol descansa sobre el techo derrumbado de una residencia.

»¿Entonces? —interrumpe la sinfonía de grillos.

—Valeria estuvo en mi vida desde que me acuerdo —declamas como si lo hubiera escrito Bécquer—: cumpleaños, días de campo, vacaciones... nuestros padres eran muy amigos. Cuando llegamos a la adolescencia, la empecé a ver de otro modo. Siempre fue bonita, claro, pero crecimos...

»Por meses nos ocultamos, o eso quisimos creer. Hasta su hermanito dijo un día que estábamos raros. —Imposible evitar la sonrisa.

»Yo quería estudiar en la capital, allá estaba la mejor escuela. Al principio venía cada mes. Éramos aún niños y... obviamente, no funcionó.

Elías recoge una ramita y la mordisquea.

»No terminamos mal, pero terminamos. Fui disminuyendo mis visitas; ya ni siquiera pasaba las vacaciones aquí. Antes de graduarme, acepté un buen trabajo y, al final, me quedé mucho más tiempo del que había previsto.

»Cuando regresé, ya para vivir, le pregunté a mi papá por ellos; por la familia completa, pues. También se habían distanciado y no encontré la forma de buscarla. ¿Cómo iba a aparecer nada más así?

»Una tarde, mientras comíamos, soltó la noticia: *Ya me comuniqué con los Horta, me dijo. Valeria se va a casar.* —Para qué aceptar que el filete en tu estómago cobró vida por un instante, que luego tuvo varias convulsiones... durante meses—. A cada oportunidad, se empeñaba en que la invitación era para los dos y, en cada una, sólo me imaginaba al cura amenazando con que hablara entonces o callara para siempre, que recreaba la escena de *El graduado*... en el peor de los casos, que mis hijos preguntaban por qué me casé con su madre y yo tenía que contestar: *Arruiné su boda y tu abuelo me obligó a pagar con otra.*

Elías ríe, como cada que llegas a esa parte.

»Una noche, me pidió que pasáramos a casa de la novia para entregar el regalo. —Esa aversión de tu padre por el siglo XXI y sus facilidades, incluidas las mesas de regalos—. Llegué con temor. ¿Cuántos depósitos se podrían recuperar veinticuatro horas antes del evento?

»Encontramos a su mamá sola. Sola con aquella plática pendiente. Yo recibí cada detalle del novio con una sonrisa que, por lo visto, no fue lo suficientemente incómoda. Cerró diez años de discurso con una sola frase: *Porque sí vas a ir mañana, ¿verdad?*

Recuerdas su mano en tu pierna, los ojos emocionados de tu padre...

»¿Qué más podía decir?

Al mismo tiempo, Elías y tú apuntan al origen del ruido. Un par de patos intentan alzar el vuelo entre los matorrales. Las balas son más ágiles. Él va por la caza; tú, a buscar de dónde salieron.

Descubres un nido con cuatro huevos frescos. Un manjar que comen ahí mismo.

—Entonces, ¿sí fuiste a la boda? —como si no supiera.

—A misa no. Llegué directo a la recepción.

—Ajá. —Lleva los dos animales colgados y degollados. Todavía gotean.

—Busqué un lugar lejos de la pista, donde pudiera perderme el espectáculo sin problemas, pero otros amigos de mi papá nos habían apartado lugares en primera fila.

»Los novios nos alcanzaron un rato después, cuando todos en la mesa estaban bien servidos. Valeria corrió a abrazarme. *Viniste. ¿Cuándo llegaste? ¿Desde cuándo vives aquí? ¡Oh! Él es mi esposo...* y posamos para la bonita foto del recuerdo.

»También su padre se sentó junto a mí. Otra vez los diez años perdidos, sólo que alargados con tequila. Al menos mi papá sí entendió el gesto cuando me quise ir.

»La encontré en la puerta, al lado opuesto de su marido, que brincaba cada estúpida canción. Fue un abrazo largo. Largo. Estoy seguro de haberle deseado algo lindo. Pero ella no me soltó. Me alejé, Valeria me tomó de la mano y volvió a abrazarme. Dos, quizá tres veces más nos despedimos. La última, preferí ya no ver atrás.

Llegan a un puente. Sin mantenimiento, parece uno de esos jardines de azotea con los que intentaron recuperar el verde en las ciudades. Si fueran por arriba, podría colapsar; por abajo, quién sabe qué encontrarían. Prefieren subir.

—¿En serio creíste que te iba a esperar?

—No. —Varios árboles crecen entre las placas de concreto y la hierba ha tapizado lo demás—. Sólo quería empezar de nuevo.

—¿Qué pasó?

—Desaparecí. Otra vez. De repente me llegaban rumores: Valeria regresando de su luna de miel, Valeria muy feliz, Valeria cambiaba de trabajo, Valeria en casa de sus padres, Valeria y el divorcio... no la busqué de inmediato.

Golpean el piso con la culata: si suena firme, avanzan; si es hueco o se mueve, lo mejor es rodear.

—Pero dos semanas después...

—Como un mes, sí. De que me enteré.

—¿Qué te dijo?

—Pues la invité a comer y aceptó. El día de la cita cerraron todo, empezó... esto.

Desde lo más alto de la construcción, cobijados por la Vía Láctea, se alcanzan a ver varios kilómetros a la redonda: avenidas obstruidas, puentes derrumbados, el estacionamiento del centro comercial donde ahora no podría moverse ni un solo coche. Una selva de concreto retomada por la naturaleza que aquella civilización intentó someter.

Terminan el descenso sin hablar.

La madreselva cubre el muro por completo. Elías sacude el portón, saca las ganzúas y, cuando ve que no cede, levanta el fusil.

—Espera.

Dejas los bultos que traías y trepas el lado más denso.

Para reducir el peligro, asomas un espejo sobre la barda. Que no explote con una piedra o un balazo ya es buen pronóstico.

La tierra y el pasto que el viento arrinconó en la puerta principal demuestran que no ha habido movimiento reciente; tampoco en la del jardín, oculta entre la hierba. Las ventanas frontales tienen cerradas las cortinas, la de la cocina no, pero se ve tan abandonada como lo demás.

Cuando volteas, Elías te ofrece una roca.

Necesitas ambas manos para lanzarla al centro. Esperas un momento antes de brincar a la cochera.

Tantos recuerdos y tú sólo puedes concentrarte en ese olor a polvo, a humedad.

—He subido muchas veces por ahí —explicas al abrir desde adentro.

Recoges tu carga y pasan juntos. No hay señales de vida.

—Alguien tiene muchas ventanas por tapiar. —Intentas abrir de una en una. Llevan los rifles listos.

—O encontramos al amor de tu vida o me toca todo el trabajo —se queja en secreto.

—¿Por qué apostarías si no estoy seguro de que voy a ganar?

Resopla por toda respuesta.

El inconfundible sonido de una escopeta siendo amartillada anticipa el grito:

—¡Las manos en alto!

Un disparo al aire te hace estremecer, pero es el tintineo del casquillo lo que te eriza la piel del cuello.

—¡Venimos en paz!

—Sus armas al piso ahora.

Las dejan caer despacio.

—Soy amigo de los Horta —explicas.

—¡Silencio! También sus... maletas.

Cuando están en el suelo, unos pasos se acercan a ustedes. Los extraños comienzan a manosear los cinturones. Intentan quitarles las pistolas, evidentemente no conocen estos seguros.

—¡Ya! —Con el grito de Elías, ambos giran al mismo tiempo.

Antes de que puedan reaccionar, los jóvenes que los han revisado tienen un cuchillo al cuello y les sirven como escudos humanos.

»Venimos en paz —repite Elías con voz ronca y firme—, pero no vamos a permitir que nos roben.

—¿Llamas a eso paz? —quien les había ordenado tirar las cosas se oye nervioso.

—Conozco a los Horta —repites.

—Cualquiera pudo leer el apellido en el portón —revira el único al que han escuchado.

—No cualquiera sabe de los huecos en el muro para brincarse. —Sobre el hombro, distingues cuatro cañones apuntándoles: tres mujeres y un hombre, el líder; aunque las caras siguen ocultas tras las escopetas.

—¿Quién eres?

—Pablo Cohen.

Alguien pasa entre ellos.

—¿Pablo?

Reconocerías esa voz donde fuera. Sueltas a tu escudo.

Elías sigue alerta, pero también baja el cuchillo. La luna ilumina a Valeria como si fuera un reflector. A su señal, los otros descansan las armas.

—¡Te lo dije, compañero! —Se agacha una vez más—. Trajimos la cena —anuncia con los patos en alto. Ya han dejado de sangrar ✱



IMMERSIVE LOTUS

La letra e, Tito, David, las vocales, las casas y las bibliotecas perdidas*

Jacobo Sefamí

para Verónica Murguía

Nuestros libros son los ríos que van a dar en la mar que es el olvido

AUGUSTO (TITO) MONTERROSO

1

¿Qué te falta?

A la B (Bárbara) le faltaba la A (Augusto), pero V (Vicente) estaba allí y Bárbara y Vicente (*bavi ¡viba!* vallejana) anduvieron juntos, rojos fosforescentes, hasta que V desvaneció y B entró en tristezas, ya no tenía con quién andar, relatar, bailar y vacilar. V se fue con sus dibujos a la mar. B pensó en A y en el libro de los cuentos tristes y también en su sentido del humor que la hacía sonreír (*besaba, baba, auba, Besarabia*), su amor que tintineaba con la T (*titubeaba, tiba, bati*). Tito pintaba también fábulas y se reía con los chicos y con los grandes (*tálamo, bárbara, tito chiquito titán*). Tito escribió *La letra e*. ¿Pensaría en el comienzo del libro de los libros: *en un lugar de la M* (Mancha), especulando en sus valores cabalísticos? ¿Por qué comienza con la letra e?, ¿por qué con una palabra de dos letras?, ¿qué sentido tiene que la letra con la que se comienza tenga por valor numérico

* Texto leído en *Una aguja en el pajar. Bibliotecas en la Biblioteca. Cuarto encuentro literario. Guadalajara, Biblioteca Iberoamericana* Octavio Paz, 2 de diciembre de 2022.

(Ciudad de México, 1957). Uno de sus títulos más recientes es el libro de crítica *Caleidoscopia. Escrituras y poéticas de lo oblicuo en América Latina* (2021).

el cinco? ¿Los dedos de la mano, las puntas de las estrellas, los cinco sentidos, los cuatro puntos cardinales y el centro, las extremidades y por ende el cuerpo humano? ¿Representa la e todo ello? ¿O habrá pensado Tito en *La disparition*, la novela-lipograma de Georges Perec, sin la e (por cierto, sin la e es imposible pronunciar los vocablos *padre*, *madre*, *Georges* o *Perec*), traducida al español sin la a, *El secuestro*? Es la novela que alude a la ausencia después del exterminio nazi, pues falta una letra en esa orquestación. También las novelas lipogramáticas de Alonso de Alcalá y Herrera, en el siglo XVII, jugaban a eliminar una de las vocales: *Los dos soles de Toledo* (sin la a), *La carroza con las damas* (sin la e), *La perla de Portugal* (sin la i), *La peregrina eremita* (sin la o) y *La serrana de Sintra* (sin la u). La idea era plantearse retos, aunque sin menoscabar la pérdida de la amistad letrada. En *La carroza de las damas* (sin la e) leemos:

a la carta basta y aún sobra, mas la amistad lo ocasiona a su fábrica para mayor honor, primor y ornato al hispano idioma, una vocal falta y no la a, sino su mayor amiga o la más difícil y trabajosa: sobrarán otras muchas, faltas digo, no lo dudo, así lo afirmo. Mas si lo dudáis, como amigo consultad por árbitros algunos críticos o prolijos cultos y apurarán los más ocultos átomos.

En el *Sefer Yetzirá (Libro de la Formación)*, del siglo III de la era común, uno de los primeros textos cabalísticos, se concibe el mundo como una operación lingüística. Allí se señala:

Con 32 Vías Maravillosas de Sabiduría... Yaveh grabó y creó Su mundo. Con diez *Sefirot* y 22 letras Fundamentales las grabó, las plasmó, las combinó, las sopesó, las permutó y formó con ellas todo lo Creado y todo aquello que ha de formarse en el futuro.

Influido por la Cábala, el escritor judío-franco-egipcio Edmond Jabès señala:

Si Dios existe es porque se encuentra en el libro; si los sabios, los santos y los profetas existen, si los conocedores y los poetas, si el hombre y el insecto existen es porque encontramos sus nombres en el libro. El mundo existe porque el libro existe, ya que existir es crecer con su nombre.

Así entendido, ¿qué sería del mundo sin una de sus letras? La e es una de las más frecuentes, aunque la reina del idioma sea la a. ¿Se pueden imaginar el soneto «Este que ves, engaño colorido», de Sor Juana, ¿sin la e?: « st qu v s, ngaño colorido»...

Por eso, es triste que ahora la V+e (de Vero) se quede sin la D+a (de Davo) y el alfabeto revolotee en la descomposición. V buscará a D en el camino de la letra. «No —me dice Vero—, no se fue, seguirá allí en mi corazón, lo amo más allá de la muerte». La D da, es un portento de DÁdivas, de generosidad, de la VID de la vida. La memoria mantendrá la llama ardiente.

2

Como conté en otra ocasión, empecé a generar mi pequeña biblioteca en la tienda de la Lagunilla, a regañadientes de mi mamá, que se enojaba de que «estuviera aplastado leyendo y no entrara ni una clienta». Pero mi verdadero descubrimiento de la literatura surgió cuando realicé mi licenciatura en la ENEP Acatlán, de la UNAM. Gracias a Julieta Campos, Enrique Fierro, Lilia Osorio, Pablo de Ballester, mis profes de esa época, me iba a la Librería Gandhi y salía con pilas de libros que fui leyendo con gran fruición. Poco a poco me fui adueñando de un pequeño cuarto de la casa de Tecamachalco en el que había un librero empotrado a la pared, alrededor de un hueco mayor destinado a la televisión. Llevé una pequeña cama allí y me instalé sin pedir permiso. Mi mamá odiaba el desorden y no podía descuidarme ni un día de dejar un libro o un papel en la sala porque corría el riesgo de que terminaran en la basura. Por eso mi cama/biblioteca se volvió mi guarida, mi refugio, donde conseguí el silencio, evitando el mundanal ruido. Uno de mis hermanos, de vez en cuando, me pedía prestado uno de los libros y se lo llevaba al cuarto bodega que había tapizado con cajas de cartón de huevos para tocar la trompeta. A él le afectaba la lectura más que a mí porque se convertía en el personaje que estaba leyendo. Un día salió con cara de gran angustia porque con *Crimen y castigo* se sentía Raskolnikov, adquiriendo esa misma personalidad obsesiva y paranoica. «¡Pero tú no matas ni las chinches de las cortinas de tu cuarto!», le decía yo para disuadirlo. «No sabes cómo me gritan todas las noches desde la calle cuando practico las escalas de la trompeta, ¡mandarán guaruras para darme una madri-

za!». Yo era más ecuánime, me dejaba iluminar por la poesía y leía en voz alta, a pesar de los gritos de mi mamá. «¡Ya cállate, no dejas escuchar la telenovela!».

En Acatlán, donde trabajé en el Departamento de Publicaciones, Enrique Reyes, un viejo editor de la época de la LEAR (Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios), me enseñaba a apreciar los libros en tanto objetos: el papel, la encuadernación, el diseño. Los acariciaba como si se tratara de sus amantes. Y yo fui escogiendo los que más me gustaban, sí, tenía mis predilectos, aunque algunos —por el constante abrir y cerrar— se desprendían de sus lomos e iban deshilvanando sus hojas. «No hay que pasar por la guillotina cuando se trata de libros de poemas —me decía el señor Reyes—; será un placer para los lectores ir abriendo cada una de sus páginas y descubrir la exquisitez del lenguaje». Y era verdad. El acto de abrir un libro se convirtió en muchos casos en un ritual sagrado, que consistía en una revelación no sólo del lenguaje, sino también de la tipografía, el espaciado, el papel *couché* satinado y poroso, tan rico para los dedos. Así leí las *Tres lecciones de tinieblas*, de José Ángel Valente.

Alef

En el punto donde comienza la respiración, donde el alef oblicuo entra como intacto relámpago en la sangre: Adán, Adán oh Jerusalem.

Bet

Casa, lugar, habitación, morada: empieza así la oscura narración de los tiempos: para que algo tenga duración, fulguración, presencia: casa, lugar, habitación, memoria: se hace mano lo cóncavo y centro la extensión: sobre las aguas: ven sobre las aguas: dales nombres: para que lo que no está esté, se fije y sea estar, estancia, cuerpo: el hálito fecunda al humus: se despiertan, como de sí, las formas: yo reconozco a tientas mi morada.

Si la *alef* y la *bet* conforman la creación, también conciben el enigma de lo no dicho. A espaldas de la barra vertical de la derecha de la letra *bet* [ɓ] se encuentra una mudez inescrutable, como apunta sagazmente Myriam Moscona:

Atrás del muro de la beth, nada ai ke un bivo pueda provar, i por ese silencio los poetas skriven i por ese silencio los profetas traduzen las suias profezas i por ese silencio los géometras de los sielos multiplikan, i por ese silencio se han ec ^o kadenas de orar.

Ése es el misterio que hay que escudriñar en cada lectura, en los entresijos de cada letra.

/H/

mudo

mudo
 como la h
 hhhh
 no sé a qué suena
 si se mueve o tambalea
 sólo aspiro y exhalo
 hhhh
 mudo
 estupefacto
 sin párpados
 te miro
 y sube a mi garganta
 una H

desprendido de mí
 absorto
 quieto
 con los pies cruzados
 en forma de loto

hhhh
 el enigma me sacude por dentro
 como una álef
 miro el cielo y la tierra
 apunto a la aparición
 y enmudezco

hhhh
 está en tu nombre
 y mi mudez sólo alcanza a emitir
 un sonido gutural
 un aliento
 un hálito

para que aparezcas
 y lo descubras todo
 y la vida sea
 en lo inefable
 viviente
 una h
 que suture las heridas

mudo
 estupefacto
 sin párpados
 me duermo con los ojos abiertos
 para que no desaparezcas
 y la h te devele en su enigma

3

Cuando me casé, me llevé todos mis libros a la Condesa para iniciar una nueva vida. Vivíamos en un edificio inclinado como la torre de Pisa. Me gustaba poner una canica en un extremo y verla rodar solita. Heredamos el alquiler que tenía el abuelo de mi ex. Olía a arenque por todas partes y yo recordaba las mañanas en el kibutz, con esos aromas a pescado crudo que jamás me convirtieron en ashkenazí (aunque mi prueba de ADN diga que lo soy en un 10%). Los libros también parecían mareados, constantemente cayéndose por el desnivel. Tenía que hacerlos apoyar con ladrillos que agarré de una construcción del sótano.

Había un estacionamiento abajo para dos coches. Nuestra señal de NO ESTACIONARSE. SE PONCHAN LLANTAS GRATIS la hacía efectiva mi ex, que era de armas tomar, aunque sólo les sacaba el aire. Enrique Fierro tuvo que esperar en varias ocasiones a que viniera el dueño del coche estacionado en nuestra entrada o en doble fila para poder salir y

encaminarnos hacia Acatlán. Miraba a los conductores. Ellos se enojaban con mi mujer y se gritaban insultos.

Frecuentemente los vecinos tocaban a la puerta a las seis o a las siete de la mañana para que yo completara el *minián* y pudieran hacer los rezos para honrar a la persona que acababa de morir. Yo iba a esas casas y admiraba los múltiples volúmenes en hebreo (¿algunos en yidish?) que componían el Talmud.

Cuando nos tocó viajar a Estados Unidos, decidimos guardar los libros en cajas y llevarnos sólo algunos. Poco antes de viajar llevé todas nuestras pertenencias a la casa de Tecamachalco. «¡Ay, hijo, me vas a llenar la casa de basura!». Para evitar el desorden visual, mi mamá puso todas las cajas de libros en los clósets de uno de los cuartos que había quedado vacío cuando se casaron mis hermanos. Luego, cada vez que yo volvía a México, me asomaba a ver las cajas, las entreabría y veía con nostalgia los libros que se habían quedado solos y desamparados. Durante el divorcio, el conflicto principal surgió por el volumen de la *Obra poética (1935-1975)* de Octavio Paz, publicado por Seix-Barral en 1979, con la dedicatoria del poeta a ambos. «¡Es mío!», reclamaba yo, convencido de que todo lo que fuera en verso debía corresponderme. «Acuérdate que se me quedó viendo y me preguntó si mis papás me habían puesto mi nombre por el poema de Darío». *El poeta pregunta por Stella*:

**Lirio real y lírico
que naces con la albura de las hostias sublimes,
de las candidas perlas
y del lino sin mácula de las sobrepellices:
¿Has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,
la hermana de Ligera, por quien mi canto a veces es tan triste?**

Al final, ella se lo quedó. Tuve que conceder que el poeta miraba sus ojos verdes mientras firmaba la pila de los libros que le habíamos llevado esa noche de otoño, en Austin. Eran casi todos sus libros publicados hasta esa fecha y él estaba encantado de que esos jóvenes lo conocieran tan bien. Eso sí, a mí me tocó *Los hijos del limo*, que Paz miraba con asombro y regocijo, observando todos los subrayados y las hojas que se caían, a pesar del *tape* que le había yo puesto en el lomo.

Años más tarde, Stella falleció en terrible accidente. Me duele aún ahora y me pregunto: ¿dónde están Stella y Paz?, ¿dónde quedó el

tomo de la *Obra poética* de Paz?, ¿dónde están los libros que terminaron enmohecidos en la casa de Tecamachalco, después de la muerte de mis padres?, ¿los habrán tirado a la basura? En los vaivenes quedamos dispersos todos. *Galut*, exilio en hebreo, comienza con la tercera letra, *guimel*. Si las dos primeras letras (alef, bet) apuntan a la creación, el inicio de todo, la tercera remite al exilio, a la diáspora, al caminar solos, en las arenas de los desiertos.

4

La vacuna (vaca+uma) para redimir las barifonías (dificultades para articular) es pronunciarlo todo, jugar al sistema de correspondencias, como dice Octavio Paz en su estudio sobre el tantrismo hindú: «Si el cuerpo es tierra, y tierra santa, también es lenguaje —y lenguaje simbólico: en cada fonema y cada sílaba late una semilla (bija) que, al actualizarse en sonido, emite una vibración sagrada y un sentido oculto. Rasanã representa a las consonantes y lalanã a las vocales. Las dos venas o canales del cuerpo». Es la sílaba «mu», me digo, como clave de la armonía y el amor, que invoco pensando en ese acto ritual para vibrar al unísono con el universo. Por lo tanto, me digo, nunca debo excluir la e, ni la a, ni la o, y tampoco, por supuesto, ni la i (que nos ayuda a reír y sonreír), ni la u. Articulemos las palabras con las cinco vocales, como nos enseñó David Huerta: eufonía, cuitlacoche, curiosear, auténtico, murciélago, persuasivo, bisabuelo, nebulosidad, vestuario, gatuperio, medusario, preciosura... O que cada quien escoja su palabra divina, la pronuncie, la saboree; la magia de su sonoridad aliviará lo descompuesto del mundo, nos hará entrar a la órbita de lo sagrado para escapar, apenas sea un rato, del dolor de un alfabeto y un universo descompuesto: Yo comienzo, ustedes siguen con sus palabras predilectas: albaricocque, burbuja, ubicuo, zumbido, durazno, ronronear, luz, fosforescente, sonámbulo, catarina, obnubilado, arándano, susurrar, golondrina, oboe, nácar, pestaña, lapislázuli, rimbombante, abedul, luciérnaga, abracadabra, berebere, tiquismiquis, zozobroso, sucusumucu, ojalá... ✕

No siempre hace falta un paraguas

Carmen Peire

Con el vestido de los domingos, el collar de perlas de su boda y un paraguas porque han pronosticado lluvia, la mujer se acerca al mostrador de solicitudes. Se ha quitado la alianza de casada y los pendientes que le regalaron sus hijos en el último cumpleaños. No le gustan, ni sus hijos ni los pendientes, no tiene el mismo gusto que ellos. ¿A quién habrán salido?

—Buenos días —se dirige al hombre que se encuentra tras el mostrador de solicitudes—. ¿Es la ventanilla de secuestros? Vengo a solicitar uno.

El empleado abre un formulario en el ordenador y pregunta:

—A ver, ¿su nombre?

—Flora Fuentes.

—¿Nombre del secuestrado?

—Flora Fuentes.

—¿Usted misma? No es muy habitual su petición, ¿sabe? Aquí vienen personas que quieren secuestrar a otras.

—Pues yo quiero que me secuestren.

—¿Está segura? Eso le va a salir más caro.

—No me importa, por favor, prosigamos...

El hombre se encoge de hombros y vuelve al teclado:

—¿Quién prefiere que la secuestre?

—¿Qué me puede ofrecer?

El funcionario despliega un catálogo sobre el mostrador con distintas ofertas:

—La opción más económica es la de un particular. Si quiere un

secuestro de lujo, podemos ofrecerle una organización terrorista o una banda de mafiosos. Pueden ser secuestradores nacionales o extranjeros, dependiendo de su presupuesto. Algunas bandas son muy eficaces.

La mujer medita unos segundos antes de responder:

—Lo de las bandas es demasiado, quiero algo sencillo, quizá un particular...

—Muy bien. ¿Qué tipo de rescate quiere que pidamos?

—No sé, me gustaría estar secuestrada el resto de mi vida.

—¡Ah, eso no puede ser! ¿Quién pagará el rescate? Sin él, este departamento no tendría fondos para continuar su actividad.

Ella enreda sus dedos en el collar de perlas mientras piensa, hasta que, al cabo de unos segundos, dice:

—No me malinterprete, no quiero saltarme las normas, pero ¿y si, tras pagar el rescate, desaparezco? ¿Se puede hacer?

—Eso sí y, además, existen unas tarifas oficiales, marcadas por el Consejo Globalizador de Naciones, destinadas a buscarle una identidad nueva en un país diferente.

—Bien, entonces escojo esa opción. Prosigamos con el formulario.

—¿Dónde prefiere que la secuestren, en casa, en el trabajo o en la calle?

—Mmmm... en la calle me parece mejor, pero sin violencia.

—¡Ah, no, señora! Una cuota de violencia tiene que haber, la que marca el Estado. Nuestra empresa tiene autorización para canalizar la violencia en la sociedad según el código mundial vigente.

—Es que me da miedo.

—Vamos a ver, es mejor que una guerra, ¿no le parece? Gracias a nuestros esfuerzos conseguimos estos años de paz y violencia controlada en los que usted ha podido vivir tan ricamente.



—Vale, pero que no me rompan ningún hueso, ¿puede ser?

—Puede ser. Ahora, dígame, ¿motivos del secuestro?

—¿También eso hay que decirlo?

—El móvil es imprescindible para que se apruebe su petición.

Esa pregunta es la más difícil. ¿Cómo decir lo que pudo ser y no fue? ¿El energúmeno con quien habita? ¿Hijos ajenos a sus entrañas? Lo mejor, una respuesta sencilla:

—No puedo más.

—¿Qué no puede más? ¿No hay móvil económico o pasional?

Esa casilla no la tengo en el formulario.

—Seguro que al final hay un espacio donde pone: otros motivos.

—¡Ah, sí, tiene usted razón!

—Pues póngalo ahí.

El hombre teclea mientras va diciendo en voz alta: no-pue-de-más. Sólo queda ya la última casilla del formulario:

—¿Quiere usted observar algo?

—Sí, ¿me podrían secuestrar ahora mismo?

—Caramba, pide usted unas cosas... Puedo acelerar los trámites, con un recargo del veinte por ciento sobre el presupuesto inicial, pero ahora mismo no tenemos equipos disponibles, están todos trabajando.

—¡Qué contrariedad! Salí de casa dispuesta a no volver...

La mujer abre el bolso, saca unos billetes y los pone lentamente en el mostrador, cubriéndolos con la mano, hasta que el empleado los agarra desde el otro extremo. Después, baja la voz y acerca su rostro al de él:

—¿Será suficiente para acelerar el trámite?

—Haremos lo que se pueda —dice el empleado, guardándose el dinero—. Éste es, a partir de ahora, el número de su expediente, para que pueda hacer el seguimiento. Hay que pagar el cincuenta por ciento por adelantado.

—Prefiero pagarlo todo de una vez.

—Mejor, eso facilitará las cosas, y no se preocupe, tendrá noticias nuestras antes de lo que se imagina.

La mujer le da las gracias y sonrío al abandonar el mostrador. Ahora empieza su nueva vida, se lanzará a la aventura. Piensa desaparecer de su entorno, para siempre, siempre, y se teñirá el pelo de rojo, siempre le gustó ese color; se irá a vivir a un país cálido, tiene

suficientes ahorros para empezar; piensa dedicarse al cultivo de orquídeas, tan bellas, con lo bien que se le dan, mejor que la crianza. Tiene una pequeña duda nostálgica por sus hijos, pero, qué narices, están ya crecidos y no la necesitan, ya se encargan ellos de mostrarlo todos los días. Les puede escribir (o no) más adelante, una vez que se haya asentado en una casa propia, con un gran ventanal en el salón para ver el horizonte, nada que ver con el apartamento que abandona. También se comprará una mecedora, es un capricho no realizado, se conforma con poco. Pero estará sola. Eso lo tiene claro. Del otro, con el que ha convivido, no quiere volver a saber nada de él. Que piense que ha muerto en el secuestro, que aprenda a cocinar, que se busque otra a quien dar la murga. Según abandona la oficina de secuestros, decide que viajará a su nuevo destino en barco, una larga travesía por mar, soltando por la borda su pasado, se mentalizará poco a poco, día a día, con la espuma de las olas. Pero, sobre todo, con la firme convicción de permanecer soltera. No está dispuesta a volver a caer en la trampa.

Sale a la calle. Empieza a saborear su nueva vida y no ve el camión que se precipita a toda velocidad justo en el momento en que se dispone a cruzar, mirando hacia arriba, el cielo encapotado, nubes negras presagiando tormenta, y ella pensando en lo precavida que ha sido, menos mal que lleva paraguas ■

Todxs podemos enseñar a hablar a un monstruo

Luis Armenta Malpica

Pensar que un hombre asignó, en un momento dado, nombres a las cosas, y que de él los demás aprendieron los primeros vocablos, es puro desvarío.

TITO LUCRECIO CARO

La virtud de este pequeño saurio es su modestia, su privilegio la invisibilidad. Como pocos entre los de su especie —bichos de mirada parabólica y lengua centelleante— el camaleón nunca duerme. [...] Y a partir de allí [...] no hay regreso, no hay diferencia entre el infinito y su nostalgia.

JORGE ESQUINCA

Entre el espejo y yo
el biombo del lenguaje.
Lo inabarcable se vuelve
en contra mía
una navegación hacia
lo orgánico. Encomendarse
al aire, al vuelo de las moscas
que circundan el vidrio.

(Ciudad de México, 1961). Uno de sus libros más recientes es *Enola Gay* (Vaso Roto, Madrid, 2019; 2023 en edición bilingüe). Este texto es parte de un proyecto apoyado por el Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales (SACPC).

Desde esa transparencia
el deslumbramiento
de la palabra
nace.

Muy adentro del tiempo
en el charco que deforma la sangre
un camaleón da sus primeros sorbos.
Cae para levantarse y recaer
en su color de origen: si es felino o reptil
(como otros animales) sin género
absoluto. Por ahora
descansa en esa *cama* de carne
(león o leona) que quiere ser
su voz. Y lo alimenta.

Así nos lo dijeron:
*No bastó con que los australopitecos contaran
con la fisiología necesaria para generar un lenguaje
más allá del aullido. El neandertal
además de un gran cerebro, las áreas de Broca y Wernicke
bien definidas (como en el sapiens)
y un hueso hioides parecido al del humano moderno
tuvo la proteína del lenguaje: el gen FoxP2.
Todos los mamíferos lo tienen, pero
la versión humana concede más control
sobre los músculos faciales, la boca y la garganta.
Ni los chasquidos (aún presentes
en algunas lenguas africanas),
ni los silbidos o canturreos
podrían considerarse lenguaje.¹*

1. *Enseñar a hablar a un monstruo*, José C. Vales (Grupo Editorial Planeta, Madrid, 2022). Los cortes de verso son arbitrarios.

No nos bastó el Bow-wow
ni la teoría Pooh-pooh
o lo que en franco juego Friedrich Max Müller denominó Ding-dong
para pasar de la repetición
de una onomatopeya a la emoción humana
y levantar el reino del lenguaje
sobre las ruinas de las interjecciones.

Quisimos más, y allí estuvo la idea, un pensamiento
ese recuerdo petrificado que ordena nuestro mundo.

Las palabras son negras
como moscas. Desvarío.

De esta predicación
la palabra animal estaba
contenida
en el vocablo *anima*
que en su reconocida raíz indoeuropea revela 'respirar'.

No basta, incluso ahora
más allá del *Aullido* de Ginsberg
que las cosas se nombren
de maneras distintas. Ni yo, ni ya, ni hiel son
suficientes para expresar
o más bien, combatir
todo eso que nos han enseñado.

Dijimos: respirar.
Insuflar el lenguaje
no de un soplo divino, ni del aire
que llena una muñeca.

Respiramos lo que una vez ya dicho
 nos anima. En esta elevación del alvéolo a la lengua
 en un hilo de ti
 (conexión desde el tono sanguíneo
 al árbol de la ciencia)
 damos nombre a lxs otrxs.

Las palabras son rojas
 como herida
 en los toros de Creta
 o el *Guernica*.
 Pero por esa cruz
 hay desapariciones que nos duelen.
 Sobre todo, si se ejerce violencia sobrehumana
 en la vocal primera: la de la abuela
 la madre, la hermana, la hija
 y esa letra es el llanto
 desplazado en otras muchas formas
 del decirse mujer. De lo que significa
 afuera de los espejos diarios.

Nos lo dijo Charles Simic:
Dado que «ello» no puede ser identificado más claramente en
[nuestra existencia,
dado que la esencia del lenguaje es la pobreza ante el «ello»,
dado que no puede enfrentarse «ello» a un espejo,
dado que «ello» es el monstruo del laberinto y el eterno compañero
[de juegos,
uno lucha por un arte cuya tarea sea mostrar el efecto de la pre-
[sencia de «ello».²

2. *El monstruo ama su*

laberinto, Charles Simic

(Vaso Roto, Madrid, 2015).

Traducción de Jordi Doce.

Los cortes de verso son

arbitrarios.

No veo la diferencia entre ella y ello: ambas maneras
de referirnos a lo que no es el hombre
padecen la injusticia de la historia.

El lenguaje hizo al hombre.
Lo hizo solidario.

Para Aristóteles, el hombre
solitario es una bestia o un dios.
¿De dónde vino el monstruo?

Si no siempre pensamos con palabras
las palabras no alcanzan
a expresarnos.

Habría que generar una gramática de carácter orgánico
sin patrones ni ideas preestablecidas
que nos contemple a todos.

Mia Couto lo piensa:
*La poesía no es un género literario,
es un idioma anterior a la palabra.*

Sólo tengo una lengua y no es la mía, comentó Derrida.

Este sería, y es, el lenguaje poético:
que carezca de género y colores, que no duerma. Que no pierda
modestia ni invisibilidad.

Chantal Maillard lo dice:
*Escribir
para confundir las palabras
y que las cosas aparezcan.*

Liliana Díaz Mindurry lo confirma:
*Digo y mi decir es un decir de algo que no me pertenece,
 algo que se filtra solapadamente en mi lenguaje.
 Algo que no quiero, que no deseo decir.
 Digo o aprendí a decir, no como los animales en sus gritos [...]
 Hablo para dar unidad a mi pensamiento desestructurado,
 a mi masa de sensaciones sin unidad,
 hablo para dar una imposible unidad a lo que siento
 y para comunicar a otro un mensaje que necesito.
 Hablo y en seguida aparece la ambigüedad, el malentendido:
 no quiero decir lo que digo, digo lo otro, la ajenidad absoluta.³*

¿El monstruo es la poesía?
 No. El monstruo
 es lo que hacemos al armar
 los discursos desde piezas distintas.

La poesía únicamente
 es nuestra
 camaleón.

3. *La maldición de la literatura*, Liliana Díaz Mindurry (Huso, Madrid, 2017). Los cortes de verso son arbitrarios.

*Oh luz manifestada
que iguala al ojo con el sol*
JOSÉ LEZAMA LIMA

«Busco qué capturar», repetí tratando de editar la redacción de la inteligencia artificial mientras tracé un recorrido como quien sigue la ruta de un animal para materializar el pensamiento. Recuerdo haber caminado reconociendo que, en mi mente, lo que acerca a un cazador con un depredador es algo además de la presa:

el acto de cazar, la misma acción motivada por razones distantes. Avancé desconfiado y atento a lo que deseé que fuera una iluminación, o sería mejor decir, anduve a tientas por el plano de la mente, insistiendo en la juntura, que mientras avanzaba me aportó la pieza que estaba buscando para conformar la triada: depredador, cazador y ¡caminante!

O
Gustavo **Íñiguez**

(Valle de Guadalupe, Jalisco, 1984). Su libro más reciente es *Colección privada. El gabinete de las maravillas* (Mantis Editores, 2020).

Y es que, a esas alturas, me resultó imposible no pensar que esta trinidad encontraba equivalencia en el modo en el que un oráculo organiza su respuesta: pasado, presente y, el motivo central de la consulta, porvenir.

Los triunfos del tarot me responden cuando pregunto sobre el porvenir de este ensayo: hacia atrás, «en la vigésima carta, un gran ángel con una trompeta dorada aparece en el cielo mostrándonos una bandera que contiene una cruz de oro. Debajo de él hay tres figuras humanas desnudas, una de las cuales surge de la tumba». En un intento de conversión al paganismo, paulatino y receloso, me permito relacionar un evento cardíaco que me puso al borde de la muerte y la idea de resurrección contenida en el arquetipo de El Juicio. De manera burda y con fines sintéticos, diré que el pasado de este ensayo se puede nombrar con la frase que impulsó al menor de los resurrectos bíblicos: «levántate y anda». Porque fue *andando* [por prescripción médica] que este texto fue concebido o quizá quiero decir que a este texto lo agarré andando.

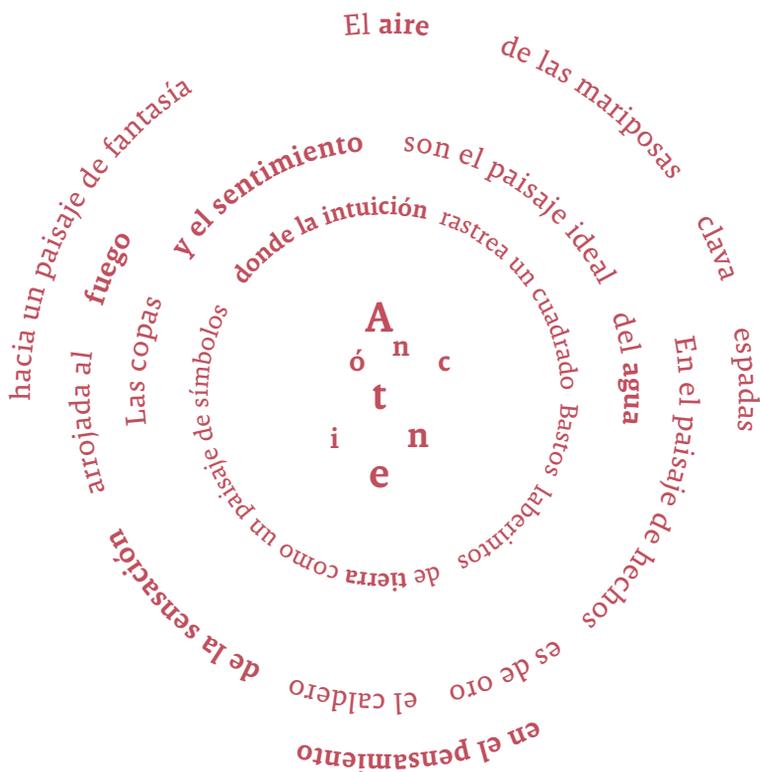
De algún modo he afirmado que el pasado de un caminante es un depredador y el presente, un cazador, sin que esto sea, literalmente, lo que quiero decir. Con este ejercicio retórico me propongo señalar que camino para recoger cosas o, lo que me resulta más adecuado: camino para rejuntrar cosas. Esto, para alejarme de la idea de recolectar y honrar esa palabra que aprendí en la infancia y sustituí para parecer sofisticado y que, para asuntos abstractos, resulta más preciso. Así, juntar tres conceptos con tres tiempos, el pensamiento mágico con la inteligencia artificial, las estaciones del paisaje de la pintura renacentista con las funciones jungianas de la psique y los triunfos con la redacción de la IA, es la forma en la que mi mente rejuntra elementos con otros que aparecerán en la caminata: una acción que mira hacia atrás desde el presente y ocurre permanentemente en el futuro.

Al caminar hay algo que está siempre por venir.

El triángulo que forman los elementos: depredador, cazador y caminante; pasado, presente y porvenir; encuentran representación en el triunfo VI [punta central del triángulo en la respuesta del oráculo], que podría ilustrarse con estos versos de Robert Frost: «dos caminos se separaban en un bosque y yo... / tomé el menos transitado / y eso hizo toda la diferencia». Con estas líneas cierra el poema *El camino que no tomé*, que alude a la pesadumbre de «ser un solo viajero» y, al no poder avanzar al mismo tiempo por los dos caminos, agrega el pesar de la consciencia y un tercer padecimiento: el rasgo [distintivo y doloroso] de la individualidad, manifiesto en la forma de reaccionar. En el triunfo de Los Enamorados, el viajero, solo ante los dos caminos, elige el menos transitado y a eso se reduce toda la diferencia.

En el cruce de caminos lo ineludible es avanzar: lo inevitable es el futuro.

Es en este momento en donde los datos, que, ante la pregunta por la relación etimológica entre cazar y caminar, nos respondió la IA que «aunque no hay una relación etimológica directa, ambas actividades a menudo están relacionadas



en el contexto de la caza» y, al rectificar, arroja una posible relación indirecta a través de una raíz indoeuropea común: *kap*. Atendiendo a la encrucijada y tomando la elección frostiana, avanzaré por el camino que en este momento me seduce más y que, de algún modo, se curva para llegar al principio: los triunfos. Y a esto se reduce la diferencia.

Para el motivo coyuntural de la consulta el oráculo responde con el número XVI, que bien mirado es un camino hacia arriba y hacia abajo: una ruta por donde los hombres ascienden y los dioses descienden. En el triunfo de La Torre es evidente, por principio, la derrota de lo humano en su intento de ascensión: la demolición de la Torre de Babel que podría, sin mayor reflexión, parecer un castigo se convierte en el triunfo del lenguaje y que, como fruto de rejunta en las caminatas, se podría presentar en un sistema gradual. Y es que, al caminar en circuito y después de cada vuelta, parecería que la perspectiva se revela como si me pudiera recorrer una grada hacia atrás pare mejor mirar: una claridad concéntrica.

**El pensamiento del caminante orbita en torno a un centro emocional
que gana perspectiva en cada ciclo.**

El advenimiento mental del antes depredador, actual cazador, ocurre en el tiempo del caminante y podría ordenarse de forma *monstruosa* y, siendo fieles a esa esencia, *mostrarse* de forma ordenada en algo que se presente como el escudo de la mente y *como el ojo, radiante* ✕

AHORA

ahora qué

ahora qué sigue

es muy pronto al principio

atravesarlo acomodar las cosas

uno ni está no sabe qué decir

lo que nos queda

como una silla a la que no le falta una pata sino quién va a sentarse

no se está preparado aunque lo veas venir

y todo el tema de esperar no te hagas el fuerte el que no oye

tú sabes cuánto me tardé fueron años

y especialmente el padre con el que uno tiene

me reconozco lo que es duro y nadie

te enseña te acompaña te empuja a tu niñez

de vuelta lo sé créeme no es cualquier asunto

y todo mundo tiene una respuesta todo mundo pregunta

cómo vas en qué puedo ya pensaste

lo que pasa te está pasando a ti

(Ciudad de México, 1979). Su título más reciente son dos libros de poemas reunidos este año, y en un solo volumen, por el sello español Pre-Textos: *Ejercicios de respiración y El Estado empresario mexicano* (de este último se desprenden estos poemas).

lo que pasa no incluye al que se fue
no te adelantes ni echas para atrás
recuerde el alma avive el seso etcétera
hacer las paces la tuya la de él
y si te llama sólo si te llama
y así fue plazoleta pedro m. obligado buenos aires
en el mismo lugar donde llegamos por primera vez con una diferencia de
treinta y siete años
aquí empezó a dos meses de que hubiera
el pavor del recién
la libertad del que ya nunca
el amor de una parte
la vergüenza del hijo maricón por eso lo viril supuestamente hiciste lo que
había
el hijo es enfermero no tiene sexo como las muñecas
los papeles se invierten pero nada de nada es ejemplar
un hijo no se acuesta sino al lado
la pareja es el novio el femenino hace que dude tal vez no
un hijo tiene la vida tan privada y un padre es obra pública
se le ve desde lejos como un padre un abuelo un proveedor

aunque esté jubilado aunque el pañal la sonda y las pastillas como piedras
un hijo sube y baja tiene la fuerza del que se equivoca
un padre baja más sube menos corrige las verdades
el hijo desde lejos es un bastón de cerca es una astilla
no tiene las respuestas pero sí una edad productiva puede con eso y más no
tiene hijos él es solo no hereda sobrevive a los suyos
mal que bien como tú hizo lo que tenía
y ahora a lo que sigue

FUI josé antonio bravo gonzález abogado primer lugar en el concurso nacional de oratoria diputado suplente esposo de la momis y padre de toñito y de nanchito su josefo su pa su don bebé treinta años en farmacias el fénix como asesor jurídico toqué mal la guitarra tenía buena voz me sabía el monólogo de segismundo pasajes del derecho romano en buen latín fumé sesenta años me entretenía viendo series de policías y recibí la extremaunción en mi cama de urgencias y aunque resucité por unos meses el aire se hizo tímido y el tiempo visionudo lo último que recuerdo es mi mano en el hombro de la momis creí en el cielo doce de mayo día de la enfermera horas antes del sol voy para allá

CELAYENSES que con místico acento lo reciben al lado de los suyos al lado
de la vida

sus cenizas eso que se parece a lo que está debajo de la cama y el
refrigerador

el hijo pródigo apocado vuelve a los árboles rectangulares al viva cristo rey
a los desmesurados medidores de luz

háganle un hueco celayenses

pueden tirar cabezas otro día hornear pasteles de cajeta otro día jugar golf
en el campestre háganle

honoros como puedan háganle un favor un espacio que viene de pedir
deshecho

quiero ir a celaya quiero pasar con pedro ana maría y gregorio quiero
quedarme

entre las bolsas negras entre los frascos duros entre palos pelotas y zanates
entre José Antonio

no viene a decir nada no les viene a hacer sombra no se cayó para que lo
levanten

no se pongan de pie tengan un gesto denle aire

viene con un respirador pero se le acabó la batería

viene sucio obstinado no hay quien lo cambie quién

podría hijos de mil alcen la mano buenos samaritanos del bajío alcen

la voz no vaya a ser que no los oiga

el oído finísimo hecho polvo

de mi padre que aguarda el paso por el puente de tresguerras a que baje el
calor

que espera no volver al menos a la forma que tenía

la forma no depende de ustedes sus paisanos el fondo es otro asunto

tan abajo que sólo él lo sabe

ES esto lo que sigue

es esto

es

que cuando regresemos habrá mesas y sillas transparentes un jardín
repentino meseros que comienzan a cantar

estarán los cristeros de manta con tu padre tu madre y tus hermanos

y tú saco y corbata vela de comunión peinado con jugo de limones zapatos
como espejos

y todos brindarán sin sombras en el césped hasta entrada la noche que ya se
te olvidó

Ellos

Silvia Eugenia Castellero

Llegó una Navidad, así de pronto apareció sentado a la mesa. Lo nombraron Pepe. Le agradó. Se quedó con nosotros. Más bien con ellos. Era feo pero tenía el don de hablar lenguas, hablaba con todos y en cualquier dialecto. Además tenía el talento de un ventrílocuo. Pasaba de una casa a otra y de un temperamento a otro, vencía fronteras. La gente le fue tomando confianza. Sabía cruzar puertas y ventanas y escuchar lo privado de las vidas. Le gustaba observar para luego imitar a cualquiera, no le importaba perder el garbo. Poco a poco fue haciéndose amigo de Caro, una mujer de cabello rubio. Luego de sus hermanas, Ceci y Alicia. Usaban pelucas de colores y se las intercambiaban, a Ceci le gustaba la roja y Alicia tenía preferencia por la morada. Las tres hermanas eran las más importantes del barrio, tal vez porque eran excéntricas. Caro estaba proporcionada y por lo general se ponía la peluca rubia, Ceci y Alicia tenían un cuerpo pequeño y una cabeza grande, no obstante, eran muy atractivas. Pepe se fue haciendo cada vez más cercano a ellas, hasta casarse con Caro. Formaron una pareja alegre y se volvieron la columna vertebral del pueblo.

Su vecino Rafael, un soldado inglés veterano de la Segunda Guerra Mundial, había quedado tan deprimido y delgado que su cuerpo parecía un lápiz. Era culto pero tímido, por eso quiso venirse a un país con buen clima y una cultura alegre y creativa. Nunca creyó sentirse tan contento en esas calles estrechas, entre gente sencilla que vivía de su propio trabajo. Cada uno hacía algo para la comunidad, por eso el barrio existía como en el limbo, en un equilibrio feliz.

Me sorprendía que los lazos entre ellos no fueran de sangre, habían ido llegando desde el abandono, la expulsión, la aventura o la orfandad. Se protegían, se divertían y habían desarrollado una manera de sobrevivencia encerrada en ellos mismos.

Siempre me llamó la atención la disparidad entre ellos. De orígenes muy diversos, unos eran altos, otros diminutos. Como una chica a la que llamaban Juguetona, su misión era divertir a la comunidad, y lo hacía con artefactos desconocidos que los maravillaban. De muy baja estatura, cuando jugaba crecía. Además adornaba su ropa con diamantes azules, otra fascinación para sus seguidores.

Gina sabía escribir, tenía el pelo blanco y un escritorio eléctrico parecido a una computadora, por ella pasaban las reflexiones de la gente, transformaba sus emociones en escritura. Hablaba poco, vivía volcada en su quehacer, rodeada de personas ante el milagro de las palabras palpables. Lisi era su mejor amiga, la más bella del lugar, de pelo lacio peinado a la perfección, su misión era peinarse y peinar a los demás. En general estaba de perfil y no se distraía en nimiedades, únicamente los asuntos del cabello podían hacerla voltear de frente y arrancarle una exclamación. El resto del tiempo estaba concentrada, encontrando verdades del alma en el cabello de los demás, un cierto arte adivinatorio. Se enamoró de un chico más joven, de muy buen ver, un guardabosques llamado Aarón. Perdido por la ciudad llegó de pronto a la colonia, se topó con la belleza de Lisi y cayó a sus pies. Parece que viajó desde Canadá, buscando durante años un paradero armonioso, un lugar digno para su alma tranquila.

Yo también llegué por casualidad, andando sin rumbo tropecé con una mujer enana y lastimé sus pies, entonces la cargué hasta su casa. Era la Juguetona, distraída en la puerta del coto, preparaba uno de sus juegos y tampoco me pudo esquivar. Ellos me recibieron acusatoriamente, pero cuando se dieron cuenta de mi intención noble conversaron conmigo y percibieron en mí alguna cualidad que les atrajo, entonces me invitaron a mudarme al barrio. Yo iba y venía todos los días, pues mi escuela quedaba lejos.

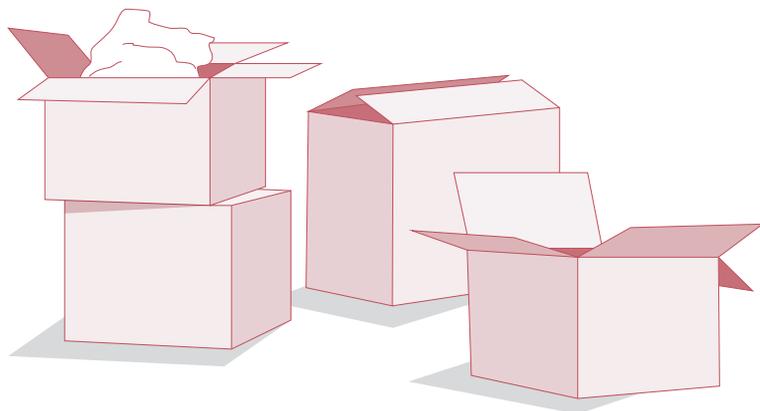
Me sorprendía que los lazos entre ellos no fueran de sangre, habían ido llegando desde el abandono, la expulsión, la aventura o la orfandad. Se protegían, se divertían y habían desarrollado una manera de sobrevivencia encerrada en ellos mismos. Eran autosuficientes. Tenían su propia dinámica cotidiana y cada quien, en sus horarios convenidos, llevaba a cabo sus tareas. Todo lo tenían resuelto.

Me llamaban Linda, nos veíamos en la explanada a la que acudían por las tardes. Durante esas horas era como si viajara dentro de mí misma, caía en la hondura de ideas y realidades jamás escuchadas en mi mundo. Me acondicionaron una cama confortable y un cuarto muy bello con vista a los jardines.

Así transcurrieron años hasta que un día mi familia tuvo que mudarse a otra ciudad. Habíamos desarrollado lazos tan fuertes que les pedí que me siguieran. Aceptaron. El día de la mudanza ellos iban en un vehículo grande para que cupieran todos. Yo iba en otro con mis papás y hermanos. Antes de subirnos al camión de mudanza que nos transportaría, se rompió el vehículo en el que ellos viajaban.

La caja de cartón se deshizo a media calle y todos los muñecos cayeron al suelo, en medio del asfalto, despedazados. Vi fragmentos de la cara de plástico de Pepe, manchado el pelo sintético y rubio de Caro, el lápiz de madera en forma de soldado inglés partido por la mitad, la Juguetona sin juguetes, Lisi sin cabello y muchas palabras de Gina la escritora volando como si fueran polvo. Mis sueños terminaron.

—Apúrate, Silenia. Nos dejan. —Los abandoné allí con todo y mi infancia ✖



Fragmento del diario de a bordo del Carabelo, empleado en el Orangután

Rubén Gil Quiñónez

IN NOMINE DOMINI NOSTRI IHESU CHRISTI

Martes, 11 de septiembre

Aquel día navegaron en el cibercafé, que era el Orangután, y anduvieron veinte horas y más, y vieron un gran trozo de culo de ciento veinte pixeles, y no lo pudieron descargar. En la noche anduvieron cerca de veinte horas, y el dueño del Orangután contó no más de diez y seis por la causa dicha.

Viernes, 14 de septiembre

Navegaron aquel día en el Orangután con su noche, y anduvieron veinte horas; el dueño contó alguna hora menos. Aquí dijeron los del cibercafé La Niña que habían visto un *hacker* y un *phreaker*; y éstos nunca se apartan de entre sí, cuando más veinticinco cuadras.

Jueves, 27 de septiembre

Navegaron en el Orangután. Anduvieron entre día y noche veinticuatro horas; el dueño contó a la gente: había veinte usuarios. Los atacaron muchos virus; eliminaron uno. Vieron un rabo de famosa.

(Guadalajara, 1972). Su último libro publicado es *Alma Verde* (La Zonámbula, 2012).

Viernes, 28 de septiembre

Navegaron en el Orángután. Anduvieron día y noche con calma catorce horas; el dueño contó trece horas. Fumaron poca hierba. Robaron dos pesos, y en los otros cibercafés un poco más.

Jueves, 4 de octubre

Navegaron en el Orángután. Anduvieron entre día y noche en sesenta y tres sitios web; el dueño contó a la gente: cuarenta y seis interesados. Vinieron al local más de cuarenta *warez* juntas y dos gurús, y a uno le dio un puñetazo uno de los *hackers*. Vino al Orángután un *lamer* y una *black hat* como gaviota.

Viernes, 5 de octubre

Navegaron en el Orángután. Andarían en once sitios web por hora. Por noche y día andarían en cincuenta y siete, porque apretó la noche algo de tráfico; el dueño contó a su gente: cuarenta y cinco. El negocio estaba en bonanza y pleno. «A Dios —dice el propietario— muchas gracias sean dadas». Las coca-colas muy dulces y templadas: hierba ninguna; *hackers* y *phreakers* muchos; *crackers* volaron al cibercafé.

Lunes, 28 de enero

Esta noche toda navegaron en el Orángután. Y andarían en treinta y seis *reality sites*, que son nueve horas. Después del sol salido, anduvieron hasta el sol puesto en el cibercafé La Selva en veinte *reality sites*, que son cinco horas. Las coca-colas las hallaron templadas y dulces. Vieron rabos de rubias y videos, y muchos DVD.

Martes, 29 de enero

Navegaron en el Orángután, y andarían en la noche los *hackers* en treinta y nueve sitios web, que son nueve horas y media. En todo el día andarían ocho horas. Las coca-colas muy templadas, como en abril en el estadio. El cibercafé muy tranquilo. El *script-kiddie* al que llaman El Dorado vino a joder.

Miércoles, 30 de enero

En toda esta noche andarían siete horas en el Orángután. De día entraron al chat trece horas y media. Vieron rabos de negras y muchos *trailers* y muchas tetas.

Jueves, 31 de enero

Navegaron esta noche en La Selva en treinta sitios web, y después en el cibercafé La Cabaña en treinta y cinco sitios, que son diez y seis horas. Salido el sol hasta la noche anduvieron en el Orangután trece horas y media. Vieron rabos de latinas y tetas.

Miércoles, 20 de febrero

Mandó el dueño aderezar las computadoras y henchar los refrigeradores de coca-colas porque estaban aquéllas en muy pobre estado y temió que se le bajasen las ventas; y así fue...

Jueves, 28 de febrero

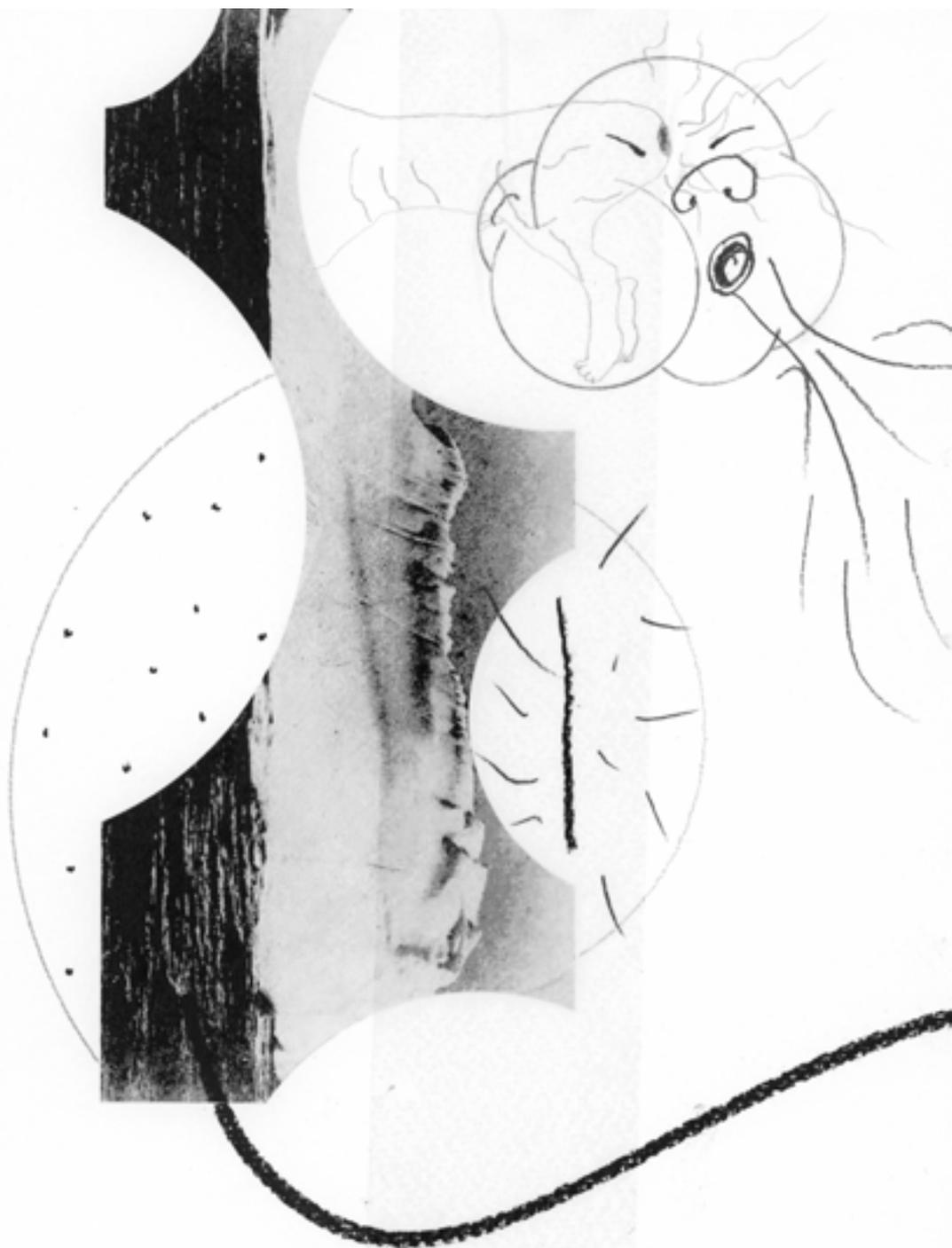
Anduvieron en la misma manera esta noche con diversos motores de búsqueda en un sitio web y en otro sitio web, y en La Cabaña y en el Orangután, y de esta manera todo este día.

Miércoles, 13 de marzo

Hoy, a las ocho horas, con la mucha clientela y los motores de búsqueda Orno, dejé el local y di la vuelta para el bar Sevilla.

DEO GRATIAS

(Préstamo y burlesque no. 1) ■



INTERBEING

Viene una ola

Daniel Villegas

—¿Viste a dónde fue Gerardo Saúl? —pregunta Maya, buscándole entre las personas.

—Nena, tengo que escuchar mi nombre.

El padre de Maya está sentado a su lado, en silloncitos de cuero naranja y blanco. Por las bocinas, los empleados de la Secretaría anuncian los turnos. Algunos atienden sus celulares. Otros permanecen levantados mirando de vez en vez hacia una persona o hacia la nada, hasta escuchar su nombre, para levantarse y hacer lo que se les indica.

—Ahí es donde sacan las fotos, ¿verdad? —le pregunta una mujer.

—Sí, sí.

La mujer camina de prisa hacia allá. Por las bocinas se escucha: «Mariel Martínez Moreno, ventanilla 1».

—¿No quieres ir a jugar un rato? —sin mirarla.

—Bueno...

Maya se levanta, deslizándose; camina hacia los juegos. Una niña se mece con ahínco en una abeja sostenida por un resorte. Otro corre por el área perseguido de uno más. Otra baja por la resbaladilla lento. Otros se vuelcan al suelo riéndose. Maya sube por los escalones. Detrás, un niño también sube.

—Apúrate, niña —le dice.

—Me llamo Maya. No me voy a apurar.

El niño la empuja; se desliza por la resbaladilla; camina, con la misma inercia, hacia un caballo de plástico. Maya baja de un salto los escalones. El niño sube al caballo; se mece mirando de frente. Maya lo empuja desde el costado, tirándolo; el niño grita, cabeza en el suelo, mientras se levanta su padre. Sin ser vista, Maya se desliza a la otra área de juegos.

(Puebla, 1996). Estudio filosofía y cine. En 2020 publicó el ensayo *El ángel necesario de Wallace Stevens* en la *Revista Levadura*.

Mira el uniforme azul del policía caminando hacia la salida. Le alcanza antes de que salga.

—¿A dónde vas, Gerardo Saúl?

Gerardo voltea sorprendido.

—Al baño —ya sin verla.

—Voy contigo.

—No, debes quedarte ahí dentro.

Caminan entre hileras de gente esperando detrás de las vallas.

—Ahí es aburrido.

—No puedes venir conmigo —negando con la cabeza.

—¿Cuántas veces has disparado? —mirando su pistola.

—Varias.

—¿A cuántos ladrones?

—A ninguno —la mira.

Han superado el gentío de la Secretaría. Continúan por la plaza.

—¿Los alcanzaste corriendo?

—No. No he perseguido a nadie corriendo.

—Qué lástima. Lástima es cuando lamentas que no haya sucedido algo —dice, segura de sí misma.

—Tienes que regresar.

Maya le toma la mano, ágil y amable. Gerardo la sostiene.

—Quiero que me vayas a dejar al carrusel —pide.

Una mujer que sale de una zapatería les mira. Deja de hacerlo cuando la llama su acompañante desde el interior.

—Págame una vuelta.

—¿Cuánto cuesta?

—No sé.

Gerardo le da un billete.

—Ten —reteniendo su mirada.

Maya lo guarda.

—Se me antojó un helado de yogur, Gerardo Saúl.

—Con eso te alcanza.

—¿Tu radio suena?

—La apagué.

—¿Me la prestas?

Gerardo se la pasa.

—Aquí Maya, caminando hacia los helados de yogur, junto con Gerardo Saúl.

Se la devuelve.

—Aquí Gerardo Saúl, caminando hacia los helados de yogur, junto con Maya.

Bajan por las escaleras eléctricas. Maya se ríe. Gerardo le pasa la radio.

—Aquí Maya. Gerardo Saúl es muy divertido. Divertido es cuando te ríes y no te aburres. —Sus reflejos descienden en los vidrios de los locales.

Maya voltea a ver a la persona que viene detrás. Se ríen el uno con el otro.

Maya le devuelve la radio a Gerardo.

—Ahí están los helados. —Señala con el dedo.

Caminan hacia allá. Maya le suelta la mano antes de llegar.

—Dame un helado en vaso de plástico, por favor. Quiero dos sabores.

El empleado inquiere a Gerardo buscando aprobación.

—Quiero que tenga piña y coco —con la vista en el interior del estante. Voltea hacia Gerardo—. ¿Quieres agregarle algo más?

—No, princesa.

El empleado sirve el helado. Se lo da a Maya. Luego mira a Gerardo.

—Son sesenta y cinco pesos.

Maya le aproxima el billete. El empleado abre la caja y le devuelve el cambio. Maya lo guarda.

—Ahora vamos al carrusel.

Caminan hacia el carrusel. Maya come helado.

—¿Quieres? —ofreciéndole el vaso.

—No, princesa.

Hay una fila donde otros niños y adultos esperan su turno. Se forman.

—Me he subido unas veinte veces y nunca se vuelve aburrido —con helado en la boca—. Aburrido es cuando no puedes decidir qué hacer.

Gerardo se agacha de frente a Maya; le limpia el yogur de la boca con el índice.

—¡No hagas eso!

Maya da unos pasos hacia atrás, obviamente disgustada.

Gerardo se chupa el costado del dedo con los restos de yogur. Las personas de la fila voltean a mirarlos.

—Adiós, Gerardo Saúl. Gracias por el helado —dejándolo en el suelo, con la cuchara dentro.

Maya corre hacia las escaleras eléctricas.

Gerardo se dirige hacia el baño. Durante el camino, abre y cierra el botón de la funda de la pistola ■

Poemas

Manuel Luna

TIJUANA ABRIL 8 EN DÍA NUBLADO

De la vida, advertieron con libros medio abiertos o sin ellos
 descarté refranes
 descarté moralejas
 descarté hostias
 y fui a la urdimbre de los días, a los torbellinos de la calle y caminos
 y aquí estoy:
 Caminé bajo arcoíris repentinos, bellísimos como azulejos del cielo,
 vi brotar el agua de manantiales de la tierra y bebí,
 me vi en pasillos diáfanos con macetas a los lados,
 me vi en callejones sospechosos de lo humano y salí con vida,
 en las esquinas encontré a los moralistas espirituales,
 a los insurrectos y salí librado de la guerra y me duelen los muertos.
 Después encontré a los intelectuales hablando frente al gran público:
 hablaban para acentuar su elocuencia acerca de:
 las elucubraciones de Borges y Neruda
 y de las rutas de Don Quijote y bostecé cansado
 y me despertó la imagen de Guevara en La Higuera,
 Guevara con los ojos abiertos de la muerte
 como que no creía su muerte,
 mirando siempre profundo al horizonte y a la vida
 al escribir esto estaba en la calle y por destino mío:
 caminaban frente a mí como cien niños en fila india,
 caminaban hacia el teatro,

(San Salvador, 1955). Estos poemas forman parte del libro *Voladero* (*Asterisco Editora de Poesía, 2018).

el día había sido lluvioso, nublado, casi repetido
y ellos como otro arcoíris repentino aparecían ahí
estaban en el teatro: sonreirían emocionados, los harían callar...
la función habría comenzado.

Quise confundirme entre ellos, ser uno de ellos, estar ahí entre ellos.
De la vida me advirtieron y apenas advertí
Me solté de la fila de los niños, me extravié y me extravié,
y continuó aquí, aquí, en la otra fila.

ESTAMPA DE CIUDAD

Es Negrete y Segunda
circulan carros por todos lados,
en una de las esquinas, junto a la pared, sobre la banquetá
a pocos metros del puesto que vende tacos de pescado
una cruz de madera, plantada ahí
dice en uno de sus maderámenes:
«Julio Alberto, 14 de junio 1979-sep. 14 /2016»
en derredor cuatro veladoras:
una de la guadalupana, de San Jorge
otra de un Corazón de Jesús y de San Judas Tadeo,
un bote vacío, de aluminio, de Tecate light
y esas cuatro veladoras que aún no apagan su flama.

El cuerpo helado de Eusebio

Jorge Contreras

I.

Siempre tuyo, Aurelio.

Las que dejamos este testimonio somos las últimas de la especie y las primeras en ver el inicio del fin. A diferencia de los dinosaurios, que vieron el meteorito y buscaron un lugar para refugiarse, nosotras no hicimos eso. Por el contrario, lo vimos emerger de los ojos del hombre triste e, ingenuas, hicimos un cráter antes de que el meteorito cayera en el espacio que habíamos tomado como hogar.

No creemos que ese hombre haya tenido la intención de acabar con nuestra especie. Nosotras tampoco queríamos acabar con la suya y casi lo logramos. Las ancestras decían que la curiosidad con la que nacieron las últimas generaciones era el resultado de todo lo que les había tocado vivir. Imagínate: relegadas desde el periodo cámbrico a los rincones, las esquinas y las tuberías, a la vida en la oscuridad. Un día, de repente, tus patas son más largas. Sacas un tarso de la tubería, tocas el sol y él te regresa la caricia. Afuera escuchas un grito que te eriza los vellos del esternón y ves dos figuras humanas que corren asustadas. Pero te das cuenta de que el grito no fue debido a un miedo irracional, sino miedo genuino de encontrar a una araña de su tamaño.

Dicen que fue porque uno de los ganaderos de la zona dejó caer clembuterol en las tuberías. Una de nosotras lo bebió y empezó a crecer. Después todas en la colonia bebieron del agua mágica y crecieron a tamaños nunca vistos. La fama del agua fue tal que llegaron arañas de varias partes del mundo. La mamá de Virginia, la de la man-

(Guadalajara, 1993). Es ingeniero. Ha participado en talleres de cuento del CAAV y en Gotham Writers.

cha roja, era australiana. Vinieron del bosque, de la ciudad, de la jungla y de los rincones de la biblioteca municipal. Todas bebieron del agua, eso cuenta la leyenda.

La leyenda también dice que antes de que llegaran a medir dos metros, varios humanos intentaron acercarse a la colonia. Algunos llevaban trajes que los cubrían por completo, pinzas y jeringas. Otros cargaban rifles y armas de mayor calibre. Todos murieron a patas de las primeras que salieron de la tubería. Aún nadie se explica si los mataron en defensa propia o por precaución, lo que se sabe es que cuando perdieron el miedo a los humanos, nuestras ancestras salieron atropelladas fuera de la tubería a conocer el mundo que por tanto tiempo nos fue negado.

El propósito nunca fue destruir a los humanos. Lo más sensato es creer que nos dejamos guiar por la curiosidad. Cuando nosotras salimos, los humanos desaparecieron. Más bien, nos los comimos. Y no fue por sádicas, sino por glotonas. Acabamos con todos excepto con uno, Aurelio, quien causó este holocausto.

Llevábamos muchos años siendo las dueñas del mundo. De vez en cuando encontrábamos algún cuerpo humano podrido entre las telarañas, despidiendo un olor tan apetitoso que hacía que nos juntáramos por varios días alrededor del cuerpo hasta que alguna decidía que la cena estaba lista. Los más sabrosos eran los pequeños humanos sin vello, que lloraban en un tono agudísimo hasta que nos los comíamos. Su carne era jugosa y sus huesos se partían con facilidad, podíamos devorarlos crudos sin tener que esperar a que se pudrieran. En otras ocasiones alguna daba con una espina vertebral, una mandíbula o una caja torácica que más tarde se convertirían en instrumentos musicales para ambientar las fiestas.

Solíamos recorrer la ciudad envueltas en risas y en nuestras ganas de comernos al mundo. Nos trepábamos a los árboles y los cubríamos con telarañas, rompíamos los cristales para escuchar el sonido del vidrio, nos metíamos a las casas deshabitadas para encontrar basura o humanos podridos. Hambrientas y excitadas fue como dimos con Aurelio. Cuando entramos a su casa también le abrimos la puerta a nuestra extinción.

La suya no era como las otras. Por primera vez no sentimos la urgencia de destruir. En cambio, no podíamos movernos: la alfombra estaba tejida con patrones tan peculiares que nos hicieron recordar

a las telarañas que bordaban nuestras madres. Arabella contaba que no pudo evitar las lágrimas al observar las cortinas bordadas, casi tan bellas como las de su tía. Entrar a la casa de Aurelio fue como entrar a un museo. No queríamos hacer ruido ni tocar nada, caminamos sobre las uñas para no ensuciar los manteles y los cubrecamas.

Al ingresar, entramos todas en un trance colectivo de paz, casi como volver a la infancia primigenia en que andar prendadas de la panza velluda de nuestras madres era suficiente para sentirnos protegidas. Cada cuarto que pasábamos era más lindo que el anterior, cada prenda más complicada: crochet, ganchillo, telar, punto de cruz. Arabella identificó todas las técnicas. En la cocina encontramos fruta fresca y comida recién preparada, aunque eso no fue lo que llamó nuestra atención. En la planta alta y emitiendo un sonido tan primitivo como la vida en las tuberías, encontramos a un hombre tejiendo en su mecedora. Sus manos se movían mecánicamente entre dos agujas, de las que colgaba una hermosa cortina verde, cada hilo despedía un tono distinto. Era como estar en la jungla revestida de plantas exóticas. El sonido de las agujas hizo que nos acercáramos con cautela hasta que sus ojos hicieron contacto con los nuestros: estaban apagados, sin vida, profundos como un cráter. Su mirada se desvió despacio a la ventana, como esperando a alguien que tardaba en volver. No gritó ni corrió asustado cuando regresó la mirada hacia nosotras. Cornelia, la más grande del grupo, no pudo resistirse a tocar la obra de arte que Aurelio estaba tejiendo. Antes de morir, ella nos confesó que aquél fue el momento más trascendente de su vida.

Aurelio fijó su vista en la araña gigante frente a él y sus patas que tocaban la cortina. Todas estábamos en silencio esperando el detonante de la locura. Temblando de miedo, Cornelia escupió telaraña desde su esternón a los pies de Aurelio, y empezó a tejer como le enseñó su mamá. Nuestros ochenta ojos se movían de las patas tejedoras de Cornelia a los ojos vacíos de Aurelio. Estábamos listas para atacar. Con un movimiento suave, Aurelio tomó sus patas. *¡Se las va a arrancar!*, dijo alguien desde el fondo de la habitación. En cambio, Aurelio movió las patas del mismo modo que movía sus agujas hasta que vimos aparecer frente a Cornelia una bellísima bufanda.

Todas emitimos un sonido lo más parecido al terror y a la admiración. Las del fondo comenzaron a escalar sobre las espaldas de las otras para ver al hombre que sabía tejer mejor que un puñado de arañas.

II.

Muchas veces deseé que me vieras con la misma curiosidad con la que tú las veías a ellas. La razón y la lógica tienen una explicación ante el tedio y lo cotidiano de las relaciones. El «spleen», diría Baudelaire en esos libros que te causaban el mismo disgusto que a mí me provocaba tu afición por las arañas. No debí casarme con un aracnólogo.

La escena posterior al Aurelio que tejía con las patas de Cornelia aún vuelve a nosotras como las olas del pesado mar que ahora lo cubre todo, y que siguen destruyendo el mundo que nos quedó. En esas memorias encontramos solaz, y nos recuerdan la belleza destructiva de aquel hombre. Quizás así nos veía él. ¿Así nos habrá visto cuando, después de Cornelia, todas hicimos una fila para que tejiera con nuestras patas?

A la mañana siguiente nos presentamos en su casa desde temprano. Volvimos con las patas limpias y las panzas peinadas. Queríamos lograr una segunda impresión con el hombre que tejía mejor que nosotras. Alguien tocó el timbre y cinco minutos más tarde salió Aurelio, los mismos ojos decaídos. Arabella se acercó a la puerta, expulsó telaraña sobre la alfombra de la entrada e intentó sin éxito replicar las puntadas. Aurelio tomó sus patas como un par de agujas y empezó a moverlas hasta que juntos tejieron una alfombra idéntica a la suya. Hizo un par de puntadas más, levantó la vista y conectó con ochenta ojos emocionadísimos, pidiéndole permiso para entrar a su casa. Él simplemente abrió la puerta.

Seguimos su silueta jorobada desde el recibidor hasta la sala y de ahí a su estudio en la planta alta. Íbamos todas en silencio, como han dicho que se entra a un templo sagrado. No queríamos tocar nada. Una vez instaladas dentro de su estudio, nos preguntó: *¿Pueden cerrar la puerta?* Y alguien la cerró inmediatamente.

De uno de los cajones del escritorio sacó una bolsita de estambre, en esta ocasión amarilla con naranja. Con su dedo índice nos indicó que hiciéramos una media luna alrededor de él, como si nos fuera a contar una historia. Después sacó dos ganchos y, de la misma forma que habíamos visto a los humanos en el teatro de la ciudad, nos empezó a dirigir como a una orquesta. Con nuestras patas creamos elegantes piezas de vestir que más tarde se volvieron tendencia en la colonia: gorros, faldas, calcetas y mallas de red. Aurelio (en las olas aprendimos que así se llamaba) tejió un suéter con los colores del cielo al atardecer. Virginia, la única en nuestra pandilla que tenía una man-

cha roja en la panza y cuyo marido tenía poco tiempo de fallecido, se paró frente a él, apuntando con sus tibias el suéter de Aurelio y luego al suéter blanco que ella había tejido. Aurelio entendió sus deseos y se dirigió al grupo: *¿Pueden traer una granada del patio?* Y alguien se la llevó al instante. Aurelio golpeó varias veces la granada y dejó caer el jugo sobre el suéter de Virginia.

Ella chasqueó los tarsos y se inclinó al frente, ahora con las tibias levantadas, esperando a que Aurelio le pusiera la prenda teñida. Esa misma noche, presumiendo el suéter que había teñido en clase, Virginia levantó el duelo que se había impuesto tras enviudar de su segundo esposo, y se apareó otra vez.

Una semana después no éramos diez sino doscientas cuarenta y tres arañas frente a su puerta; algunas llevábamos naranjas, sandías o aguacates para teñir. Cornelia incluso llevaba sangre de humano pequeño en un frasquito. Después de tocar el timbre, Aurelio abrió la puerta: sus ojos cambiaron por un instante de vacío a sorpresa. Antes de dejarnos entrar, sacó un letrero con la foto de una persona: *¿Han visto a este hombre?*, nos preguntó mientras lo sostenía y apuntaba a la foto; nadie respondió. Entonces sacó un segundo letrero y le pidió a Cornelia que le ayudara a colgarlo en el balcón. «Las clases empiezan a las ocho en punto, diez arañas por clase». Así fue como se fundó la Academia de Tejido, Tricotar y Bordado para Arácnidas.

Largas multitudes se formaban frente a su puerta desde temprano, esperando que Aurelio las escogiera como alumnas. Las riñas en la fila se volvieron tan frecuentes que fue necesaria la intervención de la policía para preservar el orden. Este evento llamó la atención de la ministra de Seguridad y eventualmente de la monarquía. Así fue como Aurelio se hizo popular entre la colonia y los miembros de la corte de la reina Kukulkanía.

La reina Kukulkanía le pidió a Aurelio que remodelara todos los textiles del palacio real y que adornara las esquinas de cada cuarto para darles un aspecto más acogedor. Incluso le pidió como favor personal un atuendo para celebrar el aniversario de su coronación. Quería un vestido ampón con muchas capas de tela y pedrería fina. Con ayuda de nosotras, su grupo más avanzado, Aurelio creó un atuendo tan hermoso que aún después de tantos años y de las catástrofes que nos tienen de vuelta en la dictadura de la oscuridad, se sigue hablando del vestido como si lo estuviéramos viendo por primera vez.

...si tan sólo pudiera preguntarles, si tan sólo ellas me dijeran. Si entendieran lo mucho que te amo, ¿me ayudarían? Lo intenté, incluso les enseñé tu foto. Voy a ver pronto a la reina, espero que ella me ayude. Cuando siento que no puedo más, agarro una mandarina del árbol que tú plantaste y beso la fruta pensando que son tus labios...

Aun con todos los cambios que sufrió la colonia, hubo algo que permaneció constante: el inexplicable duelo que cargaba Aurelio en sus ojos. No importaba cuánto nos esforzáramos por hacer piezas más bonitas o tricotar más rápido, ni si le llevábamos un presente. Anacleta, la mexicana, había aprendido a hacer tostadas de adobo con grillos y se las llevaba para cenar. Pero él siempre tenía la tristeza impresa en la cara, los ojos fijos en el vacío mientras sus manos tejían mecánicamente. Cuando se terminaban las clases y volvíamos a la colonia, él se quedaba en la puerta, ambos brazos colgando, pesados como los pétalos marchitos de la flor que un día se pavoneó erguida. En una de las sesiones, mientras nos explicaba cómo hacer la costura en un bastidor, lo escuchamos decir palabras incomprensibles pero que sonaban a un terrible dolor, y en lugar de un lazo nupcial bordó una soga para colgarse. Todas emitimos un grito. Cuando Aurelio se dio cuenta de lo que había bordado, detuvo la clase y nos sacó al patio. Nos pidió que escogiéramos nuestra fruta favorita para pintar los calcetines que haríamos la siguiente semana. Mientras cortábamos mangos y toronjas, lo vimos tomar del árbol del centro una mandarina. Retiró la cáscara con mucho cuidado y besó la fruta.

Hay quienes dicen que así comenzó nuestra extinción: con su tristeza. De repente, su casa ya no estaba limpia, aunque nosotras barríamos y trapeábamos antes de irnos. Cuando volvíamos, la casa estaba sucia otra vez y la cena sin tocar. Estábamos tan acostumbradas a la casa impecable de Aurelio que el olor de la comida pudriéndose nos revolvió la panza. *¿Está enfermo? ¿Qué le está pasando?* Nadie podía encontrar respuesta. En una de sus últimas clases, en lugar de coser botones, tejimos velos negros de red que sólo le gustaron a Virginia, quien se reincorporó a las clases después de velar a su tercer marido.

Poco a poco la tristeza tomó el control de nuestro Aurelio. Caminaba por su casa arrastrando los pies, los ojos fijos en el suelo. Ya no los levantaba para ver las piezas que creábamos con tanto esmero. De lo que alguna vez fue una orquesta gigante, sólo quedamos las vio-

linistas, un pequeñísimo arreglo de cuerdas que le permaneció fiel. Estábamos asustadas por lo que le pudiera pasar.

La última clase se acabó a medianoche. Aurelio tejía con estambre azul. Sus ojos no estaban fijos en el suelo, sino en la ventana, completamente abiertos. Él murmuraba, no entendíamos lo que decía. Después de limpiar la casa, al despedirnos, no respondió. A la mañana siguiente, Aurelio no salió cuando tocamos el timbre. Temiendo lo peor, Cornelia derribó la puerta y corrimos a su encuentro. En donde habíamos dejado a nuestro Aurelio ahora estaba un hombre al borde de la locura. Lo que una noche antes era simple estambre se había convertido en una pesadísima cobija azul que cubría el estudio. Tratamos de sacarlo de su trance, pero no tuvimos éxito. Él tejía y tejía con los ojos fijos en la ventana y hablándole al viento. Al final del día, la cobija cubría los dos pisos. Una semana después era imposible acercarse a la esquina de su cuadra. La cobija azul lo cubría todo, estaba húmeda y se volvía más pesada.

IV.

Eusebio, mi amor. *He olvidado cómo escribir. Me quedo viendo la ventana día y noche, esperando que vuelva tu cuerpo delgadísimo a nuestra casa. Me tengo que repetir todos los días: las arañas te mataron, yo vi cómo te arrancaban la cabeza...*

Estábamos ansiosas. Queríamos salvarlo antes de que hiciera algo estúpido. Si tan sólo nos pudiera decir lo que sentía, estábamos dispuestas a extenderle una pata. La cobija se empezó a retirar despacio, de regreso a la casa de Aurelio. Creímos que había salido de su trance y que la estaba doblando.

Patricia «la piernuda» fue la única que supo lo que era aquello: un maremoto. Lo había leído en los libros de la biblioteca, en donde vivía antes. Dijo también que la cobija húmeda se iba a retirar lentamente a su origen, que volvería después como una ola altísima y que destruiría todo a su paso. Que un tronido muy fuerte sería la señal del inicio. Unas pocas afortunadas le hicieron caso y subieron a las montañas y a los edificios más altos. El resto nos quedamos a ver cómo aquella cobija se retraía, aún con la esperanza de ver a Aurelio y entregarle un pañuelo bordado para que secara el agua que salía de sus ojos.

Tal y como lo dijo Patricia, lo primero fue un tronido que nos dejó con la sensación de ser rociadas con una sustancia ácida que te hacía revolver el cuerpo por el piso y desear que te arrancaran las patas. Después, la cobija se irguió en dirección a nosotras y ganó tamaño hasta alcanzar la altura del palacio de la reina Kukulkania. La primera ola fue la más mortal. Las que no murieron del impacto, perdieron extremidades o desaparecieron entre las múltiples corrientes. Otras se guarecieron en sus casas con la esperanza de que las estructuras aguantarían la fuerza de la cobija. Tras el constante movimiento de las olas que parecían no encontrar bahía para descansar, las casas cedieron y sólo quedaron los escombros flotando a la deriva. El punto que marcó el fin del maremoto hilado fue el descubrimiento de los metatarsos inertes y cubiertos de rubíes de nuestra reina. Días después encontramos el esternón y el resto de su cadáver. ¿Por qué? ¿Por qué Aurelio decidió hacernos esto, después de abrirnos las puertas de su casa?

Tras las olas, vino el canibalismo. La última de sus víctimas fue Virginia, quien ya no dudaba en comerse a quien fuera, sin importar el estado civil de su merienda. Presa de la culpa y de un hambre implacable, decidió llenarse los bolsillos de piedras y lanzarse a las olas antes que comerse a sus hijos. Mientras tratábamos de sacar su cuerpo, Anacleta cayó también. Desesperada, movió todas las patas para que la corriente no se la llevara. Sin embargo, la expresión de sus ocho ojos se fue transformando. Vimos cómo seguía la urdimbre de la cobija húmeda con los tarsos de las patas frontales. De pronto dijo: *Esto es una vocal*.

Anacleta, llena de curiosidad, siguió el cabo del estambre. Al tiempo encontró una consonante y luego otra vocal. Cuando las puso juntas, formó una palabra: Eusebio.

Eusebio, mi amor, ya se me olvidó cómo escribir...

Libres del miedo y con ganas de saber aquello que Aurelio no pudo decir más que en su cobija, nos metimos al agua. En cada hilo, trama y cadena, encontramos las explicaciones que necesitábamos leer para entender el nuevo orden del mundo.

¿De dónde me agarro, Eusebio? ¿Qué tiene que pasar para que entienda que no vas a volver, que todas mis esperanzas son inútiles, que la muerte es la amiga más cruel y la única que cumple sus promesas? ¿Cómo les digo que me ayuden, que necesito encontrar tu cuerpo, enterrarte en un panteón y llevarte flores, rezarte un rosario y descansar junto a ti cuando me llegue la hora?

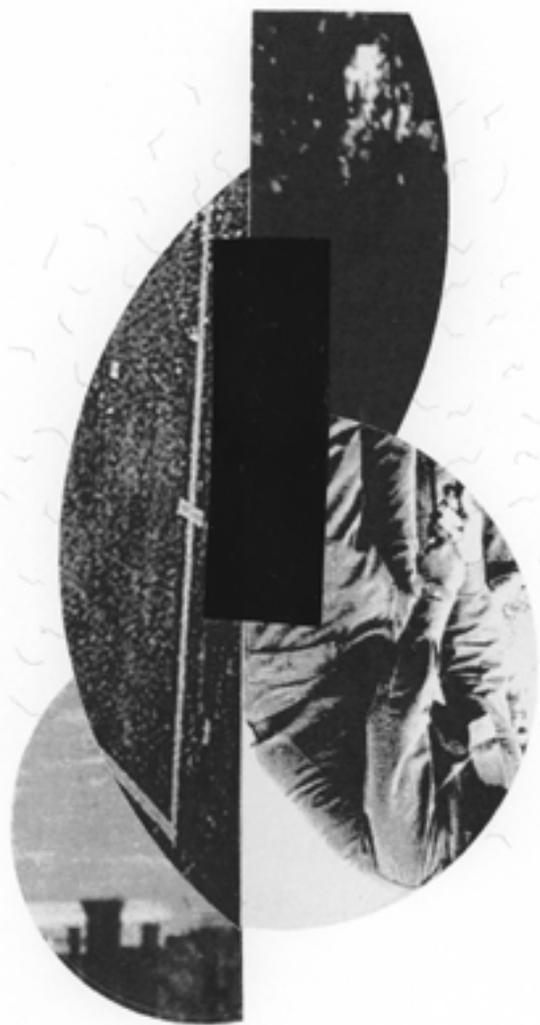
Las noches posteriores al descubrimiento de la carta tejida de Aurelio, conocimos lo que es el llanto, el propio.

No sé cómo llorarte, Eusebio. ¿Cómo me explico tu partida? ¿Cómo me explico tu ausencia? No tengo fuerzas para limpiar ni barrer, esperando que cuando llegues encuentres la casa limpia y la comida caliente, que me cuentes lo que hiciste en el laboratorio. Si pudieras ver cómo se pasean en la casa, cómo ven los cuadros con la foto de nuestra boda. Nada me entusiasma, Eusebio. He perdido la razón y el propósito de mi vida. No dejo de pensar en que tienes frío, que tú siempre tienes frío. Nunca me quejé de que me quitaras la cobija a medianoche porque mi piel siempre estuvo caliente para ti, como una hoguera que se alimentaba a sí misma. Y cuando tú buscabas mis manos buscabas también mi calor, y cuando en medio de la noche buscabas mi cuerpo yo te cubría para que no pasaras frío. ¿En dónde estás ahora, mi Eusebio? ¿Tienes frío? Tejeré una cobija que cubra el mundo, que lo cubra todo. Y en donde quiera que estés, tu cuerpo no estará helado.

Lo hecho, hecho está. No podemos volver en el tiempo y evitar la muerte de Eusebio. Sólo nos quedan las preguntas sin respuesta, las cosas que nos gustaría hacer de otra manera, dada la oportunidad. No queda más, somos culpables y aprenderemos a vivir con nuestra sentencia.

Las que quedamos, las que contamos esta historia, encontramos refugio en los túneles del tren ligero que hace mucho tiempo conectaban la ciudad. De vez en cuando salimos para buscar a alguna de las nuestras. En ocasiones vemos a Aurelio, desde lejos. Lo vemos moverse en una lancha, quitarse la ropa y saltar sobre su cobija húmeda.

En su carta también dijo que esperaba algún día volver a sentir lo que era ser feliz. Nosotras le deseamos lo mismo ✖



INTERZONE II

Antonio

Claudia Berrueto

«**La gratitud es el único secreto** que no puede revelarse por sí mismo», dice Emily Dickinson. Agradezco la invitación de la Fundación para las Letras Mexicanas para que, con motivo de su primer vigésimo aniversario, en esta mesa, y de la mano de mis amigos, a quienes quiero y admiro, nos reunamos hoy para honrar, en voz alta, la figura de Antonio Deltoro, nuestro querido poeta y guía, nuestro lujo, a cuya tutoría llegué a los veintisiete años; a su lado, el jueves fue mi día de oro molido no sólo porque me enseñó a sopesar detenidamente cada idea e imagen que me interesaba abotonar en mi vacilante expresión, o a trabajar en la contención del caos en mi escritura, sino por su gran generosidad que me desarmaba semana tras semana y que fue inédita para mí. Con ese gran gesto, Antonio me enseñó a ser persona, pues una de sus más grandes prioridades siempre fue la de ser un hombre agradecido, y para ello ha escrito, para atender, para agradecer. Mis compañeros y yo fuimos testigos de ello en cada una de las sesiones, de donde salíamos verdaderamente conmovidos por su tenaz curiosidad, por su pensamiento genuino; exultantes debido a la espléndida energía de nuestro tutor, quien en el nombre lleva su estrella, pues nació bajo el signo de tauro un veinte de mayo de 1947, trabajamos acompañados siempre por su gravedad formidable y por su risa franca al compartir con nosotros sus cartas de navegación. Aún conservo mis notas de aquel año en que fui becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas, una extraordinaria experiencia que cambió mi vida y que me dio el sentido de pertenencia que tanto necesitaba. Recuerdo la emoción con que Antonio nos habló de

Cantos de vida y esperanza de Rubén Darío, libro al que definía como «una felicidad puntual, no tardía»; su devoción por Antonio Machado y su advertencia sobre el texto que peligra por sus virtudes y no por sus errores.

Hace algunos años, en una de sus visitas a Saltillo, Antonio me pidió que lo llevara al Museo del Desierto. Él no sabía que en ese lugar había un pequeño zoológico en el que vivía un puñado de borregos cimarrones. Estos animales lo impresionaron profundamente; se emocionaba cuando decía sentirse observado por ellos, y sostenerles la mirada fue su triunfo bajo el escándalo del sol canicular de ese día que atesoro. Comprendí entonces que Antonio posee el espíritu del cimarrón en su mirada poética. El maravilloso borrego cimarrón tiene la destreza de encontrar su punto de apoyo en breves pulgadas de riscos, y se distingue por las adaptaciones que tienen sus pezuñas para adherirse a superficies rocosas y escarpadas, permitiéndole andar por bordes afilados e imposibles. Esa pericia es la misma que la palabra de Antonio ejerce en su quehacer poético y ensayístico; observando desde lo alto, dominando y desentrañando lo que mira, mi querido maestro no ha hecho otra cosa que escalar en su escritura y adaptarla a cualquier circunstancia para ganar libertad y la alegría que ésta conlleva. Lo que hace grande a un peñasco después de posarse sobre él es el salto con que se le pasa lista. Antonio puede adherir su completa atención a un vaso, a un lápiz, a una almohada, a un cerillo, a una gallina, a un zapato abandonado en la tragedia, a presencias breves que va trenzando con sus afectos y preocupaciones; con su terror, su pasión y extrañamiento que se vuelven riscos al saltarlos y llevarlos a la reflexión blanca de la página, a la otra acepción del ser cimarrón que implica el despojarse de su domesticidad al detenerse de nuevo sobre ellos y escribirlos detonando un nuevo código, al revestirlos de una materia desconocida para aquilatarlos en su inmensidad. La piedra que espera su tiempo y resiste al tiempo es el poema.

Así, piedras desbordadas de música, petroglifos que abrazan su memoria de agua fértil, cantos rodados que sueñan con el aire, peñones que se alzan para marchar por el planeta, lajas que estallan contra el cielo, promontorios que saltan fuera de su naturaleza mineral, son los poemas de Antonio, cuya mirada expansiva se posa y adhiere a este mundo de piedras para vivirlas y encontrar su corazón auténtico, su algarabía reposada a través de la poesía.

Algarabía inorgánica (Notas para un poema mineral)

Antonio Deltoro

I

Inmenso pedregal en medio del desierto,
 polvo de rocas, arena, metiéndose en los huesos,
 polvo de arena, luz, en chorros delgados y crueles,
 rayos de sol achatando, calcinando piedras.
 Piedras cercadas por cenizas, torturadas desde lejos
 por el fuego,
 deshaciéndose en muerte; enormes ballenas paralíticas.
 Contagiado por las piedras el aire es de cristal de roca;
 en lo alto, quieta, un ave yace prisionera.
 Intensa luz afónica no lame sonora la piel de las piedras;
 no las toca, las llaga; vengadora, silente las seca.
 Insomnes de humedad, amnésicas de agua,
 las piedras, pobres, se aconchan, se envuelven;
 se ahondan, cavan sus propios sentimientos,
 no se quejan, se tragan sus lamentos
 que descienden hacia adentro en espirales afásicas.

¿En el corazón de las rocas hay una lágrima?
 Ni una gota en la garganta de las rocas.
 Guijas húmedas antes, de piel agradecida
 y de sonrisa fácil.

Ahora, ásperas, encorvadas se protegen
 del sol que las castiga: son todas una llaga.
 Todavía cuando uno las abre son moluscos palpitantes,
 sensuales moluscos sensibles, salados casi.

En las entrañas de las piedras hay aves
 volando por su intensidad azul,
 cantos minerales, arquitecturas congeladas
 de sonidos, océanos, plomo y antimonio.
 Por la corteza del deseo y del sufrimiento,
 de la belleza vivimos: ¡No hablamos
 el lenguaje de las piedras!

Un día las inflaremos con palabras
 y se irán como globos por el cielo;
 o mejor con palabras-escafandra
 exploraremos el interior profundo de las rocas:
 mares de jade, selvas de amatista,
 superficies atigradas, interiores superficies minerales.
 ¡Sueños espeleólogos, mil veces más audaces
 que los acuáticos o los aéreos!

Allá donde las piedras se abren el cuerpo,
 donde las rocas son lágrimas que caen
 llorando de alegría, allá donde los guijarros son panecillos,
 allá donde las piedras son duras,
 impenetrables y se abren transparentes
 al oído;
 donde las rocas son cristales enormes
 que al caer se encajan en el cielo,
 donde los guijarros son guijarros
 que se dejan acariciar por transparentes pieles;
 allá, allá, ¿podré decir al fin tu nombre?

II

En el interior de las piedras hay un tiempo secreto,
 en el cual se deslizan inmóviles sueños,
 un tiempo sin agua, un tiempo suspenso,
 que aguarda la cópula del tiempo futuro:
 el tiempo del aire, la carne, las cosas.
 Semillas de sueños, las rocas preñadas anhelan el agua.
 El ave amarilla despierta, se mueve,
 combate a la roca uniforme y eterna,
 la incendia, la lava, la tiñe de heridas,
 de vetas; la raja, aludes celestes se abalanzan
 a tierra, las alas del pájaro pulverizan las piedras.
 Las piedras se tragan ansiosas el agua,
 por sus venas circulan el tiempo,
 los sueños, colores, sonidos cambiantes
 y pétreos.
 La lluvia en las piedras inventa el sonido,

sus poros hirsutos inventan placeres andróginos,
 la mano del aire el sexo les roza;
 escapan jadeos, minerales suspiros,
 al aire lo tiñen parvadas de rocas,
 las piedras se hablan, se tocan,
 se llenan de verde, de carne;
 se nombran.

Siluriginia dulce, suave suanconzin,
 ansiosa javeita, niampilia táctil.

Tiernas guijas traviesas juegan en el agua,
 algunos corinios nadan en el mar abierto;
 las marinias azules, las crisalinas blancas,
 los suanconzin lluvinius por el aire viajan.

III

Torres carnales atravesadas por los pájaros,
 aire transparente para el ojo, compacto para el tacto.
 Alianza de carnes diferentes en asalto
 de una carne absoluta, de un absoluto orgasmo.

El gran sexo amarillo a todo caliente,
 las rocas fecundas lo reciben abiertas,
 del chorro del sol brotan en las piedras
 criaturas de carne, vivientes y pétreas.

Trigales de carne han descubierto las rocas,
 orgánicas piedras al mundo transforman,
 los vuelve de carne, sensible, alerta,
 los pasos del agua acarician la tierra.

Lamentablemente no pude quedarme un año más en la tutoría, mi hija tenía entonces nueve años y me esperaba con sus abuelos en Saltillo. A punto de terminar el año, Antonio habló conmigo para convencerme de pedir la renovación y quedarme a trabajar otro proyecto, esa consideración ha tenido para mí un gran significado a lo largo de los años, pues él, sin saberlo, me hizo creer en mi trabajo y en mi existencia. La plenitud de sus ideas, su firme intuición creativa, su alegría robusta, sus lealtades, y su visión de la poesía como una totali-

dad de carácter urgente modificaron mi mirada y construyeron un eje que llevo invariablemente conmigo. Una vez, en tutoría nos compartió el poema «Los jardines», de Jorge Guillén, el inolvidable gozo con que lo hizo y con que después confesara que cada noche pensaba en un poema a manera de oración a los dioses nocturnos de sus cosas, me lo reveló como un hombre infinito. Uno de sus poemas preferidos para su íntimo ritual es éste, precisamente:

Los jardines

Jorge Guillén

Tiempo en profundidad: está en jardines.

Mira cómo se posa. Ya se ahonda.

**Ya es tuyo su interior. ¡Qué transparencia
de muchas tardes, para siempre juntas!**

Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes.

En cada jardín que piso rezo este poema pensando en mi maestro y en esta fundición de tiempo y espacio, en esta afirmación de la vida que el poema de Guillén nos muestra. La fascinación de Antonio por estos lugares sólo se compara con su gran entrega a la poesía. Su sólida y asombrosa relación con la naturaleza nos ha dado páginas desasosegadas, dulces, salvajes, contemplativas, dichosas, admirables y entrañables todas. Ahora lo entiendo y ha sido por él, por Antonio: decir gracias es compartir también un jardín, un milagro, un sí de la vida ✱

**Texto leído en el homenaje a Antonio Deltoro
en la Casa Universitaria del Libro de la UNAM
el 23 de mayo de 2023, en el marco del xx aniversario
de la Fundación para las Letras Mexicanas.**

Por tus palabras

Rosa Isabel Gaytán

Cada quien su incendio

ANTONIO DELTORO

No supe entonces
lo que después traerías,
apenas si miraba en tu rostro
alguna cosa
gracias a la desnudez de tu sonrisa.
Te creí tímido,
pero hacías de todo
bajo el cielo de una ciudad tan tuya
que yo apenas conocía.
Me dejabas asomarme a tus poemas
a tomar aire
para volver al escritorio,
al día rutinario
ventilado como por una brisa.
Luego leí tus libros
atendiendo las voces que tú atiendes,
me asomé a esa barranca
que es oportunidad y precipicio
y hoy voy por tus palabras
como una niña con patines nuevos.

A Toni

Jorge Ríos

«Tú no lo conociste», me dijeron
como al que llegó muy tarde,
y ése es un dolor que aporto al final de la hilera.
Pero sí lo conocí
cuando nos leía
desde una barranca más abajo,
su voz mineral
cruzando del altavoz
hacia el martes y los árboles,
tendiendo versos cual puentes
que retumban todavía.

Vanidad

Danna Paola Flores Acuña

1

Lo llamaría un día normal. Las horas habituales de contemplación, donde me acerco, me delimito, reconozco aquel ser que me devuelve las formas, los movimientos duplicados, la dualidad exacta. Es como Narciso en el lago, una copia que disfruto, algo de lo que espero la noble caricia. Un ente que me envía un abrazo amoroso y me acoge entre nuestras similitudes al reconocernos como iguales.

Se trata del momento en que paseo la mirada por mi reflejo y me siento querida entre mi finitud. Así que creo un culto a mí misma. Amo desde la lejanía la carne y lo que no perdura. Glorifico el hecho de encontrar la juventud en mis mejillas, en el cabello resistente, en la piel caoba que todavía no se arruga o cae ante el peso de la vida.

Es algo que me recuerda a las viejas religiones, las cuales predicán sobre ideales que se desvanecen cada vez más. La sentencia de desmoronarse ante la historia, ante los días y años. Entonces lo sé con certeza, mi culto será efímero, colapsará igual que el rosáceo de mi rostro, se caerá junto con mi cabello, relucirá entre estrías. Por eso me aferro a lo que observo, utilizando toda mi atención para contemplar los límites, imaginar el paso del tiempo sobre el reflejo es una extraña forma de vaticinar el destino, la condena que algún día caerá sobre ese reflejo. Entonces lo deforme en mi mente, lo amplío, lo alejo, juego con él. Lo bordeo con una mano y con la otra sostengo una cámara.

Es un objeto milenario capaz de inmortalizar, de preservar cada relieve, mantener estáticos los cambios, proteger a quien soy de quien

seré; también de encontrar entre los pixeles las verdades de mis lunares, formar con ellos constelaciones y conservar el sideral corpóreo.

Mantengo en mi mano el artefacto enemigo del tiempo y cómplice de mis adoraciones de cada tarde, compañero de crimen cada día que observo vehemente mi duplicado en el espejo. La cámara y yo conformamos la rutina de la desesperación, donde se evidencian los cambios nimios, los estragos dispuestos a acumularse hasta que tenga ochenta y no reconozca al ser que algún día me meció entre su belleza.

En ese momento la frustración me invade, me genera un apuro incesante, es la espera de un condenado a que la silla funcione, a percibir el instante de electricidad entre su cuerpo y la muerte. Y de igual forma surge el anhelo, la reserva de ser absuelto de los cargos, de que las imágenes conserven mejor que mi memoria los vestigios. Por eso levanto la cámara y enfoco, veo mi cuerpo desnudo frente al espejo. Lo fotografío. No necesitaba adelgazar para tomarme fotos sin ropa. Lo he hecho siempre, pero ahora las fotos me salen como quiero usando menos tomas. He perdido alrededor de treinta kilos casi como efecto secundario e inesperado de moverme tanto.¹ De seguir corrien-

1. Fragmento del cuento «El cuerpo de papá», de Rafael Villegas, publicado en *Luvina*, núm. 106 (primavera de 2022).

do entre las ilusiones y los fastidios cotidianos. Empezar un maratón contra la vida y sólo responder al trascurso cotidiano. Sentir que me voy perdiendo entre sus líneas.

2

La noche habitual es otra rutina, la consecuencia de mis angustiantes sesiones fotográficas, un requisito que debo marcar de forma inexorable al iniciar con lo anterior. Así que entro al cuarto oscuro y revelo las fotos, desaparezco en el infrarrojo y me asomo lentamente como un astro rojizo, un amanecer granate plasmado en película. Me encuentro satisfecha con el resultado, con la puesta de sol que conformo, con el hecho de que ahora soy papel y eternidad.

Después me sabe amargo cuando comparo las fotos con mis treinta kilos más o mis cinco años menos, cuando la imagen desvela alteraciones que mi mente pasó por alto, demostrándome el castigo de la mortalidad, la fragilidad de la carne, la debilidad de los seres que todavía corremos, incapaces de defender aquello que nos pertenece y que mengua entre la violencia azotadora de la cronología.

La realidad me desmorona, me hace tambalear hasta el sillón, todavía desnuda, todavía finita. Me estremezco experimentando el frío en pleno mayo, sintiendo la glacial verdad asentarse en mi corazón. Mis brazos se adormecen, pierdo vitalidad en las piernas y la mortalidad me sabe agria en los labios. El imperio ha caído, mi religión deja de predicarse y todo se vuelve un vestigio.

Me levanto, guardo las fotografías en el cajón más lejano, asegurándome de poner distancia entre la tentación de revisar una vez más y yo, con la seguridad de que al día siguiente volveré por la cámara y reiniciaré la secuencia, con aun más cadencia y mayor expectativa que la imposibilidad.

3

Decido no esperar el alba, agitada entre sueños me pude ver disminuida, presencié un sol eclipsado por la gélida luna. Aquel gigante fue superado, como en los cuentos heroicos en los que el poderoso hechicero cae ante el humilde guerrero. Entonces el sobresalto fue demasiado. Me levanté de golpe esperando ver cincuenta años más en mis facciones; sin embargo, mi imagen todavía era similar a las fotografías del cajón excepto por un reflejo, el destello marfil entre negrura sempiterna, un pelo plateado entre la vivaz cabellera. Así fue como confirmé mis miedos y me acerqué verazmente hacia ellos, indefensa.

Por eso ahora busco protegerme, me tiro al piso, suplico, ruego a los segundos por un poco de compasión, pero no dejan de contar, no me perdonan todavía y no lo harán, decididos a sentenciar a todos. Entonces lloro, arrugo la piel que añoro proteger, superada por la intensidad del castigo, más allá de la compulsión que vive en mi rutina, que reside en la cámara y las fotos o en los hábitos feroces que adquiero en contra del envejecimiento. Lagrimeo como los soldados derrotados en batalla, me veo en todos ellos, en las ánimas que rezan por la mejor de las crueldades, por obtener paz en su fracaso, por evitar la tortura del enemigo.

Y la realidad es que yo no he evitado el castigo fatal, soy el recluta agonizante. Lo seguiré siendo a cada momento. Las canas, várices, lonjas sólo serán el constante recordatorio y eso me sobrepasa, me convierte en angustia.

Así que vuelvo a contemplarme, decidida a conservarme en imagen, detener mi reflejo en el instante. Regreso a la cámara. Erijo



nuevos templos dónde conservar mi culto, me transformo en el mejor de los súbditos, un devoto dispuesto a rezar con el empeño de una civilización. Me confieso ante mí misma y me perdono con benevolencia. Vuelvo a ser capaz de fotografiarme, de posar y sonreír, de esperar un resultado diferente en las fotos. Ya no puedo discernir si es autoengaño u obstinación, pero me afirmo que esta vez será diferente y tomo una última foto.

Deseo con ímpetu observar las líneas sobre el papel, reconocer los matices de mi cuerpo en aquel recuadro; sin embargo, la fotografía está vacía, es un cuarto frío con adornos pretenciosos, sin rastro de humanidad en el reflejo. Eso me desmorona, lloro nuevamente, acaricio aquella derrota y susurro una plegaria, la promesa de entregarme.

Regreso mi mano a la imagen, hundo los dedos en la nada, después el brazo, la mitad del cuerpo; entro por completo en aquel papel. Me arrastro en el otro plano, me muevo en la atemporalidad que impera en esa dimensión. Y cuando estoy dentro adquiero la pose que me pertenecerá por la eternidad. Ahora completo el retrato vacío, ahora soy mi reflejo. Miro hacia fuera de la foto, donde el mundo sigue moviéndose, donde en unos días reportarán mi desaparición, para jamás encontrar un cuerpo, sólo una cámara en el piso y una última foto ✖

Autorretrato a los veintisiempre Jaime Jordán Chávez

Tengo derecho a hablar de mí

JULIÁN HERBERT

Yo tenía una sonrisa de piano esquizofrénico
y trabajaba en un hotel de la noche a la mañana
donde atendía gringos solitarios
que sonaban pendejos hablando en español
cuando pedían que limpiara el piso.

Por aquellos tiempos
aspiré el invierno de un solo golpe
y me sentí un pequeño dios en Zapotlán el Grande
hasta caer como rayo de pobreza
en el océano inflacionario.

Por aquellos tiempos brincaba como duende
en lo alto del cerro buscando hongos
mientras imaginaba mis primeros libros
y tomaba fotografías de paisajes inenarrables
con la cámara de un celular roto.

Fui el guajolote borracho
en la boda de mi hermana
y me agarraron de las alas
para aventarme al centro de la fiesta.

(Zapotlán el Grande, 1995). Estudiante de la Licenciatura en Letras Hispánicas en el CUSur y ganador del XII Concurso Literario Luvina Joven, en la categoría *Luvinaria*.

Hice el amor con un par de mujeres
y con una el amor nos hizo.
A todas las abandoné
y todas me abandonaron.

Nunca pude agitar ninguna bandera
la más remota idea de patria
me resultaba asquerosa
por su aroma abstracto.
Mi país era un pozole de carne humana
mi país es un pozole de carne humana.

Ahora soy poeta
y provengo de una generación
acostumbrada a las matanzas.

Ahora soy padre
y provengo de una generación
en la que nadie quiere tener hijos.

Durante el día
mi sonrisa de piano esquizofrénico se cierra sutilmente
le cambio los pañales al mundo
juego bailo canto
hago voces líricas de muñequitos
compongo canciones infantiles
ahuyento monstruos
que quieren vivir abajo de la cama de Marbella
y cuando llega la noche
descubro el poema
que se escribe a través de mí
con una voz que no es de nadie.

Todavía soy joven
y ya aterricé un par de aviones descompuestos
ya me chuparon el alma un par de musas
ya arrojé el cielo a la basura
ya jugué piedra papel o flor y perdí.

Tanto para decir que he desperdiciado el tiempo
que en mi barba se ocultan duendes
y que no tengo aspiraciones literarias
porque ninguno de mis amigos talentosos
con los que pongo toques
caguamas y algunas otras cosas
es jurado en ninguna parte.

Cuando sea viejo
espero ser menos descarado
y hablar de temas trascendentales
pero algo me dice
que toda la vida tendré veintiséis años
y un par de poemas
sin terminar.



LONG LINE

RAFAEL DEL RÍO



ENSAYO
SOBRE

la luz



Nepal se ubica cerca del cielo,
en las montañas del Himalaya,
en la cúspide del mundo.
Rodeado por China e India,
es la sede espiritual de
la Tierra.



Sus habitantes profesan principalmente el hinduismo, aunque tienen una profunda tradición budista porque en esa tierra nació Siddhartha Gautama, más conocido como Buda, en el 483 antes de Cristo.



La niebla del incienso elaborado con más de trescientas hierbas envuelve las ciudades nepalíes.



El aroma de gardenia, clavo
y loto se suspende en el ambiente.
El humo es enviado al universo
para entrar en contacto con
los dioses.



Se esclarecen las sensaciones.
Se aguza el oído. La experiencia
de trascendencia es constante,
en ello estriba su magia.



Sus caminos diseñados entre templos milenarios veneran a los monos, a la fertilidad y a la expansión de la conciencia.



Frente a la arquitectura mística
transitan en calles derruidas
y sin sentido motociclistas, ciclistas,
taxistas, camiones, caminantes,
vacas y primates.



Sus habitantes con cubrebocas se protegen del polvo que desprenden los edificios colapsados por el temblor de 2015, que dejó más de ocho mil muertos.



El mapa del ir y venir de su pueblo transcurre en el caos citadino, entre el ruido de los autos, los rezos, las campanas y la vendimia. Entre colores rojos, naranjas y blancos. Mientras cae la luz del sol, ellos llevan otra cadencia y otros sueños.



Nace otra realidad. Somos otros.
Nos entendemos en cinco elementos
que constituyen al mundo: fuego,
aire, tierra, agua y éter. Lejos del
mundo occidental.



En Katmandú, la capital de Nepal, a las afueras del templo hinduista de Pashupatinath y a orillas del río sagrado Bagmati se realiza el rito funerario de la cremación.



La familia envuelve a sus muertos en aceites aromáticos, sábanas blancas y flores anaranjadas. Los coloca luego en la hoguera.



El cuerpo, ya en cenizas,
se deposita en el río para
que lleve al alma a reencarnarse
con el cosmos.



El cabello retorna a los matorrales,
la piel a la tierra, la carne a las
aguas, la sangre al fuego,
los tendones a las raíces, los huesos
a la madera, los ojos al Sol y la Luna
y el aliento al viento. El alma se
desprende del cuerpo en forma
de humo.

Imágenes de la serie *Ensayo sobre la luz*. Capítulo Nepal. Katmandú. Bhaktapur. Lumbini. Pokhara. 2016. Fotografía digital.



Las fotografías de Rafael de Río nos invitan a viajar, a saltar al vacío, a exponernos al mundo bajo una nueva manera; a caminar nuevos horizontes que brillan bajo una luz distinta. Por sus imágenes creamos vías luminosas y paisajes en la memoria, a veces lejos en la geografía pero quizá más cerca en los ritos y símbolos de nuestra identidad.

Texto de Adriana Navarro

RAFAEL DEL RÍO (Guadalajara, Jalisco, 1971). Fotógrafo documental y experimental, especializado en ensayos fotográficos de problemáticas sociales, arte y cultura. Ha colaborado en medios de comunicación nacionales y extranjeros desde hace 25 años.

www.rafaeldelrio.com / Instagram: @rafadelriofoto

ADRIANA NAVARRO (Guadalajara, 1980) es periodista. Ha trabajado en CNN México, *El Informador*, *Mural*; Radio, *Gaceta* y Canal 44 TV de la UdeG; *El Diario NTR*, *Este País*, y *One Earth*.

¿POR QUÉ ESCRIBIR?*



Pablo Montoya

Quisiera evocar un episodio

de mi juventud en esta ocasión especial en que la Universidad Veracruzana me honra con su Doctorado *Honoris Causa*. Vivía en Tunja, una pequeña ciudad del altiplano colombiano. Allí realizaba estudios de música y filosofía y letras. Por aquellos días estudiaba la música romántica europea y trataba de entender las diferentes facetas de ese período que tanto me ha subyugado. Escuchaba *La sinfonía fantástica* de Berlioz con partitura en mano y analizaba el trazado de esa armonía y esa orquestación que toca con eficacia los relieves de lo onírico y las búsquedas del amor ideal.

Entonces irrumpió la noticia. En predios de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia,

* Discurso leído en la ceremonia de otorgamiento del Doctorado *Honoris Causa* a Pablo Montoya por su amplia y destacada trayectoria literaria y académica. Xalapa, 19 de mayo de 2023.

la policía había asesinado a Tomás Herrera Cantillo. Tomás protestaba por lo que los estudiantes colombianos suelen protestar: por la desigualdad social, por la precariedad y el abandono que ondean en la educación pública de ese país, por las políticas económicas devastadoras del capitalismo neoliberal. Había tomado café y almorzado varias veces con Tomás. Y hoy lo sigo recordando como un hombre jovial y sencillo y, por supuesto, rebelde.

Yo no había publicado nada todavía. Tenía escritos cuentos y poemas, pero eran sólo para mí mismo y un círculo reducidísimo de amigos. Estremecido por la muerte de Tomás Herrera, escribí unas consideraciones que quise hacer públicas. Allí, apoyado en Tolstoi, me refería a la pugna secular que ha existido entre el ser que reclama la vida y la justicia y el ser militar que las reprime. Abogaba, sin vacilaciones y sabiendo los riesgos que esta certeza acarrea, por la persistencia del primero

de ellos. Era un texto más que exaltado y beligerante, adolorido e indignado. Luego, lo copié en una cartulina y lo pegué en una de las carteleras de la universidad.

En este episodio se concentran, de algún modo, los pilares que han sostenido mi escritura. Por un lado, la búsqueda de los elementos, digamos racionales y técnicos, que edifican el arte, y la urgencia de atrapar, aunque sea por instantes, esa cualidad estética siempre inasible con que se forja la belleza. Y, por el otro, los ámbitos de la violencia que han atravesado mi devenir de escritor colombiano. Ahora bien, es preciso señalar que el crimen cometido en la persona de Tomás Herrera Cantillo, como miles sucedidos en mi país, ha permanecido impune. Y esta coyuntura no es desdeñable frente a la relación que yo propongo entre arte y violencia. El primero intenta conjurar o enfrentar o denunciar a la segunda a sabiendas de que la lucha es desigual y que, por lo general, triunfa la barbarie. Desde entonces he concluido que mi escritura, hoy reconocida con el título que ustedes me otorgan, no es más que la obsesiva y disciplinada construcción de una morada que sigue siendo trinchera y atalaya y también una suerte de refugio.

Estas tres nociones: refugio, atalaya y trinchera, se han manifestado a lo largo de la historia de la humanidad. Y quienes las han utilizado para proyectarse hacia los otros se parapetan en determinados comportamientos. Uno de ellos es el de estar del lado del poder. El otro, por el contrario, es evitar los beneficios que éste suele dar. Yo, por ejemplo, he sido un lector admirado de la *Eneida* de Virgilio. Ese libro que sigue vigente después de tantos siglos. Esa obra portentosa que define una época a partir del mito y construye en cada una de sus doce partes una poética capaz de enfrentar el cielo y los infiernos, las turbulencias de la guerra y las bondades de la paz. Pero cómo olvidar que la *Eneida* es también el canto a un emperador. Por este motivo, por las maneras en que la poesía se rinde ante la autoridad de un hombre que fue un gran estratega militar y también un bandido, me identifiqué más con la figura de Luciano de Samósata. Este último, en sus maravillosos escritos, nos enseña a reír y a entender mejor cómo se comportan los fanáticos, los intolerantes y los hipócritas. Y enseña algo que también aparece con claridad meridiana en

Michel de Montaigne: ante las borrascas que provocan las pugnas humanas es conveniente practicar la abstención. Ernest Renan, agudo y certero en sus apreciaciones, definió a Luciano como un sabio extraviado en un mundo de locos.

El tiempo de los hombres parece no cambiar. Es vertiginoso y pleno de novedades por momentos. Actúa a la manera de un espejismo cuyo reflejo afirma que progresamos y que este mundo es, a pesar de todos sus desajustes, el mejor de todos los posibles. Pero, en cierta medida, continuamos dando vueltas en torno a los mismos asuntos. Celebramos la vida con el nacimiento de un nuevo ser, pero elegimos políticos que promueven y hacen la guerra. Nos asombramos ante los diversos espectáculos de la naturaleza, pero atentamos contra su equilibrio y no logramos ponernos de acuerdo para enfrentar la crisis climática. Nos sublevamos ante el crimen generalizado y las opresiones que padecen la gran mayoría de los seres humanos, esos humillados, ofendidos y condenados de la tierra, pero la dinámica del crimen y la opresión siguen campeando, toscos y altivos, por nuestra cotidianidad. Nunca he sido,

ni por temperamento ni por educación, alguien que crea a pie juntillas en el porvenir radiante de la humanidad. Estoy convencido, por el contrario, de que hoy más que nunca estamos extraviados en un mundo de locos. Y que ese extravió, también ahora más que nunca, bailotea al borde de un abismo.

En estas circunstancias, por lo tanto, no resulta inútil preguntarse ¿por qué escribir? A pesar de los avances de la ciencia y la tecnología, de los logros de la medicina y los medios de comunicación y de transporte, vivimos inmersos en un «gran apagón», para emplear el concepto del filósofo español Manuel Cruz. La razón y el juicio que durante un tiempo prevalecieron sobre un mundo sumido en los conflictos bélicos de las monarquías y el mercantilismo burgués, ahora han sido reemplazados por la paranoia de las falsas noticias y la vacuidad de las redes sociales, que, en las democracias de hoy, en vez de enaltecer la existencia y propiciar la perplejidad intelectual, pasan de largo sobre ellas ridiculizándolas y tornándolas inocuas. Pero, además de esta faceta de la grosería y la ignorancia, manifestada en las relaciones públicas, están

las vociferaciones de los populismos de toda índole y los peligros de la inteligencia artificial, cuyos creadores, que antes la celebraron con aspavientos, ahora pregonan sus miedos porque se han dado cuenta de que, pensándose como émulos de los dioses, han forjado las facciones de un monstruo. Y cómo desconocer, por supuesto, la gran evidencia dejada por la pasada pandemia: la crisis de un sistema económico y político que, para sostenerse en el poder, ha acudido a todos los autoritarismos, desde el sanitario y comunicacional hasta el político y militar.

Se escribe entonces, o al menos yo he tratado de hacerlo así, para enfrentar esta condición de permanente atropello. En *La sed del ojo*, por ejemplo, se fotografía lo prohibido, es decir, la desnudez del cuerpo femenino, en medio de la represión moralista del Segundo Imperio francés. En *Lejos de Roma* se escribe poesía desde un exilio impuesto por la autoridad de César Augusto. En *Los derrotados* se descubren las flores y sus secretos inenarrables en medio de las guerras bobas pero catastróficas de la independencia colombiana. En *Tríptico de la infamia* se pinta el Nuevo Mundo descubierto por Europa entre

el exterminio indígena y las luchas religiosas del siglo XVI. En *La sombra de Orión* se dibuja un mapa gigantesco de la muerte y se catalogan los sonidos dejados por una multitud anónima mientras en Medellín se ha instalado el pavor de la desaparición forzada. Al escribir estas novelas, me permito confesarlo, he sentido como si me estuviera aferrando a una de esas ramas que tienen la virtud de crecer, y sin duda florecer, al borde de los precipicios. Porque también se escribe no sólo pensando en la caída o en los efectos lancinantes del horror que el hombre le provoca a su prójimo, sino porque, además, creo en las fugaces expresiones del florecimiento que cada día intentamos sembrar en ese mismo prójimo.

No podría pasar por alto el espacio social desde donde he escrito la mayor parte de mis libros. Lo he hecho sabiéndome integrante de una comunidad universitaria, reconociéndome profesor y también el aprendiz de curiosidad insaciable que siempre he sido. La Universidad de Antioquia, en la cual trabajo, como la Universidad Veracruzana, que hoy me condecora, son de esencia pública. Singular correspondencia que me llena de orgullo y eleva en

mí eso que podría llamarse dignidad intelectual. Pero que también me mantiene alerta porque estos espacios, sin duda utópicos, corren el peligro constante de la amenaza y la agresión.

Todos los aquí presentes somos conscientes de que la universidad latinoamericana es el resultado de una larga, emocionante y accidentada historia. En ella muchas veces la imposición de un conocimiento ha prevalecido y, en otras, la discusión democrática ha sido la consigna esencial para defender. La universidad tunjana donde yo publiqué, en una de sus paredes, el primero de mis escritos, y la Universidad de Antioquia, en la que soy docente, son lugares tocados por una paradoja alarmante. Por un lado, allí vamos a estudiar y a enseñar, a practicar cada día el asombro y los avances en el adiestramiento de una profesión anhelada. Y todo esto lo intentamos llevar a cabo rodeados no de las mejores condiciones, pero sí convencidos de que debemos mantener en pie el sueño que significa el desarrollo de toda educación.

Pero, por otro lado, en estas universidades se trasuntan los vacíos de un proyecto nacional. Entonces, esa maravillosa conjunción de la academia platónica y el liceo aristotélico, del jardín

epicúreo y la puerta estoica, del claustro eclesiástico y el gabinete monárquico, del aula republicana y el salón democrático, de la casa madre indígena y la oralidad afrodescendiente, se ve de pronto vapuleada por los violentos de todo tipo. Se torturan y asesinan estudiantes, profesores y empleados, o se condenan sus destinos al tenebroso limbo de la desaparición

forzada. Y ocurre que el estigma de la bestia afrenta una y otra vez la sabiduría de los hombres de conocimiento. Es, pues, frente a esa violencia, procedente de oscuros poderes de la política y la economía, que debemos actuar con lucidez y firmeza. Es frente a ella que cada palabra que yo escribo se levanta |

XALAPA, 19 DE MAYO DE 2023

no ha muerto /una versión de la Völsunga Saga».

Borges se deja imantar, en otras palabras, por una sintaxis profusa que surge de un acto de arrojo y culmina en la celebración del exilio. El mito fundacional de Islandia es simple. A fines del siglo IX, uno de los señores feudales que se disputan Noruega—Haroldo, el de la Cabellera Hermosa—decide imponerse como rey. La insumisión germina. Hay velas cuadradas, de pronto, sobre el mar. Los sublevados parten. Son hombres diestros en la idea y los vicios del coraje, que prefieren la intemperie a la asfixia de la obediencia. Se instalan en la última Thule, «esa nórdica tierra inalcanzable», donde inesperadamente se dedican a escribir. Su especialidad son los conjuros, las biografías de héroes, el sudor de la muerte y los litigios que el azar dibuja y que resuenan como pequeñas piedras. El resultado es un inmenso canto de batallas. En sus rapsodias, Noruega se agiganta. También se agigantan los ruegos al centro del infortunio y así nacen las sagas que inventan la novela mucho antes de Cervantes o Flaubert, como si la creación fuera una suerte de venganza o una prueba de la complejidad inherente de las cosas.

LA ISLANDIA DE BORGES



María Negroni

Como todo reducto imaginario, Islandia es para Borges un compendio de dones. Es el «épico invierno» y «el mar que es un desierto resplandeciente». La *Edda Mayor*, esa suerte de *Ilíada* del Norte, atribuida a Saedmund el Sabio, y la *Edda Menor*, de Snorri Sturluson. El censo obsesivo de *kennings* o metáforas escáldicas, que llaman casa de los pájaros al aire, corcel del agua al barco, o techo de la ballena al mar. Es Ulrica, la muchacha «de suave plata o de furioso oro», semejante a Brynhild, que se entrega a Javier Otálora

en uno de los relatos de *El libro de arena*. Y también Yggdrasil, el fresno del cual pendió Odín, Lord de las Huestes y Estratega de los Poetas, durante nueve noches, para dar con el conocimiento de las runas. Y el caballo Sleipnir de ocho patas. Y la sangre del dragón en que se baña Sigurd, que será Sigfrid en el *Cantar de los Nibelungos* y en la tetralogía de Wagner. Y la palabra *undr* que significa maravilla. Y, sobre todo, la música de un sueño que perdura «desde aquella mañana en que mi padre / le dio al niño que he sido y que

(Rosario, Argentina, 1951). Uno de sus libros más recientes es *Oratorio* (Vaso Roto, 2021).

Borges, sin duda, lo intuye: contra el boceto épico, la melancolía cobra un matiz, si cabe, más complejo: los hombres traman su epopeya como quien despliega una elegía. Hay que envalentonarse en la carencia, parecieran decir, desconfiar del espejismo del talento, del concepto equívoco de patria, de toda contundencia. Hay que sentirse de entrecasa con la muerte. Saber inventarla, como a la vida.

Un pasaje del poema sajón *The Seafarer*, que Borges tradujo, dice de los escandinavos que «no estaban hechos para los regalos de anillos sino para el trato con la divinidad y los altos caminos salados». La *Alucinación o Engaño de Gylfi* lo corrobora en clave islandesa: cuando el protagonista llega a la mansión de los dioses, conversa con ellos sobre poesía. No es poco. El afán migratorio de la estirpe rima con las sentencias filosas que pronuncian en las *Eddas* Odin, Baldr y Freja, y con su laconismo, que es también impaciencia por lo que ocurre afuera del clímax.

Todos los temas y figuras de Islandia pueden verse, en este sentido, como variaciones de una fuga musical imaginaria y también como lugar de re-fundación de una escritura.

Absuelta de toda memoria local, en medio de un paisaje inhóspito, lejos del centro del poder, la marginalidad de estos viajeros se revela productiva: no sólo se apropian de los mitos y la historia de su país, también se atrincheran en un pequeño mundo helado que coincide con la fortaleza enorme de la escritura. Corolario: hecha de aislamiento y sedición, la Islandia del autor de *Ficciones* coincide punto por punto con la Tierra Díscola de la Poesía.

También es, a su modo, el famoso desierto sin camellos que imaginó al formular las premisas de «El escritor argentino y la tradición» y uno de sus modos de alentar una escritura des-territorializada, mucho antes de que la academia norteamericana inventara el concepto. Es obvio que el caso de Islandia, como antes había sido el de Guillermo Enrique Hudson —ambos por su posición «inestable, subalterna y descentrada»—, le sirven para abrir un horizonte de legibilidad a su propia obra sembrando de paso la literatura argentina de cualquier obligación de color local o, lo que es igual, de las políticas de la «identidad» que ignoran siempre lo conjetural y son, por ende, carcelarias.

En el pequeño laberinto armónico de Islandia, que

desde Borges pertenece a la tradición literaria argentina, hay mucho más que un país breve, afín a un linaje de fiordos. Hay también un flirteo con lo esquivo, un contacto con lo ajeno del sentido. El impulso épico descubre, de ese modo, lo que suele velar: que, en la urgencia de entregarse a una obsesión, hay siempre un deseo de alcanzar lo más actual por lo más arcaico, lo más elusivo por la perduración del sueño, lo que no se cumplió por la tristeza que no se abandonará. El ardid consiste en la puesta en escena de un programa que, de ser interrogado, se declararía —me parece— a favor del desequilibrio, lo irreductible, y ningún proyecto en común.

Es, una vez más, invierno. La noche es una intensidad de estrellas y posibles analogías aún no descubiertas. (La soledad es un lujo.) Pero ellos, los escaldas, no lo notan. Absortos en lo oblicuo de la vida, registran las lidias de caballos sobre la arena blanca y fría, las selvas de hierro, el universo huérfano. Se preguntan en qué antro se habrá metido el océano, qué ataduras de hielo lo habrán flechado, hasta cuándo va a durar lo interminable, hasta cuándo reemplazarán la patria con palabras rojas |

¡VIVA EL TIGRE!



José Manuel Fajardo

Nada despeina más la melena atusada de los ortodoxos críticos que el vendaval de la aventura. Se abre la escotilla del navío pirata, desenfunda su colt el *cowboy*, se emboza en su capa el espadachín, rugen los leones en la noche de los cazadores, tiritan en sus tiendas los exploradores polares... y los ortodoxos críticos literarios se apresuran a enviar el relato de turno al tranquilizador anaquel de los subgéneros literarios o de la literatura juvenil. No vaya a ser que el soplo de la fantasía venga a desordenarles el criterio. En ese anaquel andan aún las obras de Emilio Salgari. Otros compañeros de aventuras, como Stevenson o Jules Verne, han sido admitidos por fin en el selecto club de los grandes autores, con mayor entusiasmo en el caso del autor de *La isla del tesoro* que en el de *La isla misteriosa*. Pero el pequeño italiano soñador, mitómano y estajanovista de la escritura sigue siendo visto como autor menos que menor.

Lo cubren de reproches. Que su prosa está poco cuidada... pero lo raro habría

sido que la cuidara más. ¿De dónde habría podido sacar tiempo para corregir las ochenta novelas largas y las ciento cincuenta novelas cortas que publicó a lo largo de sus cuarenta y nueve años de vida? Que debiera haber escrito menos... eso es fácil de decir, pero ¿quién detiene al poseído por las historias?, ¿cómo se le ponen puertas al campo de la imaginación? Y además, Salgari tenía que comer, como cada hijo de vecino, y alimentar a una familia numerosa. La vida, esa vulgaridad. Que su estilo está lleno de exclamaciones y grandilocuencia... ¡pero cómo iba a ser distinto! ¡Si nos lanzamos al abordaje! ¡Si vuelan las balas de cañón! ¡Si hay enemigos en todas partes! Su pirata Sandokán, el Tigre de Mompracem, llevaba una vida desmesurada y además no pagaba impuestos. Y sus feroces seguidores malayos estaban más ocupados manejando sinuosos cuchillos que reflexionando sobre el valor metaliterario de sus aventuras en la tradición de la literatura

popular de Occidente. Y además, gritar es tan humano...

Salgari se instaló en el exceso quizá porque su vida estuvo marcada por las limitaciones. Apenas si viajó, vivió trabajando como un mulo y siempre sin dinero, perdió a las personas que más quería y terminó suicidándose en un paraje boscoso mediante un chapucero harakiri ejecutado con navaja. Eligió el momento de su muerte del mismo modo que había elegido llenar su vida de mentiras: para no limitarse a sobrevivir. Cada exclamación de sus personajes, cada grito desesperado, cada gesto tremendo, cada disparo, sablazo, cabalgata, conjura, tormenta, batalla o traición que pueblan las páginas de sus novelas y relatos, desde el *Far West* hasta los mares piratas o las luchas contra los turcos, son en realidad proclamas, protestas feroces de quien se niega a que su vida sea tan sólo una sucesión de días. Emilio Salgari vivió la cortedad de la existencia humana, pero supo ensancharla hasta el infinito en los dominios de su imaginación. Quizá por eso sus libros viven tan despreocupadamente de las opiniones eruditas. Porque rebosan vida y, más aún, ganas de vivir. Sus páginas se agarran a la existencia

como sus personajes heridos al suelo sobre el que yacen: hundiendo en él las uñas hasta sangrar.

Sandokán pertenece ya a esa estirpe de criaturas de ficción que gozan de vida pública, transformados en seres que no parecen de papel sino de carne y hueso. Ni siquiera hace falta haber leído sus aventuras. Como sucede con Don Quijote, Robin Hood, Ulises, Cyrano de Bergerac, el conde Drácula, Simbad o Romeo, todo el mundo sabe quién es. Son criaturas de papel que se enredan en las vidas de los mortales, inmortalizándose, y van saltando de memoria en memoria, de imaginación en imaginación, ayudándonos a nombrar nuestras pasiones y el mundo. Por eso las aventuras del tigre de Mompracem han sido para sucesivas generaciones una de las grandes puertas de entrada al placer de la lectura y muchos de sus lectores quedamos marcados a fuego por sus aventuras.

Al menos así me sucedió a mí. Durante los años que pasé estudiando en vano las áridas asignaturas de la carrera de Derecho, dediqué más tiempo a la militancia clandestina antifranquista que al código civil. Entonces soñábamos y luchábamos por un mundo nuevo y mejor, lleno de salgarianas exclamaciones:

¡Amnistía y libertad! ¡Todos juntos a la huelga! ¡Ninguna barrera a la educación del pueblo! ¡Viva el 1º de mayo! ¡Obreros y estudiantes contra la dictadura! El campus de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) parecía a veces la cubierta de un bajel pirata, llena de gritos y carreras. El enemigo estaba ahí mismo, apostado en la carretera que discurría junto a las facultades: las grises camionetas repletas de grises policías antidisturbios. También estaban los traidores, los soplones, los villanos como aquel secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, cuyo apellido si no recuerdo mal era Mesaguer, flaco y siniestro, siempre armado con un transmisor de radio con el que llamaba a la policía si descubría a alguien haciendo una pintada o colgando un cartel que exigiera «¡Disolución de los cuerpos represivos!» o «¡Fuera policía de la Universidad!». El mismo individuo que en el *hall* de la Facultad me amenazó con avisar a la policía para que me detuviera si yo volvía a poner los pies en ella. Pero Mesaguer no usaba exclamaciones porque los verdugos y sus secuaces prefieren el siseo del ofidio, y les gusta hablar de ley y orden o de noche y niebla, con tal de no nombrar a las cosas por su nombre.

Es su manera sibilina de intentar volver aceptable lo inaceptable.

En aquella universidad convulsa y contradictoria, los militantes antifranquistas parecíamos personajes de Salgari: desmedidos y aventureros, aunque nuestra desmesura y nuestra aventura fueran un juego de niños comparadas con las de los piratas malayos. Por no faltar, no nos faltaba ni nuestra propia musa, una camarada de filosofía que se proclamaba surrealista y que, con sus vestidos a lo Janis Joplin, sus gafitas redondas, su melena rizada y sus largas piernas, nos tenía a todos hechizados. Fue Javier de Cambra, el futuro periodista y crítico de jazz al que todos llamábamos entonces «el Catalán», quien mejor acertó a definirla y lo hizo con una frase salgariana: «Ella es la perla de la UAM». Un juego de palabras que se refería al personaje de Marianna, la bella enamorada de Sandokán, nombrada en sus novelas como «la perla de Labuán». Está claro que las desafortadas páginas de Salgari estaban muy lejos de ser, para nosotros, una literatura de evasión y que, al adentrarnos en ellas, nos enrolábamos también en el barco de la justicia y de la libertad.

Bien pensado, no tiene nada de raro que a Salgari

se le reproche hoy su estilo desafortado y exclamativo. A fin de cuentas vivimos tiempos en los que no se grita «¡al ataque!», «¡sin cuarte!», sino que se decretan «operaciones de pacificación» que producen «efectos colaterales».

Tiempos Mesaguer. Quizá por eso a uno se le vienen unas ganas enormes de gritar: «¡Viva el Tigre!», aunque sólo sea para no perder la esperanza de que, ante tanta injusticia, terminen por alzarse los nuevos sandokanes del mundo I

hombre —respondió Nellie Bly—; ese mismo día saldré yo apoyada por otro diario y llegaré antes que él». Al final, ella obtuvo la promesa de que recibiría apoyo para hacer realidad la ficción escrita por Julio Verne.

Nellie Bly fue el seudónimo que adoptó Elizabeth Cochran para firmar sus reportajes periodísticos. Nació en Pensilvania, un año antes de que concluyera la Guerra de Secesión estadounidense. Desde pequeña mostró un carácter determinante, rebelde, tenaz e intrépido que le hizo involucrarse en carne propia en todas sus crónicas y reseñas contra las injusticias, los abusos y las desigualdades sociales. Se le considera una de las primeras reporteras en ir a fondo en el periodismo de investigación; para lograrlo, por ejemplo, en una ocasión simuló estar embarazada e intentar vender su bebé; otra vez se hizo pasar como trabajadora de una fábrica para enterarse de las condiciones laborales y la explotación que sufrían las empleadas; fingió estar loca para que la ingresaran al manicomio de mujeres en la isla de Blackwell y durante diez días experimentó la insalubridad, los maltratos de enfermeros, la comida putrefacta y muchas otras atrocidades. Cada publicación de Nellie Bly generaba una tormenta

CARRERA CONTRA EL TIEMPO



Godofredo Olivares

**¡No hay obstáculos imposibles;
hay voluntades
más fuertes y más débiles,
¡eso es todo!**
JULIO VERNE

Desde la mañana del siete de noviembre y hasta el anochecer del veintidós de diciembre de 1872, numerosos lectores del periódico parisino *Le Temps* permanecieron atrapados con las entregas diarias de una nueva y fabulosa novela de aventuras, *La vuelta al mundo en ochenta días*, que al año siguiente fue publicada en forma de libro y vendió en pocas semanas más de ciento diez mil ejemplares, lo que le otorgó fama, riqueza, popularidad y una rotunda consagración a su autor, Julio Verne.

En otro noviembre, quince años después, la reportera Nellie Bly propuso al editor del diario neoyorquino *The World* realizar un nuevo y sensacional artículo periodístico que el público deseara leer; se le ocurrió igualar ella misma la proeza del personaje Phileas Fogg, o incluso batir su récord ficticio y dar la vuelta al mundo en menos de ochenta días. Los directivos del periódico rechazaron la propuesta aludiendo que esa travesía únicamente podía realizarla un hombre, que una mujer no debía ir sola sino con un acompañante que la cuidara y, además, afirmaron que las mujeres viajan con demasiado equipaje y esto retrasaría los transbordos. «De acuerdo. Envíen a un

(Michoacán, 1957). Su libro más reciente es el libro de ensayos *De pies a Cabeza* (Universidad de Guadalajara, 2020).

mediática y conmovía las conciencias de sus numerosos lectores.

Un año después, en otoño de 1889, el diario *The World* cumplió su promesa y la gran aventura dio inicio para Nellie Bly, de veinticinco años de edad. Zarparía el catorce de noviembre, a las 9:40 de la mañana, en el transatlántico *Augusta Victoria*, de Nueva Jersey al puerto de Southampton, en la costa sur de Inglaterra, y con ello ganaría un día de ventaja; tras su arribo, tomaría un ferrocarril desde Londres hasta al puerto italiano de Brindisi. La ruta del viaje reproduciría el trayecto imaginado por Verne, excluyendo Bombay, y sólo disponiendo de barcos de vapor, autobuses y vías férreas transcontinentales.

Nellie Bly mandó confeccionar un vestido que resistiera llevarlo puesto tres meses seguidos, compró un largo abrigo a cuadros y una pequeña maleta de cuero resistente que medía cuarenta por diecisiete centímetros; en ella empacó varios pañuelos, dos gorros de viaje, tres velos, un par de zapatillas, un juego de artículos de aseo, una pequeña botella, un vaso, plumas, lápices, papel, un tintero, alfileres, agujas, hilo, un camisón, una chaqueta, un corpiño de seda, varias prendas de ropa

interior y, lo más pesado pero imprescindible, un frasco de crema para cuidar la piel de su cara ante los diversos climas que encontraría.

Durante la semana que tardó en cruzar el océano Atlántico, la noticia de que una mujer sola se aventuraba a dar la vuelta al mundo en el menor plazo posible se expandió mundialmente por medio de los periódicos. Así que cuando Nellie Bly descendió del barco era una joven famosa y la esperaba un corresponsal del *The World*, en París, con una carta manuscrita por el propio Julio Verne, invitándola a desviarse de su trayecto y visitarlo para conocerle en persona:

Estimada Señorita Nellie Bly. Gracias a los periódicos hemos sabido de la extraordinaria empresa que con enorme tesón e innegable valor está usted llevando a cabo. Nos sentiríamos muy orgullosos de que aceptase nuestra invitación y pudiese visitarnos en nuestra residencia de Amiens, donde podríamos departir relajadamente sobre los pormenores de su viaje. Atentamente: Jules y Honorine Verne

Nellie Bly perdería dos días, pero no declinó la invitación. Viajó con el

corresponsal, que sería su traductor, por barco, carretera y trenes para encontrarse con los Verne, quienes la recibieron con gran interés y cordialidad. Charlaron sobre los husos horarios, la geografía, el avance tecnológico, los automóviles con motor de combustión interna y los cables eléctricos que corrían por el fondo marino y permitían a la periodista enviar sus reportajes en segundos hasta América; hablaron también de la inagotable imaginación de Verne. Repasaron, sobre un mapa, el itinerario que emprendería Bly de Nueva York a Inglaterra; luego, por Francia e Italia hasta el puerto de Brindisi; atravesaría el Mediterráneo y cruzaría por el Canal de Suez hasta llegar a Yemen. De ahí navegaría por el mar arábigo a Colombo, Sri Lanka, Penang en la actual Malasia, Singapur, Hong Kong, Yokohama en Japón, y seguiría a San Francisco para retornar a Nueva Jersey. Al final, Julio Verne aseveró: «Si lo logra en setenta y nueve días, aplaudiré con las dos manos».

El día a día de Nellie Bly se convirtió en una estresante carrera contra el tiempo, cada décima de segundo contaba. Se sentía abrumada por depender de la puntualidad o del

retraso en los horarios de trenes y embarcaciones, y de la cantidad de escalas que realizaban en sus rutas terrestres o marítimas. Después de quedar varada durante cinco días agónicos en Colombo a la espera del *Oceanic*, un barco de vapor que la llevaría a Hong Kong, Bly logró zarpar rumbo a China. En Singapur, la reportera solitaria se compró un pequeño compañero de viaje, un mono al que llamó McGinty. Y el veintitrés de diciembre, trigésimo noveno día de su vuelta al mundo, Nellie Bly alcanzó el puerto de Hong Kong con dos días de anticipación que le dieron una leve calma; pero, cuando acudió a comprar su pasaje rumbo a Japón, se enteró de que el magnate William Randolph Hearst, dueño de emisoras de radio, varias revistas y veintiocho periódicos de circulación en Estados Unidos de América, había contratado a la joven reportera Elizabeth Bisland para competir contra ella y dar la vuelta al mundo, pero en sentido inverso, de Este a Oeste. Nellie Bly desestimó tal competencia y declaró que ella prefería volver a Nueva York muerta que no ganar.

Pero cuando Bly llegó el veintiuno de enero a la bahía de San Francisco, se encontró con otra contrincante que intentaba retardar su viaje, la nieve. Las intensas nevadas

mantenían bloqueadas varias líneas ferroviarias para llegar a Nueva Jersey. El diario *The World* no abandonó a Bly y contrató un tren especial que le permitiera continuar. Las empresas Southern Pacific y Santa Fe rápidamente le enviaron su locomotora más veloz, la *Queen*. Los cinco días para atravesar los cuatro mil ciento cuarenta y siete kilómetros de costa a costa de Estados Unidos le costaron al *The World* mucho más que todos los trayectos por el extranjero.

Nellie Bly llegó a su punto de partida a las 3:51 p.m. y completó la vuelta al mundo en setenta y dos días,

seis horas, once minutos y catorce segundos. Derrotó a Phileas Fogg, a su ayudante Jean Passepartout y a Elizabeth Bisland, que aún se encontraba muy lejos de Nueva York. Con su arribo, una mujer lograba ganar la carrera contra el tiempo.

Nellie Bly recibió miles de telegramas felicitándola por su hazaña, pero sólo guardó uno, el de Julio Verne. Lo conservó doblado y entre las páginas de su querido libro, *La vuelta al mundo en ochenta días*. Y nunca olvidó, orgullosa, lo que decía: «Ya le admiraba de antes, pero al conocerle se ganó mi respeto y devoción para siempre» |

AVENTURA, RIESGO Y METAMORFOSIS DEL POEMA EN PROSA



Ernesto Lumberas

Lo confirmo al leer *Las moradas* de Santa Teresa de Jesús o *El cuaderno del bosque de pinos* de Francis Ponge: el poema en prosa, antes y después de Baudelaire, ha borrado las fronteras de los géneros literarios. ¿Camuflaje, adaptación y adecuación, mimetismo? Sí y no. En realidad, bien mirado y oído,

es un laboratorio permanente del cantar, el pensar y el contar. Cruza muros o líneas fronterizas sin requerimiento de aduanas a semejanza de las aves migratorias, las tormentas y la oscuridad. Posee tarjeta de circulación permanente para divagar por cualquier territorio. Especie anfibia que se desplaza bajo las aguas y se mueve

(Ahuatlco de Mercado, Jalisco, 1966). Uno de sus libros más recientes es *Ábaco de granizo* (ERA, 2021).

en la superficie sin ningún contratiempo. ¿Cocodrilo? ¿Nutria? ¿Hipopótamo? En tales coordenadas de hibridez, puedo argumentar que el cuento es la forma poética de la narrativa. Por eso mismo, José Bergamín afirmó que el aforismo —el ensayo en su máxima destilación— es poesía en estado sólido. En el cauce incluyente del poema en prosa, confluyen todas esas voces literarias, incluso, la polifonía de la dramaturgia, el uso de los diálogos de manera sustantiva con su correspondiente *dramatis personae*.

La experiencia de escritura de este género ambiguo e inestable abre posibilidades y aventuras para poetas, cuentistas y ensayistas; para cada uno, sin prestigiar *a priori* ningún discurso, el ejercicio del poema en prosa ofrece libertad creativa, improvisación, arquitectura musical, experimentación, amalgama de registros expresivos, correspondencias del todo y sus partes, contrapuntos y fugas argumentales, así como la creación de atmósferas, microclimas y tonalidades acordes al tópico o la trama en cuestión. El poema en prosa no es necesariamente breve, aunque el tamaño «postal» o «carta» elegido por varios

de sus exponentes inclina la balanza respecto de su acotada extensión. Pero no es norma. En la obra modelo de Charles Baudelaire figuran textos que rebasan las tres páginas, «Las viudas», «Las tentaciones, o Eros, Pluto y La Gloria», «Muerte heroica», entre otros. Por otra parte, Francis Ponge ha echado mano de este género todoterreno para escribir libros como *El jabón* y buena parte de *La fábrica del prado*; por su parte, Henri Michaux hizo lo propio con *Un bárbaro en Asia* y Juan Ramón Jiménez lo haría con esa novela fragmentaria llamada *Platero y yo*.

Acepto que la tentativa de conceptualizar el poema en prosa es una empresa imposible y vacua hasta cierto punto. ¿Son poemas en prosa los ensayos y relatos autobiográficos de *El fin de la edad de plata* de José Ángel Valente? La misma pregunta, con igual fulgor de curiosidad o recelo vale para libros como *Reseña de los hospitales de ultramar* y *Caravansary* de Álvaro Mutis, *Los cuadernos del destierro* y *Memorial* de Rafael Cadenas, la mayoría de los pasajes de *Perséfone* y *Mirándola dormir* de Homero Aridjis. Estas obras son tan diferentes en su puesta en escena, voz narrativa, argumentos, personajes (si los hubiera), cadencia y sintaxis. Leemos

sus renglones de izquierda a derecha, de arriba abajo sin importar sus cortes, tan relevantes en el verso; su escritura cubre la totalidad de la página y sus pausas están regidas por signos de puntuación. En algunos de estos casos, el hilo conductor es una anécdota que va tomando realidad en cada línea, en cada párrafo, hazañas, delirios y confusiones de uno o varios personajes o de la voz narrativa. En otros casos, una idea da pie a una reflexión que se bifurca, avanza en su proceso dialéctico, se contradice para finalmente llegar a un acuerdo o síntesis provisional. ¿Y qué sucede con libros como *Léxico de afinidades* de Ida Vitale o *Los papeles salvajes* de Marosa de Giorgi? La disposición tipográfica del texto justificado en la página, criterio acatado por todos los escritos en prosa, obviamente no extiende certificados de poemas en prosa. «El hábito no hace al monje», suele decirse. Podríamos hablar, en todo caso, de prosa narrativa o, simplemente, prosa discursiva. Piezas literarias, científicas o humanísticas hilan sus contenidos en dicha ruta evitando casi siempre el extravío y el juego, la seducción musical y tonal. O al menos esos escritos prosísticos no reparan en

tales posibilidades del lenguaje. «Aunque se vista de seda, mona se queda», también sentencia el saber popular aplicable a los menesteres que aquí expongo como un alambrista que quiere demostrar, de manera contundente e irrefutable, la ley de la gravedad tras su eventual caída.

En todo caso la dicotomía, o mejor dicho el falso dilema entre la poesía y la prosa, debe transferirse al verso. La prosa, para empezar, rompe el corte de verso, desaparece esa pausa, ora un sutil doblez de ala de ave y, otras veces, abrupta y chirriante bisagra definida por una estructura métrica o silábica o dispuesta en cadencia rítmica libre. Se dice que hablamos en prosa —el *sermo pedestri*, dirán despectivamente los poetas latinos— mientras rezamos y cantamos en verso. Enrique Anderson Imbert nos informa que la etimología de prosa viene del adjetivo en latín *prorsus* o *prosus-a-um*, que significa «quien anda en línea recta». Pero vuelvo a insistir, la oposición entre ambos registros es un tanto artificial. ¿La danza de pasos imprevistos de la bailarina que atribuye Paul Valéry al discurso poético, a su decurso y devenir, cede su lugar al orden calculado de la marcha marcial correspondiente como símil

de la prosa? Según mi parecer la renuncia nunca es total. En el poema en prosa gira y salta la bailarina con sus elipses repentinas e insospechadas, pero también, llegado el momento, el paso redoblado de la escolta o del regimiento —el símil también es del autor de *El cementerio marino*— toma relevo de la empresa literaria y la conduce con movimientos trazados por la regla y la escuadra hacia su destino, sea éste el de los cuarteles de invierno o el de una encrucijada que terminará en carnicería o fuga multitudinaria.

Si bien es cierto que la publicación del *Gaspar de la noche* de Aloysius Bertrand, en 1836, marca el nacimiento del poema en prosa como tal, hay antecedente en la literatura romántica alemana, en el *Hyperion* de Hölderlin o en *Himnos a la noche* de Novalis, por ejemplo. A su manera, también en *Lo Zibaldone* de Giacomo Leopardi se respira ese aire libérrimo y de múltiples correspondencias, polifónico en su decir y de varias bifurcaciones en sus tanteos discursivos. Por supuesto, la aparición de *El Spleen de París*, conocido también como *Pequeños poemas en prosa* de Charles Baudelaire, dotó a esta creatura verbal anfibia de un status artístico de obra maestra, pero asimismo,

como herramienta ideal de la expresión moderna, vehículo inmejorable para el *flâneur* que en sus largas caminatas en la gran urbe abre sus sentidos y su alma a los festines del caos y la locura, a la inspiración temeraria y la abyección de la razón humana.

En el pórtico del libro citado, Baudelaire confiesa su deuda con la obra de Bertrand —leído al menos en veinte ocasiones—, la cual le brindaría la oportunidad de aplicar el modelo «a la descripción de la vida moderna, o más bien, de una vida moderna y más abstracta». La imaginaria medieval del *Gaspar de la noche*, cuyo subtítulo, «Fantasías a la manera de Rembrandt y de Callot», delata una inclinación por la imagen, se adecuó a los requerimientos de los *Pequeños poemas en prosa* porque precisamente en esa «prosa poética, musical, sin ritmo y sin rima, flexible y sacudida lo bastante para ceñirse a los movimientos líricos del alma, a las ondulaciones del ensueño, a los sobresaltos de la conciencia». Varias décadas después, André Breton, practicante del poema en prosa, dirá entre guasón y pontífice que esta forma habrá de sustituir en poco tiempo al soneto y que todos los poetas contemporáneos

caerán en las redes del poema en prosa.

Especialmente en la tradición francesa y en la de lengua española, este molde verbal se multiplicó con estilos y apropiaciones tan diferentes. Podría ser al mismo tiempo un espíritu rabioso arruinando un festín, la contemplación de los misterios de la naturaleza o la fascinación de un lago congelado, es decir, *Una temporada en el infierno* y *Las iluminaciones* de Arthur Rimbaud, la *Historia natural* de Jules Renard o cierta prosa metafísica de Stéphane Mallarmé. Los modernistas hispanoamericanos fueron entusiastas del poema en prosa, Rubén Darío lo puso a su servicio en varias páginas de *Azul*, ejemplo que replicarían poco después Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig, Juan Ramón Jiménez... Entre los llamados posmodernistas, en *El minuterio* de Ramón López Velarde, *El cielo de esmalte* de José Antonio Ramos Sucre y *La casa de cartón* de Martín Adán coinciden la poesía y la prosa al volverse, a un mismo tiempo, pleamar y bajamar del placer y de la angustia de la vida.

Con un humor que le viene de Heine, pero también de Chesterton y France, el libro *Ensayos y poemas* (1917) de Julio Torri marcaría un antes

y después en la literatura mexicana. La concreción verbal, la agudeza prodigiosa y la ironía de varias bandas, reconocibles en la poética de Torri, forjarían hasta cierto punto una escuela libre de varia invención. Algunas enseñanzas y complicidades es posible ubicarlas en ciertas piezas de Juan José Arreola, Augusto Monterroso, Salvador Elizondo, incluso en un poeta de una generación más reciente, Luis Ignacio Helguera, autor de un libro esencial para entender, a campo traviesa, el paisaje múltiple y cambiante del género: *Antología del poema en prosa en México* (1993).

No sólo los contemporáneos de Julio Torri, tras la publicación de *Ensayos y poemas*, se preguntaron al leer y releer las mordaces y exquisitas prosas de su debut literario, ¿cuáles piezas del libro son poemas y cuáles son ensayos? Medio siglo después, en las lecturas, discusiones y acuerdos previos a la aparición de *Poesía y movimiento* (1966), Octavio Paz, Alf Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis volvieron a discutir el asunto—para unos cuantos, bizantino—sobre la naturaleza y el talante líricos y ensayísticos de los textos del ateneísta. En esa ocasión, el saltillense pasó la prueba y compartió páginas con Alfonso Reyes,

Ramón López Velarde y otros más de su camada. Con la misma licencia y perspectiva críticas, los cuatro antólogos abrieron también las puertas del Parnaso mexicano a Juan José Arreola, poeta especialmente en la prosa aunque también practicó el verso siendo un sonetista aplicado y correcto.

Por supuesto, los puristas atacaron tales inclusiones legando conceptos de métrica, tradición poética, retóricas de cuño modernista y demás preceptivas de épocas doradas. Con sus gargantas roncadas de solemnidad y grandilocuencia posiblemente dijeron: «¿Dos polizontes de la narrativa a bordo del barco ebrio de la poesía? ¡No volverán a pasar!». Después se olvidó tal «osadía» en los siguientes florilegios, cada vez más convencionales, y Torri y Arreola volvieron al redil del ensayo y del cuento. No sé si en las librerías de la época, la llegada de *Ensayos y poemas* de Julio Torri a sus estantes provocó en los empleados dudas sobre en cuál sección colocar los ejemplares de esta obra tan particular. O quizá no hubo tal dilema, y la mitad de los libros entregados para la venta se colocaron en la sección de ensayo y la otra mitad en poesía, dejando al lector la responsabilidad del supuesto veredicto |



- *El peso de vivir en la tierra*, de David Toscana. México, 2022.

MORIR COMO MUEREN LOS RUSOS

La tarde en que Nicolás, en su oficina en Monterrey, se enteró del accidente que culminó con la muerte de tres cosmonautas rusos, ya no quiso trabajar. Pidió a sus compañeros que en adelante lo llamaran Nikolái Nikoláievich Pseldónimov. Declaró que quería ser alcohólico, enfermarse de tuberculosos o ser asesino. Anunció a su mujer: «Tú y yo vamos a morir como cosmonautas rusos». «¿Asfixiados?», quiso saber ella. «Nuestros corazones», respondió Nicolás o Nikolái, «no soportarán el peso de vivir en la tierra». Así empieza la ventura quijotesca a través de la literatura rusa por la que David Toscana mereció recientemente el V Premio Bienal de Novela Mario Vargas Llosa ●



- *Rimbaud A/Z*, de Jorge Esquinca. Bonobos editores, México, 2023.

ESQUINCA Y RIMBAUD

Jorge Esquinca sentó a Rimbaud en sus rodillas y escribió este imperdible abecedario en el que disecta con la misma curiosidad al poeta que sus poemas. Y es que, con bisturí en mano, poeta y poema son el mismo sapo con las entrañas abiertas. Rimbaud escribió *El barco ebrio* sin conocer el mar. Ésta es la lista de libros que leyó durante tal viaje. Sólo se conservan de él estas fotos. Ésta es una de sus peleas con Verlaine. Luego de abandonar la escritura y vivir fuera de Europa por años, regresó con un cáncer que le haría perder la pierna. Traía en su cinturón ocho kilos de oro en lingotes. Lo había predicho en un poema: «El destino del hijo de buena familia, ataúd prematuro cubierto de limpias lágrimas» ●



- *Isla partida*, de Daniela Tarazona. Almadía, México, 2021.

BELLEZA Y VERDAD

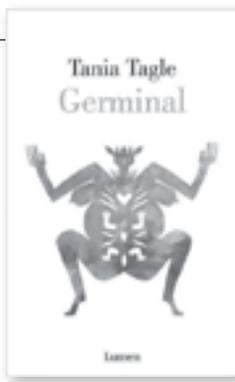
Una mujer va a una isla con intención de suicidarse, pero allí en vez de terminar con su vida la multiplica. La isla la habitan muchas mujeres que son la misma y ya no humanas sino mitad escritura y mitad pensamiento (es decir, parte escritora, parte personaje). Palabras sueltas que conecta apenas la electricidad de un cerebro que delira. En esta novela fractal, Daniela Tarazona experimenta con su propio hipocampo, obteniendo resultados inesperados. En palabras de Luis Felipe Fabre: «Sucede que entiendo y no entiendo este libro. Pero es en lo que no entiendo donde mejor alcanzo a experimentar su atroz lucidez como un escalofrío de belleza y verdad» ●



- Ángel Ortuño. UNAM, México, 2023.

EL DESAFÍO ORTUÑO

A Ángel Ortuño (Guadalajara, 1969-2021) no le interesaba conservar la clave de interpretación de sus poemas: «cerrar la jaula y tirar la llave», escribió. Ahora, Luis Vicente de Aguinaga, poeta y crítico literario, publica el resultado de un reto: presentar a los lectores de la célebre colección *Material de lectura* una selección de poemas de Ortuño tomados de sus quince libros, precedidos de una nota introductoria, donde indaga en esa jaula cerrada. En el desafío «de hacer poesía fuera de la literatura y aun fuera de la poesía, en escenas fugaces de confusión, desagrado y ruido, es indispensable situar los poemas de Ángel Ortuño, y tal vez haya que plantearse un desafío equivalente para disfrutarlos», propone ●



- *Germinal*, de Tania Tagle. Lumen, México, 2023.

MONSTRUO MAMÁ

A partir de «la tarde de febrero en la que dos líneas moradas aparecieron con timidez en la prueba de embarazo», Tania Tagle comenzó a relacionar la maternidad con la monstruosidad. «La monstrificación de las mujeres durante el embarazo es algo que ocurre todo el tiempo y de lo que social e individualmente somos poco conscientes», describe en el prefacio de este libro formado por tres ensayos literarios en los que memoria, historia y poesía se entretejen para desentrañar, por medio de la voz de la testigo, la experiencia de la maternidad, que inicia con el monstruo, continúa con el milagro y sigue con la crianza, aún en proceso, como afirma la autora, que augura una continuación ●



- *La estación del pantano*, de Yuri Herrera. Periférica, Cáceres, 2023.

JUÁREZ ENTRE PARÉNTESIS

Benito Juárez es un fantasma que recorre las calles de Nueva Orleans. Durante dieciocho meses, a mediados del siglo XIX, el prócer mexicano vivió, exiliado, en esa ciudad de Luisiana, pero casi no hay documentos que den información sobre esa estancia. Gracias a eso, Yuri Herrera lleva a extremos inauditos el concepto de novela histórica, ya que, a partir de una reconstrucción de la Nueva Orleans de la época (1853-1854), logra crear un libro de aventuras en el que Juárez, sus amigos y múltiples personajes ficticios adquieren vida por medio de una lengua española que evoca la que se usaba en el México del siglo antepasado. Herrera, el novelista, trabaja dentro de un paréntesis en el que un historiador no encuentra casi nada ●

SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS ENTRE LAS CONQUISTAS ÁRABE Y ESPAÑOLA



Oscar Alzaga

para Mattias y Liam

*Después de mucho navegar
por el oscuro océano amenazante
encontramos
tierras bullentes en metales, ciudades
que la imaginación nunca ha descrito,
riquezas,
hombres sin arcabuces ni caballos.
Con objeto de propagar la fe
y arrancarlos de su inhumana vida*

*salvaje,
arrasamos los templos, dimos muerte
a cuanto natural se nos opuso.*

*Para evitarles tentaciones
confiscamos su oro.*

*Para hacerlos humildes
los marcamos a fuego y aherrojamos.*

*Dios bendiga esta empresa
hecha en Su Nombre.*

JOSÉ EMILIO PACHECO. «CRÓNICA DE
INDIAS». DEL LIBRO *NO ME PREGUNTES
CÓMO PASA EL TIEMPO*. 1968

Mucho se ha escrito de la conquista de España sobre América de los siglos xv y xvi, en particular de Hernán Cortés, de su ingenio y arrojo para dominar casi con quinientos hombres a millones de indígenas. Lo reconocen desde López de Gómara («Nunca jamás

hizo capitán con tan chico ejército tales hazañas») y Maquiavelo («Cuando invade un extranjero poderoso una comarca, lo ordinario es que se pongan de parte del invasor los estados menos fuertes, por envidia al que antes dominaba, y sin gastos ni esfuerzos el extranjero conserva la adhesión de estos pequeños estados que de buen grado forman un bloque con el conquistado»), hasta hoy, José Luis Martínez, el biógrafo de Cortés («Con unos cientos de españoles y la superioridad de sus armas, maniobró para que los propios indígenas vencieran a un imperio poderoso con millares de guerreros valerosos») y Hugh Thomas («La palabra que mejor resume las acciones de Cortés es *audacia*; contiene un rastro de imaginación, de impertinencia y la capacidad de llevar a cabo lo inesperado, cosas que la diferencian del simple valor»), entre otros escritores. De los españoles ni hablar, hubo y hay una admiración sin reserva de

cinco siglos. En México, sería hasta la Revolución de 1910 cuando se reivindicó el pasado histórico, cuando conozca su pasado indígena, y hasta 1959 cuando aparezca *La visión de los vencidos* de Miguel León Portilla, con otra visión histórica, del lado de las víctimas conquistadas.

No sabemos por qué razones en México y Latinoamérica se desconoció, y aún hoy se desconoce, la historia de la conquista de Arabia sobre España, iniciada en el año 710 y concluida justo cuando arranca la otra conquista de 1492; pasando así España de ser una nación conquistada a la gran conquistadora de América, que para Europa fue un «Nuevo Mundo», *descubierto* por ellos. No Otro Mundo, que ya obviamente existía con culturas y añejas civilizaciones.

Resulta indispensable conocer los casi ocho siglos del episodio histórico árabe para entender mejor lo ocurrido después en los tres siglos de América; el enlace entre ambas conquistas que a primera vista parecen una paradoja: los españoles nunca olvidaron aquella larga experiencia y la llevarían a otro plano, con rasgos similares y otros muy distintos y aun opuestos, en América.

(Ciudad de México, 1949). Es abogado laboralista, autor de artículos y ensayos sobre derecho del trabajo y luchas obreras. Coordinó la revista *Trabajo y Democracia*.

En cambio, en México y Latinoamérica se han escrito y publicado cientos de versiones de la conquista española, libros de historia propios y ajenos (imposible citarlos todos) y también novelas, crónicas, poemas, ensayos literarios, etc. Desde luego, contamos con los testimonios y crónicas de los mismos conquistadores, que forman parte de la mejor literatura española del XVI, las espléndidas obras de Sor Juana, Alarcón, Balbuena, Inca Garcilaso, Guoman Poma, la historia de García Icazbalceta, Alamán, Vasconcelos; Vallejo, Arguedas y Mariátegui, Reyes (*Visión de Anáhuac*), Paz, León Portilla, Rulfo, Fuentes y más.

Casi todos los historiadores hacen coincidir el genio militar de Cortés, de los conquistadores y navegantes, con el Renacimiento y sus adelantos culturales y científicos, bélicos y políticos. Pocos estudian el antecedente de los árabes que conquistan España, que objetivamente trasciende en América. Menos advierten que la Arabia de Mahoma era una cultura superior a la de España de Cristo de 700 al 1300, pese a que ambas fueron colonias de Grecia y Roma.

Sorprendente que —habiendo tantas similitudes entre los dos episodios—

no se hayan reconocido como antecedentes las coincidencias históricas. Así como las grandes diferencias de trascendentes aspectos de ambos capítulos de la historia universal. Cierto es que ambos ejércitos eran imperialistas, el árabe y el español en sus respectivas épocas de auge, pero vistos con atención el primero resulta más tolerante y civilizado que el segundo: el árabe toleraba las religiones de los conquistados, los usos, costumbres y cultura. En cambio, los españoles arrasaban con todo lo que encontraban a su paso en el nombre de Dios. Su dios, el único permitido, los demás eran idolatrías. En España, todavía hoy vemos juntos los templos judío, musulmán y católico, como convivieron en aquel tiempo, desde luego, no exentos de conflictos y violencia.

En las colonias españolas de América, en los tres siglos fue impensable que sobrevivieran los templos y las religiones, las ciencias y culturas prehispánicas. Hasta el siglo XIX y sobre todo el XX se han desenterrado y reconstruido los templos, palacios y ciudades prehispánicas de América y se estudia el pasado indígena de tres mil y más años antes de nuestra era, como parte de la historia integral actual,

reivindicando los pueblos y culturas originarias.¹

De modo breve presentamos un panorama de lo que fue la conquista de Arabia sobre España,² para que el lector advierta por sí mismo los aspectos en que coinciden y difieren una y otra conquistas, veamos:

a) En el año 570 nace Mahoma, quien funda el movimiento religioso musulmán que unirá a los árabes y crecerá por el mundo como el Imperio Islámico. Para el año 700, ciento treinta años después, ya domina el Medio Oriente y el norte de África.

b) En el 710, los árabes inician la conquista de la península ibérica, con Tarif a la cabeza, llevando en su ejército egipcios, libios y bereberes; los árabes apenas eran cuarenta y cuatro, cuando inician la conquista del sur de España.

c) Años antes de la conquista árabe, los gobernantes y pueblos de España se dividen y confrontan entre sí al imponerse un reino sobre los otros. Lo cual aprovechan y promueven a su llegada los conquistadores árabes.

d) Tariq substituye al conquistador Tarif, establece su base militar en Gibraltar en 711 y con un ejército de nueve mil bereberes emprende la conquista del sur y el centro de la

península. Antes, quemará las naves para que su ejército no retroceda ante la suprema misión, la conquista y expansión musulmanas.

e) El rey Rodrigo organiza a los españoles para rechazar a los árabes, con un ejército de cincuenta mil o más soldados, que son derrotados en la famosa batalla del río Barbate en siete días, por un ejército menor y más valiente, el de Tariq.

f) En dos años, la conquista sube por toda la península y toma Toledo, Barcelona y parte de Portugal, con Tariq al frente se suman más españoles y judíos para formar parte del ejército árabe.

g) En la segunda etapa de la conquista, de otros dos años, toma la jefatura Musa y en el año 713 los árabes llegan hasta al sur de Francia. El ejército lo integran españoles, egipcios, judíos y bereberes, con la jefatura árabe.

h) Al sur de España lo llaman Al-Andaluz, donde concentran el desarrollo cultural árabe, toda la península y Portugal son dominados. Salvo los países vascos, a los que nunca logran dominar.

i) La cultura árabe era más avanzada que la de España (seguía en el medievo), la árabe lleva a España a los desconocidos clásicos griegos y las

ciencias árabes: medicina, matemáticas, física y geometría. Aporta a Occidente la tolerancia religiosa que los europeos niegan durante tres siglos en América.

j) El hijo de Musa, Ibn, se casa con la hija de Rodrigo, Egilona, y toma las dos coronas, estableciendo su reino hegemónico en Sevilla en 715.

k) La capital del Imperio Islámico era Damasco, de dinastía Omayya, cuyo dominio llega por occidente hasta España y Portugal, el norte de África y el Medio Oriente, después se extiende hasta la India y el Extremo Oriente, por seis siglos.

l) La dominación islámica de casi ocho siglos sobre España, de 710 a 1492, tiene su último reducto en Granada, al final recuperada por los Reyes Católicos, que inician la persecución de árabes y judíos y la «limpieza de la sangre».

m) Los árabes dominan política, económica y militarmente España, con tolerancia permiten a las religiones católica y judía sus usos y costumbres.

n) En 1492 inicia España la conquista de América y surge como imperio, pero a su paso destruye culturas, lenguas y religiones. Como otros imperios, intenta borrar la historia pasada de los pueblos sometidos, con

la desatinada intención de que la cuenta del tiempo inicie desde su dominio, así nacen el Nuevo Mundo y las mitologías del conquistador.

«El mundo islámico tuvo una época de esplendor entre los siglos VIII y XII, durante los cuales fue bastante más rico, refinado, tolerante y avanzado que la Europa cristiana occidental de su tiempo. [...] La gran aventura intelectual de la filosofía griega, que había muerto en Europa, renació en el próximo Oriente mediante un esfuerzo de traducción de los textos clásicos en lugares como la Casa de la Sabiduría de Bagdad. [...] No sólo los textos filosóficos griegos, también los matemáticos, astronómicos y médicos»,³ y los clásicos literarios griegos.

En 271, la Academia de Gundishapur, Persia, «era una especie de protouniversidad que durante todo el imperio sasánida ofrecía estudios de medicina, filosofía, teología y ciencias». ⁴ La Academia se convirtió en el centro intelectual del imperio, incorporó las tradiciones intelectuales de Grecia y de la India. En 489 el «mismo rey persa invitó a traductores y eruditos a venir a Gundishapur, convertida en el centro de traducciones del griego y el sánscrito al persa y más tarde al árabe. «En 638, el imperio sasánida fue conquistado

por los árabes [...] y el centro intelectual del mundo islámico se trasladó a Bagdad [...] se convirtió en la nueva Alejandría, el centro intelectual del mundo islámico y alrededores».⁵ Cuando Europa seguía hundida en la obscuridad del medioevo.

A España, los árabes llevaron la escuela de traductores en el año 1100 en Toledo, para traducir a los griegos clásicos al latín y al español.⁶ Entre los grandes poetas de la época, destaca Omar Khayyam:

No te preocupes por el ayer:
[ha pasado.
No te angusties por el
[mañana: aún no llega.
Vive, pues, sin nostalgia ni
[esperanza:
tu única posesión que es el
[instante.⁶

Es indudable que la cultura española propiamente europea de 1492, en pleno Renacimiento, era más avanzada que la de América (cuyos pueblos quedaron aislados del mundo durante casi treinta milenios), pero con culturas de más de tres mil años, como la olmeca, no era un nuevo mundo sino otro mundo. La vida sedentaria en América inicia cuatro mil años después que en Europa.

La intolerancia no sólo fue religiosa, también

cultural y política. Pedro Henríquez Ureña se pregunta por qué no hubo novelas en la época de la colonia. «La razón es, de hecho, aunque raras veces se recuerde: en disposiciones legales de 1532 y de 1543 se prohibió, para todas las colonias, la circulación de obras de la imaginación pura, en prosa o en verso (“que ningún español o indio lea... libros de romances, que traten materias profanas y fabulosas, e historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes”) y se ordenó a las autoridades no permitiesen que se imprimieran o se trajeran de Europa».⁷ Por lo tanto, ni el *Quijote* se podía leer en tierras de la colonia. Menos se permitió a los indígenas, negros, mestizos y criollos intervenir en los asuntos políticos de la Corona.

El virrey marqués de Croix justifica la política real como inapelable y de subordinación de los vasallos ante la Corona, dice a los pueblos de Nueva España: «nacieron para callar y obedecer y no para discurrir en los altos asuntos del gobierno». Las ordenanzas de trabajo que venían de la «madre patria» eran para cumplirse, no se discutían, desde 1531 se establecieron, renovándose sin cambiar de fondo en tres siglos: el mando y la obediencia.⁸

Resulta claro que los imperios europeos, del siglo XV al XX, desarrollaron a tal grado de irracionalidad las guerras de conquista, que escribieron las peores páginas de la historia universal con las guerras coloniales de África, Asia, Medio Oriente y América, hasta llegar a la mayor irracionalidad de la primera y la segunda guerras mundiales, culminando así un proceso histórico de rapiña, reparto y destrucción del mundo. Europa bien puede vanagloriarse —y todos con ella— del Renacimiento, del Siglo de las Luces y muchos logros más, igual que reconocer como suyas las peores brutalidades universales de la historia de la humanidad. El eurocentrismo apunta en ambos sentidos, destacando los logros y ocultando o ignorando las masacres, como aquella muerte de diez millones de seres humanos del Congo Belga, a manos de los ejércitos de Leopoldo II de Bélgica.

Una reflexión de un célebre escritor, sobre los conquistadores del Congo, dice:

No eran colonizadores; su administración equivalía a una pura opresión y nada más. Eran conquistadores, y eso lo único que requiere es de la fuerza bruta, nada de

lo que pueda vanagloriarse uno cuando la posee, ya que la fuerza no es sino una casualidad nacida de la debilidad de otros.⁹

En Medellín, España, nació Hernán Cortés, donde conservan un monumento, por demás indigno, el conquistador levanta la bandera de España mientras que con los pies aplasta las cabezas de indígenas, y bajo ellos está el globo terráqueo. En su época pudo ser admitido, hoy es una flagrante violación de los derechos humanos universales, de valor racista, de superioridad bélica e irracional en el mundo actual. Como la política de Trump.

Tal símbolo de superioridad racial y otros de ese tipo sobreviven en España, en Latinoamérica y el Caribe, como en Mérida, Yucatán, en la fachada de la casa de Francisco de Montejo, el conquistador español, representado aplastando dos cabezas indígenas con los pies y hasta hoy luce sin indignar a sus habitantes. En México resulta impensable una estatua de Hernán Cortés. Sin embargo, hasta hace pocos años aún lucía la estatua ecuestre de Francisco de Pizarro en la plaza principal de Lima, Perú, y del Museo del Oro —una gran colección de piezas prehispánicas—, por el costo de ingreso se excluía a

la gente pobre de su propia cultura y pasado.

Dentro del Templo Mayor Cortés halló las [representaciones en piedra De los dioses aztecas Y en Europa se difundió la [certeza De que eran los demonios [del cristianismo. Los conquistadores no [estaban, como creían, En el Nuevo Mundo Sino de verdad en Otro [Mundo Que no encajaba en sus [mentalidades.¹⁰

En efecto, no era el Nuevo Mundo, sino Otro Mundo, ya con siete mil años de cultivar el maíz en Oaxaca, el alimento principal de la población originaria. El concepto «Nuevo Mundo» pretende la existencia de México a partir de la conquista, desconociendo el pasado, cultura e identidad para imponer sus valores como los únicos y lograr el sometimiento ideológico. No se conformaron con creer que habían llegado a la India y aferrarse a ello, además quisieron imponer mentiras, las que más convenían a su objetivo: la conquista como un acto de valentía y audacia que salvó las almas indígenas de la idolatría.

Desdeñar el sincretismo y las culturas prehispánicas, ignorando lo que está

a la vista en las obras expuestas en el Museo de Antropología y otros museos, e igual que en innumerables sitios arqueológicos pero, sobre todo, en los pueblos indígenas, sus culturas y lenguas vivas, es desdeñar la cultura de la humanidad actual, cuyo origen común es el sincretismo. Desdeñar todo eso es negar o ignorar una cultura nacional y sus raíces originarias: como una forma de racismo, odio racial e ignorancia |

NOTAS

1. Muy amplia es la literatura sobre el pasado indígena, las revistas y estudios periódicos que se hacen con más elementos que hace cincuenta años, hoy se calcula que sólo el 11% de la arqueología localizada se ha desenterrado y restablecido.
2. Anwar G. Chejne, *Historia de España musulmana*, 4ª ed., Cátedra, Madrid, 1999.
3. Jesús Mosterín, *El Islam*, Alianza editorial, Madrid, 2012.
4. Karen Armstrong, *El Islam*, Ed. Debolisillo, Ciudad de México, 2014.
5. *Ibid.*
6. Antonio Alatorre: *Los 1001 años de la lengua española*, 3ª ed., FCE, México, 2003.
7. Omar Khayyam (1048-1131), *25 Rub'asis*. Traducción de José Emilio Pacheco. «Inventario», *Proceso*, 28-V-1984. El mayor poeta de Persia, dijo JEP.
8. Pedro Henríquez Ureña, *Historia de la cultura de la América hispánica*, FCE, México, 1994.

9. Silvio Zavala, *Ordenanzas de trabajo, siglos XVI y XVII*, Ed. ELEDE, México, 1947.

10. Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, 1902. Traducción de Sergio Pitol.

11. José Emilio Pacheco, «La luz en el zoológico de las sombras», prólogo a *Zoología fantástica*, de Jorge Luis Borges, Artes de México, México, 2013.

CINCO NUBES COMPARTIDAS



Bruno Javier

UNO

En Monterrey abundan

los poetas. Sin temor a exagerar, quizá hay un narrador por cada cincuenta escritores de poesía. Con el tiempo uno va armando su tribu; en la mía resonó una recomendación en 2018, se trataba de un libro que sólo se había publicado en la Universidad de Concepción, Chile. Y así como poetas hay por montón, poca es la distribución de poemarios de otros países. La única posibilidad de hacerme de un ejemplar fue pedirlo directo al autor. No lo supe entonces, pero tras ese trato autor-lector estaba por convertirme en un fiel devoto del libro. Leí algunos poemas de forma aleatoria, y, como si de bibliomanía se tratara, me encontré con un poema que a la fecha me acompaña y aprendí de memoria. Aquél, retrata una

voz poética que pretende ver a su tristeza como un ente ajeno a su cuerpo, a su existencia. Me pareció tan natural. En verdad que pocos lo queremos asimilar, pero hay un tipo de paz que sólo obedece a la melancolía, entonces pedimos una señal del cielo.

Definamos las cosas:
estoy triste, muy triste
y mi tristeza se me sube al
[cuello de la camisa
[...]

Mi tristeza es como un gato;
Un gato que no se ve.
Mi tristeza es el ronroneo
que escucho cuando apago
[el clima,
toco las sábanas,
veo el techo, la lámpara,
abro los ojos.

DOS

Yo por lo regular no me hago caso. Dudo. Me digo no sé.
Yo, cuando dudo o no sé

cómo reaccionar ante un libro que me ha dejado un sabor de boca espléndido por la forma, pero herido en los sentidos interiores, me cuesta mantener una postura crítica.

Sobre la poesía que cuando nos transgrede nos hace sentir que un poema es el primer poema que leemos, como si de enamoramiento se tratara, sé poco, o parece que todo lo olvido. Cuando frente a un texto me digo «no sé», que es lo más común, recorro a los lectores más jóvenes a los que puedo acceder. Por ello, decidí leer casi medio libro en voz alta a mis alumnos de preparatoria. Después de un silencio que se sintió prolongado, del que todos en el salón fuimos cómplices, una valiente comentó, «No sabemos si estamos por abrir llanto o sonreír». Pienso ahora que los juegos constantes del libro condicionan a su lector, volcándonos en nuestra propia nostalgia para entender.

Porque a veces es necesario
[detenerse
ver una estrella y no saber
[adónde dirigirse;
sólo quedarse con la
impresión de que algo se
[nos anuncia,
algo se nos promete, que
por el momento no podemos
[alcanzar.

TRES

Sabemos que escuchamos canciones tristes para sentirnos mejor, poco sabemos de cómo funciona. Presiento que se trata de la sensación de acompañamiento. Puede ser que decirnos «a otros les ha pasado» nos lleve a abandonar, aunque sea momentáneamente, la desdicha. Sabemos, sin querer aceptarlo, que la desesperación o la angustia llegan al no asumir quién se es en el momento, o bien por desear estar en otro tiempo o espacio. Pese a ello, la lírica de Villarreal contempla y acepta. Justo de eso se trata la añoranza, de abrir el cuerpo y esperar a que lo que se cree que «fue mejor» vuelva, sabiendo que puede no regresar. La constancia en el detenimiento reflexivo nos hace sentir acompañados y, entonces, soltar el libro a la mitad es bastante complejo. La fidelidad generada nos mantiene hombro a hombro con quien comparte su canción triste, su experiencia. Cuando una experiencia se nos vuelve significativa se modifica la percepción del tiempo, y, poemas mediante, descubrimos la relatividad a piel cierta.

Estoy con el firme propósito
[de dejar la caféina.
Mis noches son cada vez
[más lentas y nerviosas,
no encuentro un solo libro

[que atrape mi atención,
que haga correr más rápido
los minutos que llenan mis
[horas;
las horas que se desbordan
[y muerden mis párpados.
Hay horas en los cajones, en
[las ventanas;
las horas no son como los
[minutos
y los minutos jamás se
confunden con los
[segundos;
los segundos son nerviosos,
hay algunos que son
[tímidos,
que nunca se desvisten del
[todo
o se quedan con los
[calcetines
o se ponen los lentes;
en cambio los minutos
[siempre cierran la puerta.

¿Cuánto prestigio otorgamos durante el día a lo inocuo? Lejos de la sofisticación morfosintáctica y retórica, y de los monumentos erigidos en lenguaje puro, hacer que el lenguaje diario cobre una sencillez compleja —disculpe aquí la dicotomía fácil, amable lector— es uno de los grandes logros de José Javier Villarreal en sus últimos libros. Particularmente en el que ahora me ocupa, descubro que la astucia del autor protagoniza el quehacer poético.

Cadenas semánticas, formulaciones lógicas que denotan la astucia y su juego perverso de confundir

risa y llanto. Validar la monotonía dando renombre a lo cotidiano es un ejercicio sumamente complejo. Hacer que el hallazgo poético nos sea accesible, incluso cuando el mal hábito de leer poesía le sea lejano al lector, es hablar(nos) de lo que no sabíamos pero ya conocemos.

CUATRO

Hablemos de aquello que no conocemos. Paisajes, culturas, mitos; incluso experimentos intrapersonales que nos llevan a pensar que los poemas van a cerrarse de manera común, cotidiana, como sugiere la voz poética en su engañosa apariencia tranquila. Pero esto no es así, desde la seguridad que ofrece lo aparentemente simple, llega el contraste de elementos, que, si bien pueden llegar a compartir espacios físicos o campos semánticos, los remates son inesperados.

Estoy viendo una silla
pero pensando en un perro.
[...]
Las asociaciones se me dan
[con cierta facilidad
[...]
El problema que me
[presentan siempre
las asociaciones
viene después
cuando tengo que
[interpretarlas;
es entonces cuando dejo de
[pensar en un perro

y sólo veo una silla —una
[silla—
donde tú no estás.

El trabajo de quien canta durante el libro es el detenimiento ante una posibilidad, o la falta de ella, como si se tratara de versos escritos por el gato de Schrödinger, un gato de Schrödinger que está triste, muy triste. Un gato que se lastima al tacto, o por la falta de tacto. Que le duele, incluso, antes de pensar en el acercamiento. No son los objetos, tampoco los sentidos, son la ideación y la mente, con sus terribles artimañas llenas de ponzoña para sí mismas, lo que duele.

CINCO

Los pájaros vuelan sobre mí
pero siempre se posan
en otra rama.

Éste es uno de los poemas breves que van encaminándonos al cierre del libro, a la despedida. La voz del libro cambia de estrategias constantemente. Reflexiona desde el poema de largo aliento que parece narrar o construir con la lúdica del ensayo, contar un cuento lleno de manías, o bien hacer símiles profundos que en apariencia son inofensivos para la mente, pero no para la percepción plena.

Cambiar de estrategias, por ejemplo, para poder salir de casa frente a la tormenta

helada que es el apago interior nos puede llevar a tejer con los estambres que han dejado otras prendas, de las que con mucho esfuerzo procuramos deshacernos; el suéter del desánimo, la boina de la melancolía y las calcetas del quizá; aunque lo cierto es que pueden hacer más duro el invierno al faltarnos cuando negamos su presencia. Lo innegable, aun logrando convertir un par de calcetas en una frazada inmensa, es que seguimos manteniendo los mismos estambres, los mismos hilos, y, entonces, la voz que nos acompaña en el libro decide salir de casa sólo pocas y contadas veces.

Las montañas suben al cielo,
el cielo desciende y
[humedece mi cabello.
Pero no es cierto.
Esto lo escribo sobre una
[mesa
en una pequeña habitación
donde las paredes y el techo
se van juntando, se van
[cerrando.

YO CONFIESO

Escribir una reseña es sencillo. Conectar del punto A al punto C nos hace saber que debemos agregar, en algún momento, el punto B. A mitad del camino podemos releer nuestro texto antes de enviarlo al maestro, la revista o el grupo de WhatsApp y, de ser necesario, corregirlo. Sabemos que,

si se nos cuele algo que no favorece a nuestra reseña, quizá un punto D o H, que más que construir distrae, podemos eliminarlo, cambiarlo, corregirlo. Intentar escribir una reseña que sea confiable y que, además, sepa ir en línea recta cuando «la nostalgia te cambia el paisaje y surge la necesidad de ver el cielo», es reconciliarse con la posibilidad de que el producto no sea lo esperado.

Muy poco he confesado en lo que se ha leído hasta este punto. El costo de escribir de y desde la paz que sólo es fiel a la melancolía me lleva a pensar que poco es necesario un texto previo. *Una señal del cielo* es un libro que puede generar el espejismo de ser confesional. Confieso, entonces, que asimilar este tipo de poesía puede, como conmigo lo hizo, someter al lector a un dolor insospechado.

De igual modo, quizá desdiciéndolo todo, he decidido cerrar con esta próxima cita. Más allá de la contradicción, me uno a la señal que se ha dejado ver entre estas nubes.

El día vuelve a ser el día
y la casa un sitio donde
[habitar |

- *Una señal del cielo*, de José Javier Villarreal, Universidad de Concepción, 2017 / Mantis Editores y Conarte, 2022.

CRESPÓN



Abril Medina

Un **crespón**, un moño negro es un astro que arrebatada solemnidad, la gravedad se condensa alrededor de la puerta, su finca se vuelve severa, como una mueca que representa la pena que le habita. Al encontrarnos con él, posamos un momento los ojos, cerramos los párpados demorándonos una milésima de segundo extra, lo hacemos en señal de respeto, lo hacemos intuitivamente.

Este libro de Patricia Mata contiene en su verticalidad ese parpadeo, nos lleva «a lo más hondo de la historia, hasta la premonición». Su tono cierra por dentro nuestros ojos mundanos, para que en debida penumbra se presenten la palabra muerte y el suspenso intraducible del amor.

Mata es una autora que ha crecido hacia lo hondo, como las raíces de los árboles en los cenotes sagrados, sumerge unos profundos dedos en el tártaro azul, ha construido una vía directa al océano de la nostalgia y su lenguaje nos mece como una alucinación.

El sentido de sus versos es cristalino y sin embargo parece multiplicarse por un oculto exponente.

«Del otro lado del golpe estaba la luz» dice para entregarlo con humildad, como quien ha sospechado las verdaderas dimensiones de la música, ha encontrado un rincón y se ha hecho un ovillo: «cómo defenderse de lo inerte».

Conozco a Patricia desde que éramos muñecas feas y era fácil distinguir, en esos ojos grandes de animal herbívoro, que algo le dolía de un color que casi nadie ha visto, y eso que aún estaba quieto Dios, *el sacudidor*.

Ha muerto desde entonces Julián, pero este moño negro no tiene, aunque así se piense, un solo nombre, esta muerte es todas las muertes, este libro, esta distancia, este sueño es todos los sueños y este dolor es todo el dolor.

Nosotros, sus lectores, podemos asir en sus letras un árbol abisal, que tiene vasto cáudice en silencio, este libro es una entrega decisiva, una confección sublime que

honra al amor con que se ama a los mentores de la vida y al pesar con el que punzan sus ausencias:

A lo lejos aparece la calma
y voy intuitivamente hacia
[ella
la carretera carece de
[destino
el autobús no cede nunca la
[parada
y si camino, tropiezo con
[lugares.
¿Cuál es la distancia
[recorrida
y la distancia soñada?
Si puede venir antes
si puedo volver cuando me
[plazca
por qué es negada la paz a
[todas horas.
Pregunto si es real
un mar cuando lo pienso
y despierto como quien ha
[sido hipnotizado
al tocar el agua.

Mata es una autora que sabe hacer diamantes con la tristeza |



- *Un moño negro en la casa de Julián*, de Patricia Mata. Sombrario Ediciones, Guadalajara, 2023.

JOAN BAEZ Y UN AUDITORIO



Alfredo Sánchez Gutiérrez

Acudí hace algunos meses al Auditorio Benito Juárez a ponerme un refuerzo de la vacuna contra la covid. Me fue bien; la organización, eficiente. No tuve que hacer una fila de muchas horas como en las primeras etapas de la pandemia. Salí deteniendo un algodoncillo en el brazo izquierdo con la tranquilidad de sentirme un poco a salvo de la enfermedad que detuvo los engranes de la sociedad durante un tiempo angustioso. ¿Un auditorio como ése al servicio de la salud, con gente disciplinada, formadita, en espera del piquetito salvador? Pues sí, pero con el paseo por el Auditorio y sus alrededores los recuerdos llegaron, implacables: el edificio se ha usado para muchas cosas pero a mí me transporta a aquellos conciertos en los lejanos años setenta cuando, a falta de mejores espacios, actuaron grupos como Procol Harum, Santana, Peace and Love, los Dug Dugs y hasta la folclorista Joan Baez.

El lugar, una especie de multiusos concebido por el afamado arquitecto tapatío Julio de la Peña, sonaba muy mal. Aún tenía aquel techo construido con una técnica innovadora para su tiempo: *paraboloides hiperbólicos de concreto lanzado*, el resultado era vistoso pero por lo visto no muy adecuado para asuntos acústicos. No importaba, igual aplaudíamos los solos del guitarrista de Autlán, el pálido y sombrío órgano de Gary Brooker o la voz eufórica de Ricardo Ochoa, aunque no pudiéramos identificar con precisión cada nota. El sonido rebotaba, la reverberación abrumaba, las notas musicales se encimaban unas con otras. Para la muy estricta dieta musical a la que los jóvenes nos veíamos sometidos, aquel galerón ubicado al norte de la ciudad era, sin embargo, un oasis.

El auditorio que inicialmente se llamaba *del Estado* y no *Benito Juárez* se inauguró con bombo y patillo —hasta el presidente

Díaz Ordaz estuvo acá unos días antes de que terminara su mandato— un veintiuno de noviembre de 1970. Menos de diez años después, el nueve de enero de 1980, el imponente techo se vino abajo, con la fortuna de que el inmueble llevaba abandonado varios meses y a nadie le cayeron encima los paraboloides. Se habló de errores en los cálculos estructurales, falta de mantenimiento básico y problemas con los materiales usados. Un rumor afirmaba que en 1968 se inauguraron a las carreras varias obras olímpicas en la capital, donde acapararon los buenos materiales de construcción; en contraste, los que llegaron a provincia eran sobrantes de muy dudosa calidad. Con esos sobrantes, se dice, aunque no me consta, construyeron el Auditorio. Como haya sido, el Auditorio se quedó sin techo y subutilizado hasta 1984, cuando se trasladaron ahí las muy tradicionales Fiestas de Octubre de Guadalajara.

Joan Baez nació el nueve de enero de 1941, actuó poco en México aunque su apellido nos haría pensar lo contrario. Registro un puñado de ocasiones: la primera en el Palacio de Bellas Artes los días veintinueve y treinta

de marzo de 1974; al día siguiente, treinta y uno de ese mismo mes, en Guadalajara, en el ya citado Auditorio; años después, en 1981, en la novena edición del Festival Cervantino en Guanajuato; y finalmente en 2014, un primero de abril, se plantó con su guitarra en el escenario del Teatro Metropolitan a sus setenta y tres años como parte de una gira latinoamericana en la que entonó canciones de aquí y allá: desde Dylan —«Blowing in the Wind», «Farewell Angelina»— hasta Violeta Parra —«Gracias a la vida»—, pasando por los puntos intermedios de «La Llorona» o su propia composición «Diamonds and Rust», entre muchas otras canciones.

Comenzó su carrera muy joven. Fue la gran divulgadora de la canción de protesta o canción social que tuvo en Woody Guthrie y Pete Seeger a sus primeros representantes. Su voz prístina y aguda, acaso demasiado estudiada, como la de otras representantes del *folk rock* de su tiempo —Judy Collins, Joni Mitchell, Cass Elliot—, se volvió un símbolo de las inconformidades juveniles en los años sesenta, una especie de conciencia moral de una generación que pretendía, guitarra en mano, sustituir a la

sociedad capitalista por otra más libre y humana. Como se sabe, actuó en el Festival de Woodstock el primero de los tres días que congregaron a cerca de quinientos mil *hippies* en aquel paraje del estado de Nueva York que pasaría a la historia. Ese quince de agosto de 1969 Joan tenía veintiocho años de edad y seis meses de embarazo; su actuación fue tarde, de una a dos de la mañana (o sea, ya era el inicio del segundo día del festival). Con su guitarra entonó un *set* de diez canciones, entre ellas tres que aparecieron en los discos del acontecimiento: «Joe Hill», dedicada a su esposo David Harris, quien entonces estaba preso por negarse a hacer el servicio militar; «Drugstore Truck Drivin Man», que presentó como «una canción dedicada al gobernador de California, Ronald Reagan» y que en un verso dice «es el jefe del Ku Klux Klan»; y «Sweet Sir Galahad» que dedicó a su hermana Mimi Fariña, también cantante pero que, como suele pasar entre las mujeres norteamericanas, adoptó el apellido de su esposo. Para entonces Joan, a pesar de su juventud, ya era una veterana estrella musical que diez años antes había debutado con éxito en el Festival de Newport.

Su prestigio como cantante y activista era grande en un tiempo en que la canción de protesta cobraba un auge estimulado por el descontento juvenil ante el racismo y la guerra de Vietnam, entre otros factores. Y era entusiasta intérprete de Bob Dylan, con quien la unió algo más que una amistad.

Yo estuve, por suerte, en el Auditorio aquel treinta y uno de marzo a las 5 p.m. Salió solita con su guitarra y su voz. Eso contribuyó a que la acústica no fuera tan desagradable. Seguía joven, apenas treinta y tres años, pero ya era una leyenda: había marchado codo a codo con Martin Luther King, protestado contra la guerra de Vietnam, alzado la voz en pro de los derechos civiles y, dada su notoriedad, era una auténtica piedrita en el zapato del *establishment* gringo. Creo que no se llenó el Auditorio a pesar de que la publicidad del Departamento de Bellas Artes (aquel heroico DBA dirigido por el finado Juan Francisco González) fue intensa desde muchas semanas antes. No recuerdo con precisión el repertorio que cantó, pero sí a un grupo de jóvenes norteamericanas que le gritaban: «Sing Dylan!», a lo que ella respondía con una sonrisa y los versos de «Don't Think Twice», «It's Allright» o

de aquella otra «Love is Just a Four Letter Word». Todo un acontecimiento en las postrimerías del hippismo y la psicodelia.

Joan Baez, me lo recuerda mi amigo el físico Luis Adolfo Orozco, tuvo un padre mexicano, científico para más señas: Albert Baez, nacido en Puebla pero mudado a Estados Unidos por iniciativa del ministro metodista que era su padre. Entre sus logros, desarrolló un microscopio de reflexión de rayos X para examinar células vivas y la óptica de un lente para un telescopio también de rayos X. Es decir, le interesaban lo micro y lo macro por igual. Eso sí, se supone que se negó a participar como científico en proyectos de carácter armamentista por sus creencias como cuáquero. Acaso el activismo de su hija Joan fue propiciado por esa visión que se oponía a la muerte, a la guerra y la destrucción, y le apostaba, más bien, a la enseñanza, el progreso y la divulgación del saber científico. También fundó un departamento de Física en la Universidad de Bagdad y, en el último tramo de su vida, quizás sintiendo el llamado de la sangre, fue presidente de la organización Vivamos Mejor, fundada en 1988 para ayudar a pueblos empobrecidos de México.

Pero sus hijas no le salieron científicas sino artistas: Joan y Mimi cantaban y al mismo tiempo peleaban por lo que creían justo.

Este 2023 se estrenó en la Berlinale el documental *Joan Baez: I am a Noise*, dirigido por tres mujeres: Miri Navasky, Maeve O'Boyle y Karen O'Connor. En él se explora a la cantante desde varios ángulos. Uno de ellos, particularmente delicado: el de los abusos que, afirma en la película, tanto ella como su hermana Mimi sufrieron por parte de su padre. Albert siempre los negó en vida, Joan supone que él no se daba cuenta de esos comportamientos, pues eran una especie de «marca generacional». Como sea, Joan Baez afirma haber tenido problemas de salud mental a lo largo de su vida, tal vez debidos a asuntos no resueltos de su infancia. En una entrevista reciente con *The New Yorker*, afirma que por épocas su vida ha transcurrido entre un ataque de pánico y el siguiente.

La película también aborda su relación amorosa con Bob Dylan: terminó mal, Joan se sintió traicionada y dolida, pero ahora ella afirma no guardarle rencor al ganador del Nobel (por cierto, otro hombre con

quien Baez tuvo una relación amorosa fue el magnate de la computación Steve Jobs. Un romance *posthippie* de tres años a principios de los ochenta, cuando Jobs aún no era conocido).

Hoy, Baez está prácticamente retirada de la música, pero no del arte: hace poco se editó un libro de encantadores dibujos de su autoría titulado *Am I Preetly When I Fly?* —pocos trazos, casi de primera intención, cargados de humor—, donde muestra esa faceta poco conocida de su trabajo y a la que se ha dedicado con enjundia en los años recientes.

La infraestructura de la Guadalajara de hoy no tiene nada que ver con la miseria de aquellos lejanos setenta en cuanto a foros para presentaciones musicales. Pero del mismo modo como había un encanto en quitar el celofán a los discos de acetato, escuchar detenidamente cada canción y leer con detalle los créditos artísticos —todas ellas prácticas en desuso—, también era seductor el ritual de ir a lugares como el Auditorio a disfrutar —y sufrir— las actuaciones de artistas irrepitibles, como Joan Baez. Aunque todo sonara como si estuviéramos metidos en un baño |

LA AVENTURA EN EL CINE: DE LA LITERATURA A LA DESVENTURA



Hugo Hernández Valdivia

La aventura alimentó al cine desde sus inicios por una buena razón: el provecho artístico y los apreciables dividendos que de ella obtenía la literatura. Al momento del nacimiento del cine (1895), Jules Verne era ya un clásico en Francia, así como lo era Mark Twain en Estados Unidos o Charles Dickens en Inglaterra. En buena medida su éxito se explica por la emoción que la habita: no en vano a menudo se ubica al cine de aventuras como un subgénero del *thriller*, el género que lleva en su definición la emoción y en el que también caben el suspense y el misterio. Y la emoción es acaso la ruta más fructífera que tienen las historias para aspirar a ser significativas.

La aventura siempre ha presentado más de un domicilio genérico y apreciables rasgos de hibridez. Ha establecido sólidos nexos con la fantasía o la ciencia ficción: verbigracia, *El viaje a la luna* (*Voyage dans la lune*,

1902) de Georges Méliès, que sigue el devenir de un grupo de científicos por la luna y se inspira levemente en Verne; con el western, como ilustra *Asalto y robo de un tren* (*The Great Train Robbery*, 1903) de Edwin S. Porter, cuyo título es ya suficientemente elocuente; con el drama, como dejan ver un par de cortometrajes realizados en 1897 y 1898 que se inspiran en *Oliver Twist: Death of Nancy Sykes* y *Mr. Bumble the Beadle*; o con la comedia, como en *La general* (*The General*, 1926), una de las obras maestras de Buster Keaton, que sigue las peripecias de un maquinista por recuperar su locomotora, que ha sido robada por espías insidiosos.

Actualmente —y desde hace algunos lustros— es notoria la hibridación de la aventura con la fantasía y la comedia. Podemos constatarlo en buena medida en franquicias que han sido exitosas y que acumulan numerosas entregas. Es el caso de

la serie de películas protagonizadas por Indiana Jones, que se inauguró en 1981 con *Los cazadores del arca perdida* (*Raiders of the Lost Ark*) y bajo el auspicio de artistas célebres que convierten en millones en la taquilla todo lo que tocan: Steven Spielberg —quien se hizo cargo de las cuatro primeras entregas— en la dirección y George Lucas en la escritura (crédito que comparte con Lawrence Kasdan y Philip Kaufman). La saga inaugura la acción en 1936 y sigue a Jones en sus afanes por encontrar el Arca de la Alianza —un cofre que, de acuerdo con los textos bíblicos, contiene las tablas de los mandamientos— antes que los nazis. La quinta y más reciente entrega presenta una renovación del personal detrás de la cámara y llega a las pantallas este año: *Indiana Jones y el llamado del destino* (*Indiana Jones and the Dial of Destiny*, 2023). En la silla del director está James Mangold, responsable entre otras, del western *3:10 misión peligrosa* (*3:10 to Yuma*, 2007). Al personaje principal le sigue dando vida el octogenario Harrison Ford, quien ya requería ser «doblado» en las escenas de acción desde hace muchos años.

En esta categoría también caben franquicias

como *Piratas del Caribe*, que pone al día las aventuras de piratas y, entre 2003 y 2017, ha engendrado cinco largometrajes y recaudado más de seis mil millones de dólares, y *La guerra de las galaxias (Star Wars)*, que entre 1977 y 2019 ha producido tres trilogías y un par de *spin-offs* —películas encabezadas por personajes que surgen de la franquicia matriz—, así como numerosas series animadas o de *live action*, cuyos ingresos van de los cuatrocientos millones que obtuvo *Han Solo (2018)* a los dos mil doscientos del *Episodio VII (2015)*.

Mención aparte merecen en este paisaje las películas que provienen de las páginas de las historietas y que tienen como protagonistas a los llamados superhéroes. En ellas se conjuga la aventura con la fantasía y, en tiempos recientes, la comedia. Ésta última ha tenido tanta relevancia desde hace algunos años que bien cabría hablar de *épica cómica*. Ya es habitual que algunos súper alternen bufonerías con gestas extraordinarias. Compiten en este mercado dos «marcas» reconocidas: Marvel y DC Comics. En el primer caso se habla de un Universo Cinematográfico. Y si a principios del siglo la irrupción de estos personajes representó un aire fresco

para el cine, hoy es una pachanga inabarcable y medianamente ociosa e insulsa. En este fenómeno tuvo particular valor la obra de Stan Lee, quien originalmente albergaba propósitos educativos y afanes esclarecedores con personajes como el hombre araña, los hombres X o Hulk. Y si tuvimos sustanciosas entregas como *Hombres X (X-Men, 2000)* de Bryan Singer —que hace un sensible llamado a convivir en la diversidad—, *Hulk* de Ang Lee (2003) —que explora los sinsabores entre la paternidad y la filiación—, o *El hombre araña (Spider-Man, 2002)* de Sam Raimi —que ilumina con afanes éticos las contrariedades del crecimiento—, hoy día se saca poco provecho artístico de lo que es una provocadora especulación pero ya es casi una payasada temática y una fuente taquillera que parece inagotable: los multiversos. En total y agrupadas en diferentes sagas, van más de treinta títulos realizados entre 2008 y 2023, y en preparación hay otra decena. Frente a esta empresa aparece DC y sus superhéroes emblemáticos, con Batman y Superman a la cabeza. Pero si la trilogía del primero

que realizó Christopher Nolan es una verdadera maravilla, una exploración minuciosa y angustiada de las diferentes aristas del miedo, el llamado «Universo extendido de DC», que convoca a otros personajes y acumula dieciséis títulos hasta 2023, es un divertimento tan vacío como el de la «tienda de enfrente».

Son tan huecas las entregas de la épica cómica, que Martin Scorsese no dudó en afirmar que las películas de Marvel son «parques de diversiones» antes que cine. Son fantasías que han perdido el piso y se lanzan por la ruta de la superchería y la magia, sin ofrecer mayores comentarios, reflexiones profundas o cuestionamientos atendibles sobre la realidad de a de veras. Su proliferación ha provocado que más de una generación voltee para otro lado, que eluda su circunstancia y se refugie en universos alternos. A mí me parece que hoy día este género de películas es lo que en tiempos de Cervantes eran los libros de caballerías. Y aunque lo veo poco probable, no pierdo la esperanza de que en algún momento aparezca un Quijote cinematográfico que enderece este cine tuerto |

DESVÍOS Y PENSAMIENTOS PERIFÉRICOS

Pablo Sainz

**When you cut into the present,
the future leaks out**
WILLIAM S. BURROUGHS

El encuentro fortuito y la yuxtaposición de fragmentos visuales de historias en un soporte neutro generan nuevas lecturas y pensamientos polifónicos sobre el devenir. Cada composición es el resultado de tensiones y liberaciones, de voces y gestos que se han encontrado fuera de la línea convencional del tiempo.

En estas piezas exploro dos caminos de manera paralela y en dirección contraria. El primero es una inmersión libre a la historia, al devenir contemporáneo; el segundo es un freno de mano a la racionalidad

apabullante de las narrativas endosadas a la cotidianidad.

Así intento quebrar las lógicas racionales, apropiarme de métodos arcaicos, regresar a las vanguardias, a las sucesiones sin sentido del dadá, a la escritura automática de Tzara y a los *cut-ups* de Burroughs.

La intención es decodificar lo implícito de los contenidos, latente en las narrativas hegemónicas, para develar nuevos significados, nuevos órdenes, y adivinar nuevos futuros.

Ésta es también una bitácora de viaje. A lo largo de ocho años hice notas y composiciones visuales a partir de cortes,

pliegues y deconstrucciones geométricas.

La materia prima de *Desvíos y pensamientos periféricos* es un compendio de imágenes de ese archivo, que llamé *Atlas para posibles liberaciones*, en donde están representados conceptos e ideas divergentes que han moldeado a las sociedades contemporáneas |

PABLO SAINZ (Tijuana, 1983). «En los proyectos que desarrollo me interesa proponer una visión múltiple y heterogénea que investigue la posibilidad de diálogo y disenso entre distintos ámbitos y métodos de estudio, como historia, religión, política y arte, entre otros; desde éstos, genero narrativas tangenciales que abordan la manera de entender el devenir.

«Mi trabajo se nutre por largos periodos de investigación, análisis y meditación, procesos en los que la variable se vuelve un sistema práctico que me permite cambiar las perspectivas. Esto genera situaciones en las que la posición del objeto de estudio se ve afectada y la lectura se vuelve otra. Ahí surgen los diálogos entre tiempo, memoria, olvido y realidad, desde un nuevo paisaje divergente.

«Actualmente resido en Pátzcuaro, Michoacán. Realicé estudios de diseño, arte y comunicación visual en el ITESO, en Guadalajara, y en la Universidad de Palermo, en Buenos Aires, Argentina».



Página 16
1912?, 2022.
Collage (tape, grafito y papel impreso)
sobre papel Fabriano
18 x 24 cm



Página 49
A farewell theme II, 2022.
Collage (tape, grafito y papel impreso)
sobre papel Fabriano
18 x 24 cm



Página 65
Atlas, 2022.
Collage (tape, grafito y papel impreso)
sobre papel Fabriano
18 x 24 cm



Página 83
Body as a component, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm



Página 98
Common discursiveness, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm



Página 112
Immersive lotus, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm



Página 145
Interbeing, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm



Página 160
Interzone II, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm



Página 176
Long line, 2022.
 Collage (tape, grafito y papel impreso)
 sobre papel Fabriano
 18 x 24 cm

EL ORNITORRINCO TACHADO

REVISTA DE LA FACULTAD DE ARTES, UAEMEX

Núm. 17 | 2023

Erotismo a la mexicana. Reapropiación, crítica y materialidades pospornográficas

Mariana Martínez Bonilla

Pandemia, Arte y sentido(s) de vida

Rubén Darío Yepes

El self, constructo performativo de la identidad contemporánea

Martha Gutiérrez Miranda

El Drag como signo de deconstrucción y significación en la propuesta artística de Vermelha Noir

María del Mar Marcos Carretero

Novena Bienal Internacional de Arte Visual Universitario

José Luis Vena Jiménez

Supercómic

Jenitzio Alariste Tobillo



LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

64

- El arte de la traducción en la Editorial de la Universidad Veracruzana
- "Perú, gorrón dulcísimo". Homenaje a Manuel Scorza (1928-1983)
- Destinada a la contradicción: Emilia Pardo Bazán
- Historia breve de la mujer vendida como libro en Xalapa
- Humboldt en Papantla: una historia de aparecidos y fantasmas
- Identidad, palabra y vínculos en el teatro de Elena Guiochins
- Viaje al corazón de La Ceiba: encuentro con Per Anderson
- Dossier - Instituto de Artes Plásticas UV: 45 años Interiores - Raúl Dieff

LAPALABRA
YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Sitio web: lapalabrayelhombre.uv.mx



@Palabrayhombre



/lapalabrayelhombreoficial



/lapalabrayelhombreoficial



Universidad Veracruzana



PASODEGATO

REVISTA MEXICANA DE TEATRO

número

92

DOSSIER:

Víctor Hugo Rascón Banda: un legado

PERFIL:

Edeberto "Pilo" Galindo

ESTRENO DE PAPEL:

Los locos de Alcalá, de Valeria Loera

ENCUÉTRALA EN LA **LIBRERÍA PASO DE GATO**

LLAMANDO O ESCRIBIENDO A:

libreriapaso.degato01@gmail.com - 55 5981 6993

www.pasodegato.com